

A full-body photograph of a man standing against a plain grey background. He is wearing a black leather motorcycle-style jacket with multiple zippered pockets, a white t-shirt, and dark-colored trousers. He is also wearing a watch on his left wrist and dark shoes. The lighting is soft, highlighting the texture of the leather and the fit of the clothing.

Álvaro Rey

AMISTADES PELIGROSAS

AMISTADES PELIGROSAS

Amistades peligrosas por Álvaro Rey.

Febrero del 2018.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor, considerándose causa de delito grave en contra de la propiedad intelectual.

Índice

PRÓLOGO

.....

Capítulo I

.....

Capítulo II

.....

Capítulo III

.....

Capítulo IV

.....

Capítulo V

.....

Capítulo VI

.....

Capítulo VIII

.....

Capítulo IX

.....

Capítulo X

.....

Capítulo XI

.....

Capítulo XII

.....

Capítulo XIII

.....

Capítulo XIV

.....

Capítulo XV

.....

Capítulo XVI

.....

Capítulo XVII

.....

Capítulo XVIII

.....

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

.....

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Epílogo

PRÓLOGO

Solo me hizo falta verla durante unos segundos para darme cuenta de que quería que fuera la mujer de mi vida. No tuve que hablar mucho con ella y tampoco llevármela a la cama para quedarme embobado por completo. Rose era todo lo que un hombre desearía y la primera vez que vi aquel pelo rizado rubio y aquellos ojos verdes intensos, quedé cautivado por completo.

Yo era un chico bastante seguro de mí mismo y, sobre todo, de lo que podía llegar a conseguir si me lo proponía. Siempre fui bastante atractivo y me dediqué durante años a cuidar mi cuerpo. Me había preocupado bastante en tener una piel bronceada y musculosa de la que pudiera presumir cuando me diese la gana y conseguir a toda chica que se me antojase.

Nunca había tenido problemas en ligarme a la chica que me gustase, pero me ponía nervioso ante la idea de hablar con Rose. Normalmente lo único que me importaba era caerles bien durante un par de días hasta que caían en mis redes y podía disfrutar a mi antojo, pero, con ella, mi mundo se puso patas arriba.

Agradezco el día en que llegó a vivir justo en el apartamento que quedaba

frente a mi puerta. Los señores Rodríguez habían tenido aquel piso abandonado durante años y por fin se habían decidido a alquilarlo. Nunca me preocupó quién fuese a vivir allí, pero en cuanto la vi supe que el destino, por fin, me había mandado a la mujer que necesitaba.

No sabía lo que era estar enamorado y sabía que iba a convertirme en un bicho raro en mi grupo de amigos, pero me daba exactamente igual. Por una vez en mi vida no había pensado cuál sería realmente su talla de pecho o si era una leona en la cama, eso no me importaba, lo único que quería con Rose era conocerla.

Después de varias semanas pensando en cómo llegar hasta a ella y tocar a su puerta, se me ocurrió una idea. Le dije que teníamos que encargarnos de limpiar el portal entre los dos porque la señora de limpieza estaba enferma y debíamos llegar a un acuerdo. Era una mentira bastante piadosa de la que algún día se daría cuenta, pero me daba bastante igual. Estaba allí, de pie, poniendo mi mejor sonrisa, hablando con la mujer que me hacía sentir enamorado por primera vez.

Rose fue bastante amable y enseguida me invitó a tomar una taza de té. Conectamos rápidamente y mis ganas por llevármela a la cama aumentaron, pero no de la misma manera de siempre. Aquella vez no quería despertarme al día siguiente y salir corriendo para nunca más contestar a sus llamadas, sino que me gustaba pensar que iba a disfrutar de su cuerpo en repetidas ocasiones.

Aquel primer encuentro fue el principio de nuestra relación y desde entonces nos habíamos dedicado a conocernos profundamente. La primera vez que la tuve entre mis brazos, quise que se sintiera la mujer más deseada del mundo y tuve que haberlo conseguido, pues desde entonces no habíamos

parado de hacerlo una y otra vez.

Me gustaba tener a Rose y que mi vida fuese en la dirección indicada. Ella era todo lo que había deseado y consiguió que, en apenas unas semanas, la mente de mujeriego que siempre me había dominado mermase. Era incluso capaz de estar con otras mujeres y no fijarme en ellas ni tener pensamientos sexuales.

Por fin había sentido lo que era estar enamorado y lo que significaba darlo por otra persona, sin embargo, no tenía ni idea de que el camino que me tocaba seguir iba a ser más complicado de lo que nunca me hubiese imaginado.

Capítulo I

Trabajaba en una tienda de respuestos y la clientela no era muy abundante, pues las empresas grandes nos hacían pedidos por internet y la mayor parte de mis jornadas laborales me aburría bastante en aquel local. A veces me ponía a jugar a algún juego o bien me llevaba algún libro para que las horas muertas pasaran cuanto antes.

A pesar de que había estudiado economía en la universidad, solo había conseguido ese tipo de trabajos. No me ilusionaba demasiado estar allí, pero no tenía otro remedio para mantenerme económicamente solo. Me había ido de casa bastante joven y llevar una vida de fiestas y excesos tenía un alto coste.

Mis amigos habían convertido en costumbre pasar por allí de vez en cuando a verme, por lo que la visita de Marta no me tomó por sorpresa. Se había convertido en una amiga con derecho hacía muchos años y lo habíamos pasado bastante bien cuando nos apetecía.

Su pelo largo, negro y completamente liso era inconfundible. Podía ser una de las mujeres más atractivas que conocía y, a pesar de estar operada de pechos y labios, se cuidaba bastante. Su cuerpo era de envidiar y seguramente tenía pocas amigas por ello.

— ¡Hola! – la saludé en cuanto la vi.

—Bendito sean los ojos... Sigues vivo.

Marta se apresuró a darme dos besos y se sentó en una de las sillas que había por allí sueltas. No me sorprendía que me saludara con aquel comentario, era cierto que desde que andaba conociendo a Rose, me había

retirado bastante de la pandilla.

— ¿Qué tal? Ya no apareces por ningún sitio – dijo Marta.

—Ya sabes... El trabajo y...

—Las novias – dijo interrumpiendo.

—Las novias... – repetí.

—Entonces es cierto lo que andan diciendo por ahí.

— ¿Qué andan diciendo? – pregunté.

Sabía que Jorge, mi mejor amigo, no iba a tardar en ir contándole a todo el mundo lo de Rose. Era un buen tipo, pero no soportaba tener un secreto más de dos segundos. No le había pedido que ocultara que estaba conociendo a una chica, pero siempre había mantenido una imagen ante mis amigos y no quería parecer débil a la primera de cambio.

Me parecía precipitado llevar a Rose sin haberme asegurado de lo nuestro. Nos estábamos conociendo y nunca había llevado a una chica a salir con mis amigos. Siempre estaban hablando de las mujeres con la que se habían acostado y de las anécdotas que habíamos tenido; no era la imagen que quería que Rose tuviera de mí.

Tenía que mantener ambos mundos separados por mi bien. Tenía que aprender a ocultar mi pasado para que Rose no saliera huyendo y pensase que merecía la pena. No podía dejar de ser el mismo Daniel de la noche a la mañana para mis amigos, pero sí podía ir cambiando poco a poco.

—Que andas medio enamorado, ¿no?

—Bueno, más que enamorado... Conociendo a una persona, ya sabes.

— ¿Solo conociendo?

—Sí, quizás no duremos ni dos días.

No me apetecía dar muchas pistas acerca de mis sentimientos porque, para ellos, yo no tenía. Rose estaba despertando una parte de mí que me gustaba, pero que a veces me daba miedo enfrentar públicamente.

—Entonces, ¿cuándo vamos a quedar otra vez?

— ¿Quedar? – pregunté intentando hacerme el tonto.

—Si, quedar, como hemos hecho siempre.

—No sé, estoy con demasiado trabajo, tengo que sacar tiempo.

Tenía que ponerse alguna excusa, pero no se me ocurrió una menos creíble. Me conocían desde hacía años y sabían que en lo que menos tiempo perdía era con el trabajo. Marta estaba acostumbrada a acostarse conmigo cuando le apetecía y yo nunca le puse trabas para eso; le había dado demasiado poder sobre nosotros.

— ¿Me estás poniendo excusas? – dijo ofendida.

—No, es simplemente que, quizás, no es el momento.

— ¿No es el momento? ¿Acaso te has vuelto cura?

—No me he vuelto nada, te llamaré cuando quiera y punto.

—El caso es que ya no llamas – recriminó.

—Quizás es porque no quiero, piénsalo un poco.

— ¿Que no quieres? – dijo cruzando los brazos.

—No, no quiero – me empecé a poner serio ante tantas exigencias.

— ¿Por qué?

—Porque he dicho que no y punto, Marta, deja de darme el coñazo— respondí.

Parecía una novia celosa pidiéndome explicaciones y exigiéndome que me acostase con ella. No tenía ganas de aguantar semejantes tonterías y me

daba exactamente igual que se ofendiera, el poder acerca de cuándo usar mi pene lo tenía yo.

—Sabes que me acuesto con quien quiero, cuando me da la gana y tú no eres una excepción – dije crudamente.

— Quizás es que esa chica te está manejando a su antojo, ahora resultará que te volverás un novio ejemplar y dejaremos de conocerte – odiaba el tono de desprecio con el que me hablaba.

— ¿A qué has venido, Marta? ¿A rogarme que me acueste contigo? – pregunté.

—No, yo no le ruego a nadie, gilipollas – guiñó un ojo.

No me dio tiempo a seguir hablando cuando Marta ya había cogido su bolso y estaba marchándose por la puerta. Consiguió que me pusiese de muy mal humor en apenas unos minutos y no entendía su comportamiento.

Era cierto que normalmente nos acotábamos juntos sin pedirnos explicaciones el uno al otro y ella aceptaba que yo no tenía remedio, que siempre andaría con otras por ahí. Nuestra relación siempre había sido buena por eso y disfrutábamos el uno del otro sin problemas.

Sin embargo, yo ya no quería seguir por ese camino. Quería conocer a Rose y no podía estar tirándome a otras por ahí, así que lo de Marta tenía que acabar de alguna manera u otra. Todo lo que me rodeaba podía influir negativamente en lo que estaba construyendo y necesitaba tenerlo alejado de mi vida por aquellos momentos.

Era cierto que no había llamado a Marta últimamente pero no me apetecía nada tener que explicarle lo que hacía con mi vida. Si quería conocer a alguna chica y mantener algo serio, era mi problema y ella no tenía derecho a venir con ninguna exigencia. Era el dueño de mi vida y la utilidad que le

daba a mi pene era exclusivamente problema mío.

Capítulo II

En cuanto salí del trabajo fui rápidamente a casa. Había invitado a Rose a cenar para dar paso al fin de semana y el catering estaba a punto de llegar. Podía haberme dedicado a cocinar algo, pero nunca lo había hecho y probablemente o no le gustaba o salíamos intoxicados o algo parecido. No quería arriesgarme por el momento y prefería dedicarme a otras cosas más importantes.

En cuanto organicé toda la mesa y terminé de arreglarme, la hora había llegado. Rose aparecería en cualquier momento y no sabía explicar la ilusión que me hacía. Jamás le había dado tantas vueltas a internet buscando el mejor catering y mucho menos para dedicárselo a una chica. Estaba acostumbrado que ellas fueran la que tenían mil detalles creyendo que podían conquistarme y era un completo novato.

El timbre de la puerta sonó casi al momento de terminar y me apresuré a abrirla. Era la primera vez que organizaba algo así y quería que todo saliese perfecto, pero no esperaba ver a Marta al otro lado de la puerta.

— ¿Qué haces aquí? — miraba desesperado hacia la puerta de Rose y rezaba para que no se abriera.

—Creo que no me comporté bien esta mañana...

—Bueno, no te preocupes...

—Solo quería saber que todo estaba bien.

—Estás perdonada, no ha pasado nada, ¿vale?

Hubiera dicho lo que hiciese falta para que pensara que todo estaba bien y desapareciera del mapa. Lo último que necesitaba es que estuviese allí, justo en ese momento en el que Rose podía aparecer.

— ¿Vas a algún sitio? – preguntó mirándome de arriba abajo.

—No, la verdad es que no.

— ¿Te sueles arreglar así para acostarte?

La paciencia no era uno de mis fuertes y Marta conseguía ponerme de los nervios con solo dos palabras. Aquella forma que tenía de hablar irónicamente me sacaba de mis casillas.

— ¿Vas a estar haciéndome preguntas por todo?

—Tranquilo... Solo preguntaba....

—Estoy cansándome, Marta.

—Estás demasiado susceptible, ¿no crees, Daniel?

—Has venido a pedir disculpas, ¿no? Pues aceptadas – dije firmemente –, ahora, vete.

En ese momento las cosas no podían ir a peor. Rose abrió la puerta de su casa y se dirigió hacia la mía. Marta se quedó mirándola y de una vez entendió que aquella era la chica con la que había estado viéndome todo este tiempo.

—Hi, amor – dijo Rose mientras se acercaba a darme un beso.

—Hola – respondí a su beso.

Rose miró a Marta y enseguida se presentó. Era una chica bastante amable y súper sociable, no se imaginaba que la mujer que tenía en frente había pasado mil noches en mi cama.

—Soy Marta, encantada – respondió a la vez que le daba la mano.

La forma en la que la miraba me ponía bastante nervioso. Parecía que en cualquier momento iba a empezar a interrogarla a ella y quería tener la noche en paz.

— ¿Es amiga tuya o...? — preguntó Rose mirándome.

—Es mi prima — respondí rápidamente.

No sé por qué dije esa estupidez, pero la presencia de Marta y sus exigencias me tenían al borde de la locura. Lo único que quería era que se fuese inmediatamente y me dejara disfrutar la noche que había preparado. No entendía a qué venía tanto interrogatorio y su actitud rebelde conmigo.

Marta clavó sus ojos en mí inmediatamente cuando dije aquello. No hacía falta que dijera nada, podía adivinar que no le había hecho ninguna gracia. Sin embargo, miró a Rose y sonrió de nuevo.

—Sí, solo he venido a saludarlo — respondió.

— ¿Quieres quedarte a cenar con nosotros? — preguntó Rose.

—No, no creo — me adelanté a responder.

—La verdad es que no sé... — Marta me miraba e iba a hacer que me pusiese aún peor.

—No he hecho cena para tres, quizás no haya bastante — mantuve la sonrisa en todo momento.

—Bueno... Quizás en otra ocasión podemos quedar los tres, ¿no? — preguntó Marta.

—Sí, claro, me gustaría conocerte — respondió Rose.

—Bueno... Entonces será mejor que nos veamos en otro momentito, prima — miré a Marta.

—Sí, primo, vendré pronto — me guiño un ojo.

Rose y ella se despidieron y por fin nos quedamos solos. Me sentí súper aliviado cuando la vi desaparecer por aquel pasillo, pero tenía claro que no iba a ser la última vez que me enfrentase a Marta. La había presentado como

mi prima y, por la cara que puso, supe que no le había sentado nada bien.

Nos sentamos en la mesa y comenzamos a comer. Rose estaba radiante y ni siquiera le había dicho nada al respecto. Me había quedado demasiado tenso con la visita de Marta y tenía miedo de que se pusiera a hacerme algún show delante de ella.

— ¿Te pasa algo? Estás... — se quedó pensando — ¿Rara? ¿Raro? —Raro, se dice raro — a veces había que ayudarla con el idioma.

—Eso, raro. ¿Tienes alguna preocupación?

—No, tranquila, todo está bien — saqué mi mejor sonrisa.

— ¿Seguro? ¿Todo bien con tu prima? Parecía que no estabais amigos.

—Amigables — corregí —, y eso es, no nos llevamos muy bien.

No me gustaba que volviésemos a sacar el tema, pero seguramente se había percatado de que Marta y yo nos estábamos tratando de forma distante. Se notaba de lejos que yo solo deseaba que se fuera y ella forzó demasiado su actuación.

— ¿Problemas de familia? — Rose quería seguir indagando.

—No te preocupes — intenté sonreír de nuevo —, ¿por qué no nos dedicamos a nosotros y dejamos las cosas para otro momento?

—Sí, tienes razón, es nuestro momento — sonrió.

Me alegraba que no fuese intensa y quisiese seguir hablando del tema. No tenía ganas de inventarme más historias para tapan la realidad y ya era demasiado tarde para decirle que Marta no era mi prima. No iba a quedar nada bien que descubriera que le había mentido acerca de una chica y necesitaba dejarlo pasar.

Intenté pasar el resto de la cena y de la noche con Rose, intentando

olvidar aquel asunto. Esperaba que la visita que tuve durante todo el día por parte de Marta no se repitiera y que le quedara claro que no estaba dispuesto a ser el mismo Daniel de siempre.

Capítulo III

Aquella noche con Rose fue completamente perfecta. Después de la cena pasamos a tomarnos un par de copas a su casa y acabamos en la cama. No podía evitar excitarme al verla y mucho menos cuando se acercaba más de lo necesario. Sentir su olor tan cerca y pensar en su cuerpo desnudo me volvía completamente loco.

La ropa no le duraba puesta ni un solo segundo porque era capaz de arrancársela. Rose tampoco se cortaba y, en menos de lo que me podía imaginar, me bajaba los pantalones y comenzaba a darme placer. Podía haber sentido la boca de miles de chicas en mi pene, pero ninguna se sentía tan placentera como la de ella. No sabía de qué manera lo hacía, pero podía llegar a tener un orgasmo en solo un par de minutos.

Cuando empezábamos, ya no había nada que nos pudiera pasar y acabábamos completamente exhaustos. Mi casa quedaba justo en frente de la de Rose, pero prefería quedarme durmiendo en la misma habitación que ella. Me encantaba cuando se daba la vuelta y podía abrazarla durante toda la noche.

—Good morning, dormilón – Rose me despertó con un beso en la frente.

—Buenos días – dije medio dormido.

Rose me puso una bandeja encima de las piernas con un gran desayuno. No estaba acostumbrado a comer huevos con pan y zumo para desayunar, pero no quería hacerle ningún desprecio. Normalmente deseaba que al despertarme por la mañana las chicas se hubiesen ido, pero adoraba que ella tuviera esos detalles.

- ¿No te gusta, darling? – preguntó.
- Sí, sí – me apresuré a responder.
- No sé, has puesto una cara rara – dijo entre risas.
- No estoy habituado a estos desayunos tan grandes, pero tendré que aprender, ¿no?
- Eso espero, ¿qué tal has dormido? – preguntó.
- A tu lado, perfectamente.
- No hace falta que me hagas el pelota... – se quedó pensando – ¿Se dice así?
- Hacer la pelota – no me gustaba corregirla, pero ella necesitaba aprender.
- Eso, no me hagas la pelota – dijo burlándose.
- No me hace falta – guiñé un ojo y señalé mi pene por debajo de la sábana.
- ¿Crees que con eso lo tienes todo ganado? – levantó una ceja.
- No, pero sé que te mueres de placer.

Ambos nos echamos a reír sin poder parar. A Rose le gustaba bastante el humor de nuestro país y disfrutaba aprendiendo. Sabía que no la iba a ganar a base de sexo porque ella era una mujer mucho más completa, pero estaba orgulloso de darle todo lo que necesitaba.

Mientras me dedicaba a desayunar, Rose se iba vistiendo y me iba hablando de sus planes en el país. Había venido a conseguir trabajo y a practicar el idioma y, aunque no había tenido muchas entrevistas, estaba seguro de que con su simpatía y profesionalidad iba a irle bien.

- Entonces, ¿cuándo tienes la próxima entrevista? – pregunté.
- Dentro de un rato, iré a ver al ex novio de mi amiga Carol para ver qué me ofrece y tomaré algo después con Ruth.

— ¿Y eso? ¿Una entrevista? Es sábado.

—Es el dueño de una tienda de ropa en el centro y me dijo que me pasara, quizás me vaya bien.

—No tendré que ponerme celoso, ¿no?

—Tranquilo, mi estilo no es andar de flor en flor.

Lo cierto es que no sabía mucho acerca de la vida amorosa de Rose y me pareció el momento perfecto para preguntar. Necesitábamos conocernos más a fondo y a pesar de que iba a ocultarle parte de mi pasado, tenía curiosidad por el suyo.

—Y cuéntame, ¿has tenido muchas relaciones largas? – pregunté.

—No... La verdad es que solamente estuve una vez con un chico por mucho tiempo.

— ¿Mucho?

—Sí, 3 años... Pero no me gusta hablar de eso...

—Sabes que puedes contarme lo que quieras.

Quería que Rose tuviera claro que iba en serio y que me preocupaba por ella. Necesitaba que empezase a verme como alguien en quien confiar y con quien merecía la pena estar.

—Me engañó durante mucho tiempo con otras...

— ¿Otra u otras?

—Otras, en plural.

—Qué cabrón...

—Sí... Odio a esos tíos que van saltando de chica en chica y jugando con los sentimientos, es lo peor que existe.

Prácticamente había definido al Daniel que era hacía algún tiempo y de alguna manera no me sentó nada bien. A Rose le habían hecho daño de la

peor manera posible y odiaba el tipo de hombre que yo había sido normalmente.

—Lloré durante muchos años sin entender por qué se había comportado así...

—Debiste pasarlo mal – afirmé.

—Sí y desde entonces – siguió diciendo Rose – me he cerrado al amor...

— ¿Conmigo también? – pregunté.

—Contigo... Aún no lo sé – se acercó a mí y me besó en los labios.

— ¿Estás segura de que no lo sabes? – dije devolviéndole el beso.

—Estoy segura de que me lo harás saber.

Quitó la bandeja de la cama y me levanté para abrazarla. Quería sentirla y que ella tuviera claro que yo estaba allí para que todo saliese bien.

—Conmigo no tienes que preocuparte – le dije en el oído.

—No sé qué voy a hacer contigo, pero lo cierto es que me gusta todo.

— ¿Te gusta todo de mí?

—Todo lo que está pasando y no quería cuestionarme nada, además, algo me dice que tú eres diferente.

Rose se equivocaba en parte, pues yo era diferente pero no de la forma que ella pensaba. No sabía en qué momento me había vuelto tan mujeriego, pero una vez que comencé, fue difícil parar. El tener a todas las chicas que me diese la gana y usarlas a mi antojo, me hacía sentir poderoso y mi autoestima crecía sin parar.

Me gustaba tener el móvil lleno de contactos y poder elegir a quién quería

tener en mi cama esa misma tarde. Todo eso me había dado un poco de mala fama, pero las mujeres seguían cayendo rendidas a mis pies. Era la envidia de todos mis amigos y de los chicos que me conocían, pero ya no me importaba nada de eso.

No sabía qué había cambiado dentro de mí, pero tener a mil chicas en mi cama no era lo que me llenaba. Rose conseguía completar todo lo que me faltaba y con ella sentía que tenía suficiente. Tenía que luchar entre mi pasado y la persona que quería llegar a ser con ella.

Capítulo IV

Había quedado con Jorge para tomar algo aprovechando que empezaba el fin de semana. Nos conocíamos desde que jugábamos fútbol con 8 años en el parque del barrio y siempre fuimos buenos amigos. A pesar de que era un chico incapaz de guardar un secreto y al que le gustaban bastante las fiestas, sabía estar ahí para mí y nunca me había dejado de lado.

Llegué al local de cervezas donde siempre quedábamos y comprobé que ya estaba allí, esperándome. Por supuesto no había perdido el tiempo y se veía de lejos que ya estaba intentado conseguir el número de la camarera. Sonreía y le hacía ojos para llamar su atención constantemente.

En ese momento me vi reflejado en él y no me gustó mucho aquella imagen. No sabía si lo que sentía por Rose me había vuelto demasiado débil o que por fin me había quitado la venda de los ojos y podía ver que, en realidad, éramos unos babosos sin control.

— ¡Sigues vivo! — dijo al verme.

—No exageréis, solo me he ausentado un par de semanas — respondí.

Me senté en la mesa después de darle un abrazo y comprobé que no había perdido el tiempo mientras esperaba. Ya se había tomado un par de cervezas y la camarera estaba sirviendo las siguientes. Sabía que iba a ser una tarde larga y que no iba a poder escaparme fácilmente.

—Creo que esta noche me la llevo a la cama — dijo Jorge señalando a la chica.

— ¿Estás seguro?

— ¿Cuándo he fallado? — comenzó a reír — Aunque si la quieres, toda

tuya.

—Tranquilo, seguramente se lo pase mejor contigo.

—Es la primera vez que me rechazas un ligue que te pongo en bandeja, será verdad lo que va diciendo Marta – soltó.

Esperaba que la tarde con Jorge fuese un poco más dinámica y, aunque el tema de hablar de sexo y chicas era inevitable, podríamos hablar de más cosas. Realmente siempre quedábamos a presumir de los últimos ligues y polvos, pero no me apetecía hablarle mucho de Rose.

— ¿Y qué va diciendo esa loca por ahí? – pregunté.

— ¿Loca? – sonrió – ¿Qué te pasa con ella?

—Está loca... Ahora le dio por acosarme y perseguirme.

—No le das lo que quiere, pues es normal.

—Si no le doy lo que quiero, será porque no me sale del alma, ¿no crees?

Sabía que no estaba siendo del todo simpático, pero el tema de Marta empezaba a sacarme de quicio, nada más con escuchar su nombre... Me volvía neurótico. Ahora resultaba que tampoco perdía el tiempo en ir hablando de mí a la primera de cambio. No había tenido suficiente con ir a acosarme al trabajo y a casa que también tenía que hacer eso.

—Dime.... ¿Qué ha dicho la señora Marta de mí?

—Que la inglesa rubia te ha cambiado.

—Se llama Rose.

—Rose, cierto, se me había olvidado su nombre – no me sorprendía por su parte.

—Y, además – seguí diciendo –, nos estamos conociendo, simplemente.

—Y si solo os estáis conociendo.... ¿por qué rechazas a Marta? –

preguntó – El Daniel que conozco se la hubiera tirado noche si y noche también.

–Jorge, no quiero andar como siempre hemos hecho – quería sincerarme un poco con él – y no es que me haya vuelto débil, es que quizás quiero apostar por alguien por una vez.

–Daniel, sabes que eso no sale bien, ellas son malas y al final nos la acaban jugando.

–Nunca nos hemos parado a ver qué pasa, nos hemos dedicado a estar detrás de todos los culos que veíamos, no sabemos cómo es.

Jorge y yo nos habíamos dedicado toda la vida a jugar a ser machotes y juzgábamos las cosas sin haberlas probado antes. Jorge tampoco había tenido una relación seria y ni lo había intentado, prefería salir huyendo a la primera de cambio sin importarle nada.

–Yo paso de esas estupideces, prefiero seguir mi vida como estoy.

–Me parece bien, Jorge, pero esta vez quiero intentarlo.

– ¿Qué tiene Rose? Marta dice que no es gran cosa.

–No nombres más a Marta, porque te juro que me pongo bastante nervioso.

–Tranquilo, tranquilo – dijo mientras bebía un sorbo de cerveza.

No quería que Rose fuese la protagonista de mis conversaciones con Jorge porque después iría contándolo todo, pero llegados a ese punto, me daba completamente igual. Si no era él quien iba hablando de Rose, sería Marta, así que mejor me sinceraba y por lo menos me quedaba tranquilo.

–No sé qué tiene Rose, pero quiero intentarlo.

– ¿Y si te equivocas?

—Está el riesgo y quizás no salga bien, pero por una vez no va a pasar nada.

—No sé, tío, no me convence... Quizás tiene novio en su país o algo.

—Ni la conoces... ¿Por qué piensas tan mal?

—No pienso mal, solo miro las posibilidades.

—No creo que sea esa clase de mujer.

—No lo sabes, apenas os conocéis desde hace poco, no quiero que la cagues.

—Bueno, si la cago será problema mío, ¿no crees?

Agradecía que la camarera viniera a nuestra mesa de nuevo a servirnos otro par de cervezas y cortara un poco la conversación. No quería convencer a Jorge de que el camino que iba a seguir fuese el correcto, pero tampoco me apetecía que consiguiese crear dudas.

—No sé, tío, haz lo que quieras, cuando te equivoques, aquí estaré.

—Eso espero – respondí resignado.

—Lo que necesitas es una tía que te quite las tonterías, ¿por qué no te vienes esta noche de fiesta? – le echó una mirada a la camarera.

—Tengo cosas que hacer.

—Vamos, lo mismo nos montamos un buen trío – dijo riéndose.

—No me tientes, Jorge – bromeé.

Intenté seguir de risas con él para que el resto de la conversación fuese más amena para mí. Estaba acostumbrado a salir de fiesta y en el fondo echaba de menos lo bien que me lo pasaba con mis amigos, pero sabía dónde y cómo iba a acabar si lo hacía. Conocía a la mayoría de las chicas que salían

de noche por los mismos bares del centro y estaba seguro de que alguna se colgaría en mi cuello, así que era mejor dejar las tentaciones a un lado.

El resto de la tarde intenté cambiar de tema y logré conseguirlo. Estaba aliviado de no tener que nombrar más a Rose y justificar la decisión que había tomado. Por una sola vez en mis 30 años, quería intentar conocer más a fondo a una persona y tenía que poner de mi parte, por más que mis demonios interiores pudieran salir en cualquier momento.

Capítulo V

Nunca me había sentido tan aliviado de terminar una cita con Jorge como esa vez. Envidiaba un poco que se fuera de fiesta con los demás, pero yo quería invitar a Rose a cenar y dar un paseo. Siempre me habían parecido actividades de pringados y hombres idiotas, sin embargo, allí estaba yo, deseando que llegara el momento.

Subí a casa y me eché una copa para ir entrando en calor. Aquella vez pensaba sacar a mi chica a un buen restaurante y sorprenderla con algún paseo romántico. Rose se había dedicado a buscar trabajo y apenas conocía muchas de las actividades que se hacían en la ciudad los fines de semana.

El tiempo pasaba y Rose no llegaba, así que decidí llamarla. No quería parece que la agobiaba o que la presionaba mucho, pero me preocupaba que no se hubiese puesto en contacto conmigo.

—Yes? – respondió Rose.

—Hola, ¿qué tal vas?

— ¡Hola, Daniel! – se notaba que se alegraba al oír mi voz – Sorry, no he podido escribirte mucho hoy.

—No te preocupes, me preguntaba si te apetecía cenar fuera esta noche.

—Sería súper bien, creo que estoy llegando en una media hora a casa, ¿vale?

—No te preocupes, arréglate y cuando termines ven a la mía y salimos.

—Está bien, Darling.

—Un beso, adiós – me despedí de ella.

Sabía que no iba a rechazarme la invitación y me apresuré a llamar al restaurante para reservar una cita. Aquel sitio gozaba de buena fama y los fines de semana era imposible cenar, pero yo conocía a una de las dueñas y siempre me hacía el favor.

Curiosamente aquella chica no había estado nunca en mi cama y, sin embargo, habíamos establecido una buena amistad. Debido al gran trabajo que tenía y la vida que yo llevaba, no nos veíamos mucho, pero siempre que la llamaba no dudaba en hacerme un hueco en su restaurante.

Una vez hice la reserva y me aseguré de que todo estaba bien, me metí en la ducha. Necesitaba sentirme nuevo y olvidarme de la tarde que había pasado con Jorge. Había insinuado que Rose quizás no era la mujer que pensaba y que quizás tenía secretos, pero yo me negaba a que eso fuese así.

El que más secretos tenía era yo y me había esforzado demasiado en ocultarlos. Muchas veces pensaba que cuanto antes le dijera la verdad sobre quién era a Rose, las cosas irían mejor, pero su vida amorosa estuvo marcada por los engaños y no iba a estar tranquila sabiendo que yo podía llegar a ser peor que cualquiera de los hombres que había conocido.

Justo cuando me estaba secando, descubrí que mi móvil tenía unas 8 llamadas perdidas de Marta. Respiré profundamente y decidí pasar de ella. Ya me había hecho perder los nervios en más de una ocasión y prefería que las cosas se calmasen y que dejara de perseguirme.

Me dediqué a vestirme y aquel móvil no paraba de sonar una y otra vez. Si existía alguien insistente en este mundo, era ella y yo tenía la mala suerte de que me había tocado. Desesperado porque no dejara de hacerlo en toda la noche y Rose empezase a hacerme preguntas, decidí poner mi mejor sonrisa y atender la llamada.

Quizás si le respondía bien y simpático, se relajaba conmigo y decidía dejarme tranquilo. Con mi actitud radical ante ella, lo único que había hecho era provocarla y que sintiera que tenía que vengarse.

— ¡Hola, Marta! – saludé alegre.

— ¿Por qué no me respondes? – preguntó exigiendo.

—Perdona, estaba en la ducha. ¿Qué tal? ¿Cómo has estado?

Intenté obviar que me había llamado más de diez veces.

—Bueno... Bien...

—Ese bien no me suena convincente.

—Ya sabes que no me llevo bien con mis padres.

—Ah, es eso... Ya sabes cómo son, no les echas cuenta.

—No los soporto y no sé cuánto duraré aquí.

Había escuchado esa frase miles de veces y me tenía bastante cansado. Los padres de Marta tenían mucho dinero y desde pequeña le habían dado todo, creando una chica caprichosa que pensaba que todo el mundo tenía que hacer lo que dijese y que podía tener lo que le diese la gana.

—Cálmate... ¿Por qué no sales un rato con el grupo? – propuse.

—Eso iba a hacer, pero Jorge me dijo que no ibas a ir.

—Me duele un poco la cabeza... No me encuentro bien....

— ¿Seguro que no es por ella?

—Solo quiero descansar –intenté evitar la pregunta –, sal y despéjate, seguramente lo verás todo mejor mañana.

Oí que estaban llamando a la puerta y me apresuré a ponerle una excusa a Marta para colgar el móvil. Aún no me había terminado de vestir y ya mi cita había llegado, no podía perder mucho más tiempo.

—Oye, te tengo que dejar, voy a ver si tomo alguna pastilla.

— ¿Por qué no, mejor, abres la puerta?

— ¿La puerta?

—Sí... Están llamando...

—No había oído – disimulé.

—Yo sí, reconozco tu timbre.

—Bueno... Entonces te dejo, hablamos mañana, ¿vale?

—Está bien, Daniel. ¡Adiós!

Colgué el teléfono, me puse la camiseta rápidamente mientras me dirigía a la puerta y la abrí. Al otro lado no estaba la cita que esperaba ni mucho menos y la cara se me puso completamente blanca.

— ¿Marta?

— ¿En serio habías pensado que podía oír el timbre por el móvil? – dijo riéndose mientras agitaba una botella de champán.

—Creo que no es buen momento... – no sabía qué decir.

—Tranquilo, el dolor de cabeza puedo quitártelo de una sola vez.

Me quedé petrificado mientras Marta pasaba al interior de mi casa sin haberla invitado. Otra vez me encontraba entre la espada y la pared y en la misma situación que hacía unos días: Rose estaba a punto de venir y Marta se presentaba sin previo aviso.

Estaba empezándome a cansar de su actitud y de que se pasara el día buscándome, pero si algo había aprendido con los años era a no enfadar a una mujer. Tenía que hacerle creer que ella tomaba la decisión de irse y así quitármela de encima sin ningún tipo de problema.

Capítulo VI

—No te esperaba por aquí – dije entrando en mi salón.

Marta ya se había puesto cómoda y estaba sacando dos copas del mueble para servir el champán. Odiaba la forma en la que se apoderaba de mi vida sin pedírselo y la presión de tener que estar pendiente porque Rose llegara. Le había mentido y le había dicho que era mi prima, pero si seguíamos así, pronto se sabría la verdad.

— ¿Ibas a algún sitio? – preguntó al verme arreglado.

—No, no iba... De hecho, vengo... – mentí.

—Entonces tómate algo conmigo para relajarte – me ofreció una de las copas.

—La verdad es no tengo ganas, solo quiero acostarme, me duele la cabeza.

—Venga – insistió –, verás qué pronto se te quita.

Aquello no dejaba de ser mentira. Si seguía teniendo que soportar la actitud de Marta, la cabeza iba a explotarme sin control. Pensaba que lo mejor era decirle a Rose de una vez que me sentía acosado por ella y que le mentí para no meterme en un lío, pero no tenía ni idea de cómo podría reaccionar ella ante eso.

—No es mentira, Marta, prefiero estar solo – repetí.

— ¿Vas a ser un aguafiestas?

—No voy a ser nada, ni siquiera te he pedido que vengas.

—Lo sé y es que últimamente es lo que haces, pasar de todos.

—No paso de nadie, necesito un tiempo para mí.

—Y para esa zorra, no me engañes.

Mi paciencia y mi buen humor se habían acabado de repente. Si Marta seguía presionándome de aquella manera, no sabía bien cómo iba a reaccionar y me podría meter en un lío grande.

— ¿Quieres dejar ese tema a un lado? Aburre un poco – dije cortante.

— ¿Acaso es mentira?

— ¿Qué quieres que te diga? ¿Que sí o que no?

—Quiero que me digas la verdad.

—La verdad es la que tú quieras escuchar en ese momento, no la realidad.

—Solo te he dicho que me digas la verdad sobre ella.

—No tengo que darte explicaciones de mi vida, Marta – no entendía qué poder creía que tenía sobre mí.

—No se trata de dar explicaciones, pero me has dejado tirada y abandonada.

—No teníamos nada serio, nos veíamos cuando podíamos y nada más.

— ¿Nada más?

—Sí, nada más – afirmé mientras mi mal humor seguía creciendo.

Marta se quedó unos minutos en silencio sin saber bien qué decir. Escuchar la verdad no era uno de sus hobbies y estaba acostumbrada a que todo el mundo le dijera lo que ella quería oír. Jamás me había tenido que enfrentar a ella en mi anterior vida y odiaba tener que hacerlo ahora.

—Escúchame, intento tener paciencia y ser comprensivo, pero no me lo pones fácil – comencé a decir.

—Es fácil... te dejaré tranquilo con ella si nos despedimos.

— ¿Nos despedimos?

—Sí, quiero que pases una última noche conmigo y te dejaré en paz.

— ¿Me estás chantajeando con sexo? – no podía creerlo.

—Llámalo un intercambio.

—Pero... ¿Por qué conmigo? Puedes tener a quien sea... – no terminaba de creer lo que había escuchado.

—Porque yo siempre consigo lo que quiero.

Marta se tomó la copa de champán de un solo trago y puso cara de victoria. Se acercó a mí y comenzó a abrazarme a la vez que acercaba su boca a la mía. Podía haberla besado un millón de veces, pero esa vez me parecía que todo lo que tenía que echar por ahí era puro veneno y no lo quería.

—No te acerques mucho, Marta – intenté alejarla con los brazos.

— ¿Qué pasa? ¿Ya no te gusto?

Empezó a restregar sus pechos contra mi cuerpo e intentó meter la mano por debajo de mi pantalón. No sabía bien cómo reaccionar para no alterarla más y mucho menos cuando ya había comenzado a chantajearme, así que me dejé.

Dejé que me manoseara libremente sin poder evitar que se me pusiese un poco dura en sus manos. Era hombre y ante aquellos movimientos me empezaba a estimular, aunque no quisiera.

—Se está poniendo dura – dijo sonriendo.

—Me estás medio masturbando... No soy de piedra...

—Sé que en el fondo quieres probarme de nuevo... – me mordió el labio

inferior y siguió tocándome sin parar.

—Marta... será mejor que pares... no es momento...

No podía evitar excitarme al ver cómo se restregaba y me tocaba el pene sin parar. Quería ser fiel a Rose y a lo que estábamos empezando, pero toda mi vida me había dedicado a tener sexo salvajemente a diario y a veces mis demonios podían controlarme.

Sabía que aún entre Rose y yo no habíamos establecido algo completamente serio y que nos estábamos conociendo, pero yo sentía que le debía algo y que le estaba fallando. No era fácil tener a una mujer tan atractiva como Marta delante y resistirse durante mucho tiempo.

— ¿Prefieres que te haga esto con mi boca? — preguntó masturbándome.

—Tenemos que dejarlo... No está bien...

— ¿Por qué? ¿Acaso estamos haciendo algo malo? — empezó a desabrocharme el pantalón y comenzó a bajar la cabeza por mi cuerpo.

En ese momento la cogí por los hombros y la levanté. Enseguida me abroché el pantalón y me apresuré a servirme otra copa. Rose podía aparecer en cualquier momento y no podía estar con los pantalones bajados mientras otra me la chupaba como si no hubiese un mañana.

— ¿Me estás rechazando de nuevo? — preguntó indignada.

—Marta, te he dicho que me voy a tomar un tiempo.

—Y yo te he dicho que voy a conseguir lo que me dé la gana — replicó como una niña chica mientras se sentaba en el sofá y seguía bebiendo.

En aquel momento hubiera respondido todo lo que se me venía a la cabeza, pero mi móvil comenzó a sonar y no quería dejar a Rose esperando.

- Dime – respondí mientras iba a la cocina para tener intimidad.
- Darling? Tengo malas noticias...
- ¿Qué ha pasado?
- No voy a poder ir a la cena, mi amiga Ruth no se encuentra bien y voy a acompañarla a casa, quizás me quede con ella.
- ¿Qué le pasa?
- No lo sé, pero se ha mareado un poco, lo siento, ok?
- Tranquila, hablamos mañana...
- Está bien, te visitaré cuando pueda.
- Un beso, cuídate.
- Thanks, bye!

Me sentía mal por perder la cita en el restaurante y no poder pasar la noche con Rose, pero me aliviaba bastante porque así podía relajarme con la presencia de Marta. Sin querer me había quitado un gran peso de encima y no tenía la presión de que Rose iba a aparecer en cualquier momento.

Volví al salón y Marta seguía allí, sirviéndose más y más champan, así que tuve una idea bastante interesante. Cuánto más alcohol bebiese y más fuera de control se encontrara, más podía manejarla a mi antojo y hacerle creer lo que me diese la gana.

Podía acostarme con Marta perfectamente, pero decidí que no era lo correcto. Aún tenía el pene duro y con ganas de marcha, pero prefería mantenerme fiel a lo que quería ser. No podía estar cayendo en la tentación cada vez que se me pusiese por delante y aquella vez quería ser más fuerte que mis instintos.

Capítulo VII

Me levanté temprano y dejé a Marta dormir en mi cama. Mi plan había sido todo un éxito y en menos de un par de horas se quedó completamente dormida de la borrachera que había pillado. Podía hacerle creer cualquier cosa porque estaba seguro de que no se acordaría de nada.

Le quité la mayor parte de la ropa y la acosté a mi lado solamente en braguitas. Marta tenía un cuerpo espectacular y aunque había conseguido medio tentarme a tener sexo con ella, me contuve bastante. Esperaba que aquello fuese suficiente para que desapareciera de mi vida y poder vivir tranquilo.

Me levanté y me dispuse a desayunar tranquilamente. Los domingos por la mañana dormía hasta tarde, pero no podía conciliar bien el sueño teniendo allí a Marta y sabiendo que Rose vivía justo en frente de mi puerta. Normalmente no me visitaba temprano, así que esperaba librarme de todo aquel lío cuanto antes.

Intenté hacer algo de ruido mientras iba preparando el desayuno y arreglando algunas cosas de la casa. Movía platos y vasos a conciencia para que Marta se despertase cuanto antes. A pesar de beber bastante, nos habíamos acostado temprano, por lo que era difícil que se levantase demasiado tarde.

— ¿Por qué haces tanto ruido? Es domingo... — Marta se había despertado.

—No sé, me levanté enérgico — sonreí.

— ¿Qué pasó anoche? Me duele demasiado la cabeza...

Agarré mi café y se lo ofrecí. Había estado toda la mañana ensayando lo que iba a decir y era el momento de mi actuación. Tenía que hacerle creer que todo había salido como ella quería y que tenía el poder que le diese la gana.

— ¿No te acuerdas?

—Para nada...

—Creo que... Ha sido uno de los polvos más salvaje de mi vida.

— ¿En serio? Qué vergüenza...

—Te pusiste a beber y después no pudimos evitarlo....

—Cuéntame – sabía que le encantaba que hablase sobre ella.

—Te pusiste a quitarte la ropa poco a poco... Y después... Encima de mí sin pedirme permiso...

—Sigue...

—Después me bajaste los pantalones y... Se me pone dura con solo recordarlo...

—Sigue, sigue – exigía.

—Me la chupaste como si mi pene fuera a acabarse y estuvieras completamente desesperada.... Nunca te había visto metértela en la boca de aquella forma....

—Cuéntame más...

—Y ahí no pude responder más, terminé de quitarte la ropa y te cogí en brazos hasta mi habitación mientras te besaba... Te tiré encima de la cama y te aseguro que no me privé de probar todos los agujeros que tienes en el cuerpo.

— ¡Eres un cerdo!

—Pero a ti te gusta, zorra – dije tocándome el pene por encima del pantalón.

Marta sonreía mientras yo iba relatando la historia que tenía en mi cabeza de la forma más realista posible. La cara que tenía era de completa victoria, como si ya hubiese conseguido su gran capricho, como la niña mimada que era.

— ¿Ves como el dolor de cabeza se te iba a pasar rápido?

—Y que lo digas...

—Entonces... Nuestro trato está hecho....

— ¿Qué trato? – quería que creyese que me había olvidado.

—Ya sabes... Que te dejaría en paz si nos despedíamos.

—Y de qué manera... No ha podido ser un mejor final.

Seguía alabando el polvo fantasma que habíamos echado la noche anterior y sabía que se sentía mejor que nunca. Pensaba que había ganado y que me tenía comiendo de la mano y todo eso jugaba a mi favor.

—Creo que iré a vestirme... Mis padres se estarán preguntando dónde estoy.

—Sí, será mejor que no los preocupes.

La sensación de victoria la tenía yo. Había conseguido engañarla y estaba dispuesta a vestirse y a irse temprano de casa. Iba a conseguir quitarme un gran peso de encima si las cosas salían bien y todo iba a acabar pronto.

La puerta comenzó a sonar y me apresuré a asomarme a la mirilla para ver quién era. Sorprendentemente era Rose quien estaba llamando y empecé a sudar de nuevo. No podía descubrir que Marta estaba allí y ya que había conseguido calmarla, no quería que viese a Rose besándome o algo por el estilo.

Decidí volver sobre mis pasos cuidadosamente y regresé a la habitación mientras seguían llamando. Cerré la puerta con cuidado y me metí dentro a

esperar que Rose se cansara de llamar. Pensaba que lo mejor era buscarla luego y decirle que estaba durmiendo y no me había dado cuenta.

— ¿Quién es? ¿Por qué no abres? —preguntó Marta mientras se vestía.

—Es la pesada de la vecina... No tengo ganas de aguantarla...

— ¿La inglesa?

—Eh... Sí....

Si hacía pensar a Marta que no tenía nada con ella y que incluso me resultaba pesada, quizás no se sentiría más celosa y me dejaría a un lado. Tenía claro que ella me acosaba últimamente porque no soportaba que Rose tuviese el control y la dejase a un lado por otra.

Se comportaba como una niña pequeña que tiene miles de juguetes y que solo se encapricha uno de ellos cuando otro niño viene a tocarlo. Yo había sido su juguete y aunque en muchas ocasiones pasaba de mí, el tener a Rose rondando mi territorio la ponía aún peor.

Si seguía con Rose y todo se establecía, Marta se iba a dar cuenta porque pertenecía a mi grupo de amigos y Jorge iría contándoselo a todos sin dudarle. Sin embargo, mientras podía ganar tiempo y quizás conseguir que se olvidase un poco de mí.

—Había pensado que podíamos tener algo... Pero no me convence.... — dije con desinterés.

— ¿Por qué?

—Es demasiado aburrida... Plana... Y en la cama... Un desastre....

—Es que tú no eres hombre de una sola mujer, reconócelo.

—Quizás sea eso... Quizás me gusta ser el mujeriego de siempre.

—Y yo te acepto así... Es por eso por lo que nos va bien — guiñó un ojo.

Rose dejó de llamar pronto y Marta había terminado de vestirse mientras yo esperaba tumbado en la cama. Cogió sus cosas y la acompañé a la puerta rápidamente. La última prueba que debía superar era que Marta saliese de casa sin que nadie la viese o a Rose le diera por abrir la puerta, así que me dispuse a ello.

Tuve la mayor de las suertes y en el momento que abrí la puerta no había absolutamente nadie. Si hubiese sido de otra forma, ya no tendría ni idea de qué hacer o qué excusa poner, pero la suerte estuvo de mi parte.

—Entonces... Ya nos vamos llamando un día de estos.... — dijo Marta despidiéndose.

—Sí, ya más adelante... Ya sabes...

—Cuídate.

Marta se apresuró a darme un beso en la boca y la dejé sin resistirme. Había sobrevivido a toda la presión a la que me había sometido y un beso ya no significaba un problema para mí. Si ella era feliz dándomelo y se iba tranquilamente para no volver, no me parecía un precio alto de pagar.

Cerré la puerta y volví a tirarme de nuevo en mi cama. Me sentía completamente agotado por todas las situaciones que había vivido últimamente. Aunque tenía ganas de ver a Rose, decidí dormirme un par de horas para recuperar las fuerzas que había perdido.

La situación con Marta había sido demasiado estresante, pero conseguí ganarle la partida. Ahora era libre de seguir viéndome con Rose y tener tiempo para establecer lo nuestro antes de que Marta volviese a molestarme una vez más.

Capítulo VIII

Los días se habían calmado bastante y la rutina formaba parte de mi vida otra vez. Marta no había vuelto a aparecer y mi relación con Rose seguía su curso. Cada momento que vivíamos juntos me hacía estar más seguro de que había apostado correctamente.

Salí de trabajar y me dirigí a una cafetería inglesa que quedaba en el centro y a la que Rose le encantaba ir. Aquel sitio era completamente nuevo para mí y apenas lo conocía, pero le había propuesto tomarnos un té y así hacer algo diferente que quedarnos en su casa o en la mía.

Aparqué un poco lejos del lugar y fui el resto del tiempo caminando. Me gustaba sentir la brisa de la primavera y ver cómo la calle comenzaba a cobrar vida después de un largo invierno. La gente salía más y creaban un ambiente bastante agradable.

Sin apenas darme cuenta, llegué al lugar de la cita y quedé realmente sorprendido. Nunca me había planteado ir a ese tipo de lugares, pues mi vida consistía más en salir de noche con mis amigos a ver a qué chica nos podíamos ligar, pero quedé encantado.

El local no estaba decorado con muchos colores, apenas unos negros, blancos y grises, pero era todo lo que necesitaba para crear un buen ambiente. La gente, en su mayoría se notaba que eran ingleses, se dedicaban a tomar té y pastas mientras hablaban y escuchaban música de su país.

Ya entendía perfectamente por qué Rose pasaba bastante tiempo allí y se sentía tan a gusto. No debía ser fácil dejar tu país, amigos y costumbres para embarcarte en una aventura de aquellas dimensiones. En ocasiones debía

sentirse bastante sola y ese lugar le recordaría a su hogar.

Enseguida me prometí a mí mismo que iba a hacer más esfuerzos por compartir ratos allí con ella. Si quería tener una relación sólida, debía de hacer ese tipo de esfuerzos, o al menos eso era lo que tenía en mente. Seguir siendo el mismo Daniel de siempre no iba a funcionar, así que debía cambiar y adaptarme a las circunstancias.

Me senté en una de las mesas que quedaba al fondo del local y Rose no tardó en aparecer. Mientras venía hacia la mesa con aquella sonrisa, no pude evitar enamorarme una vez más de su cara angelical y de su forma de caminar. Era tan diferente a todas las chicas que había conocido en mi vida, que sería bastante idiota si la dejaba escapar.

Para mí era nuevo todo aquello de admirar tanto a una persona y sentir cómo el corazón me latía a mil por hora con solo verla. Siempre había pensado que eran mariconadas de las películas, pero cuando se vive en primera persona, las cosas cambian bastante.

—Hi, Darling – dijo mientras me daba un beso en la mejilla.

—Hola, preciosa – se lo devolví en la boca.

Aún no habíamos hablado sobre establecer la relación y seguíamos considerándonos amigos que estaban en proceso de conocerse, pero que me diese un beso en la mejilla me sabía a poco. Estaba seguro de que quería tener algo con ella y que me tiraría de cabeza a la piscina cuando me diera alguna señal de que todo iba a ir hacia adelante.

— ¿Llevas mucho tiempo aquí? – preguntó mientras se sentaba.

—No, tranquila, apenas un par de minutos – respondí.

El camarero vino rápidamente a nuestra mesa y le dio un fuerte abrazo a

Rose, seguido de un beso. Se notaba que tenían bastante confianza y que se conocían desde hace tiempo. Pedimos un par de té y unas pastas y en seguida dijo que la casa nos invitaba.

—Qué agradable ese hombre — dije —, no tendré que ponerme celoso ¿no?

—Tranquilo, es gay — dijo riendo.

— ¡Qué alivio! — bromeé.

—De todos modos, ¿no seré yo la que se tiene q poner celoso?

— ¡Celosa! — corregí riéndome — Y tranquila, no te hace falta.

— ¿Seguro? Apenas me has contado nada acerca de tu vida amorosa.

Sabía que el momento de esa conversación llegaría algún día y me había preparado algo para cuando ocurriera. No iba a ser muy creíble que jamás hubiese tenido novia, así que me parecía perfecto contarle algo más veraz.

—La verdad... No me ha ido muy bien en el amor — respondí.

— ¿Te pasó algo como a mí?

—No, tuve un par de relaciones hace años, pero... No me llenaban y decidí dejarlas.

— ¿No te llenaban? ¿Qué significa?

—Quiere decir que no me daban lo que buscaba, que no terminaban de convencerme — estaba mintiendo, pero no tenía más remedio.

—Ah... — se quedó pensando —, aunque por fuera pareces de esos chicos malotes...

— ¿Malote? ¿Por qué?

—No sé, eres muy atractivo y cualquier chica se fijaría en ti.

—He tenido mis pretendientes...Pero es que soy muy exigente.

El camarero apareció con nuestro pedido y gané tiempo para pensar un poco. Rose nunca me había dicho qué imagen tuvo de mí al verme y me sorprendía que se hubiese acercado a mí si pensaba que era un chico de ese estilo.

—Si pensabas que soy malote... Como tú dices... ¿Por qué te acercaste a mí? — pregunté bromeando.

—No sé, tienes algo diferente...

— ¿Cómo qué?

—Tu forma de hablar... De tratarme... No creo que seas así con todas.

La verdad era que en eso tenía razón. Con las demás nunca me había esforzado más que en quitarles la ropa interior y meterlas en mi cama.

—Sí, tienes razón, no suelo ser así con nadie

—Me alegra ser la afortunada — esbozó una leve sonrisa.

—Y yo estoy feliz de que lo seas — le devolví la sonrisa mientras tomaba un sorbo de té.

— Además... Todo lo que hemos comenzado me gusta — respondió sinceramente.

—A mí también — le cogí una mano y la mire a los ojos — y me gustaría que durara mucho más tiempo.

—Sabes que no soy de ponerle tiempo a las cosas y por ahora quiero seguir así — sonrió.

Me alegré bastante de haber escuchado esa frase y comprobar que Rose se sentía igual de bien. A veces me daba un poco de miedo preguntarle directamente y que me dijera cosas que no me iban a gustar, pero todo iba viento en popa.

Las cosas con ella no podían ir mejor y empezaba a plantearme que en

cualquier momento tendríamos que tener una conversación seria. Me gustaba el plan que teníamos, pero con el paso de los días quería algo más serio con ella, saber que estaba tan segura de lo nuestro como yo, aunque tenía claro que debía esperar un poco.

Pasamos el resto de la tarde hablando de las diferencias de costumbres de ambos países y conociendo un poco de nuestras infancias y anécdotas. Me parecía increíble poder pasar horas hablando con ella sin aburrirme y sin preguntarme cuánto tardaría en llevármela a la cama.

Capítulo IX

Salimos de la cafetería bastante tarde y decidimos ir a comer algo y a dar una vuelta antes de volver a casa. El tiempo acompañaba bastante bien y se podía caminar tranquilamente por la calle sin pasar nada de frío. Rose estaba acostumbrada a inviernos más duros del que habíamos vivido, pero estaba encantada con el tiempo que empezaba a hacer.

Los locales, a pesar de la hora, ya estaban llenos y el ambiente era muy acogedor. Me fijaba en las parejas que nos íbamos encontrando y me gustaba formar parte de aquello. Meses atrás me parecía demasiado empalagoso andar cogidos de la mano y dedicándose besos, sin embargo, ahí estaba yo, deseando hacer lo mismo con Rose.

Hasta ese momento, mi manera romántica de demostrarle el cariño que le iba teniendo le gustaba. Sabía que se sentía bastante halagada cuando llegaba a su casa con alguna flor o simplemente le decía lo guapa que se había levantado. No había experimentado mucho en esa parte de la vida, pero no se me daba tan mal como pensaba.

Sin querer llegamos a la puerta del único cine que aún quedaba en el centro y Rose se quedó mirando la cartelera. Nunca me había planteado ir al cine con ella y parecía la ocasión perfecta para hacerlo. No es que me

emocionaran muchos las películas que había, pero sería un buen plan.

— ¿Te apetece ver alguna? — me acerqué a ella.

—No sé, quizás no entiendo todo lo que dicen.

—Rose... Entiendes todo a la perfección... No creo que te pierdas...

—No sé, la verdad no conozco mucho de qué van.

—No es que esté muy bien la cartelera, pero sería un buen plan.

—Sí, tienes razón — comenzó a emocionarse —. Además, nunca he ido a un cine aquí.

—Entonces, tu primera vez será conmigo.

Entramos y compramos la que nos pareció más interesante, aunque yo tampoco tenía ni idea de qué iba. Rose nunca había ido a un cine en el país y seguramente le gustaba que la primera experiencia fuese conmigo.

Me fijé que aún faltaba una hora para que comenzase y le propuse sentarnos en una plaza pequeña que quedaba cerca para pasar el tiempo. Rose no tardó en aceptar, sorprendentemente, me cogió de la mano para caminar hacia allí. Me sentía bastante extraño porque no recordaba haberlo hecho muchas veces, pero también sentía que me gustaba bastante.

A mitad del camino comencé a escuchar algunas voces a mis espaldas. En un primer momento no distinguía qué decían, pero pronto escuché mi nombre varias veces y me empezó a dar miedo darme la vuelta. Conocía a un montón de gente y podía ser cualquiera, así que intenté hacerme el tonto.

—Te están llamando — dijo Rose mientras giraba la cabeza.

— ¿A mí? — seguí caminando.

—Sí, sí, se dirigen hacia aquí.

Me di la vuelta y pude comprobar que era el grupo de amigos con el que

salía siempre, en el que distinguí claramente a Jorge y Marta al instante. Puse los ojos en blanco y respiré profundamente, no esperaba encontrármelos por allí y menos acompañado de Rose.

Inmediatamente corregí la expresión de mi cara, puse la mejor de mis sonrisas y me apresuré a saludarlos cuando ya estaban a pocos metros. No podía seguir haciéndome el tonto delante de Rose e ignorarlos.

— ¡Hola! ¿Qué pasa? – saludaron algunos mientras me estrechaban la mano.

—Ya no se te ve el pelo – dijo Marco, uno de los chicos.

—He estado un poco ocupado. ¿Dónde vais? – pregunté.

—A dar una vuelta, lo de siempre – respondió Jorge – ¿No nos vas a presentar a tu amiga?

Sonreí y presenté a Rose ante todos para que la conociesen. Sabía de sobra que Jorge ya les había puesto al día sobre ella y que tenían claro quién era. Marta la saludó la primera, sin necesidad de presentación, pareciendo más simpática de lo que realmente era.

—Nos sorprende ver a Daniel con novia, es una novedad, ¿verdad, chicos? – dijo Raúl cuando le dio un par de besos a Rose.

—Cierto – comenzaron a reír algunos.

—Al menos ya no está quitándonos a todas las chicas – bromeó Jorge.

—Podemos estar tranquilos esta noche, Daniel no se lleva ninguna a casa

— Marco seguía bromeando.

—Es un buen chico, aunque un poco mujeriego – Jorge le guiñó un ojo a Rose.

—Los hombres nunca cambian — se apresuró a decir Marta.

Rose empezó a cambiar su expresión y no me estaba gustando nada. Me sentía completamente presionado ante todos ellos y solo deseaba que se marchasen y dejaran de hablar estupideces. Había construido bastantes cosas con Rose y las podían destruir con solo dos palabras.

—Bueno, chicos, sigamos nuestro camino — dijo Jorge, aliviándome.

—Está bien, nos vemos otro día — me despedí.

— ¡Hasta luego, usad protección! — gritó Marco mientras se marchaba.

Rose y yo nos quedamos de pie un rato, en silencio. La verdad es que no tenía ni idea de qué se le pasaba por la cabeza y tampoco sabía bien qué iba a decir. La razón por la que nunca la había llevado con mis amigos era precisamente esa y mi mayor pesadilla se hizo realidad.

—Son simpáticos... — alcanzó a decir.

—Siempre están bromeando...

— ¿Bromas? Parecía que no...

—Rose... Claro que son bromas. ¿Qué te crees, que voy por ahí haciendo lo que dicen? — intenté reírme para quitarle hierro al asunto.

—No sé... Me dio la impresión de que hablaban en serio.

—Te falta aprender mucho de la cultura de aquí — seguí bromeando.

La cogí la mano y seguimos caminando hasta la plaza. Rose iba un poco callada, pero estaba seguro de que podía quitarle importancia al asunto y que pensase que no era cierto nada de lo que habían dicho.

—Rose — le cogí la cara con las manos —, son bromas, confía en mí.

—No sé...

— ¿Te he fallado alguna vez? ¿No te he demostrado lo que siento?

—Sí... Tienes razón – esbozó una sonrisa.

—No seas tonta, no creas nada de eso – la besé.

Me dio la impresión de que Roseó olvidó rápidamente el tema y acabo creyéndome al final. El resto de la noche lo pasamos bien entre la película y el paseo. No volvió a mencionar el tema y se comportó como siempre.

Me sentí bastante aliviado al salir del paso y salvarme aquella vez. Los inútiles de mis amigos me la habían jugado y estaba totalmente seguro de que iba a desaparecer del grupo aún más. Quizás con el tiempo se olvidaban de mí y de cómo había sido y me dejaban vivir la relación que deseaba tener con Rose.

Capítulo X

La semana acababa de empezar y estaba trabajando, como siempre. Ya me estaba replanteando buscar otro tipo de trabajo o quizás montar un negocio propio, pues no podía aburrirme más. Lo único que tenía que hacer era gestionar los pedidos por internet y esperar a que, de vez en cuando, aparecía algún alma por allí.

No entendía muy bien por qué les merecía la pena mantener aquel gasto de local si nos encontrábamos apartados de la civilización y apenas vendíamos. Durante un tiempo tuve algún que otro compañero, pero la carga de trabajo era tan poca que no merecía la pena compartirla. Normalmente acababan aburriéndose al verme haciendo todo y se iban por su propia cuenta.

Había estudiado con la ilusión de encontrar un buen trabajo pronto y costear mi nivel de vida, pero eso nunca había sucedido. Admiraba la insistencia con la que Rose seguía buscando trabajo día tras día e iba sopesando lo que mejor le convenía. Algún día tendría que ser capaz de salir de allí y aunque estuviera dos o tres meses sin trabajo, poder tener la posibilidad de encontrar algo mejor.

Escuché que alguien había abierto la puerta de la tienda y levanté rápidamente la cabeza. Por unos instantes pensé que tendría un rato de conversación y podía distraerme, pero al ver que era Marta la que visitaba, comprendí que no iba a ser divertido. Odiaba profundamente que fuese a verme, últimamente nuestros encuentros no me habían gustado absolutamente nada.

— ¿Qué tal? — pregunté mientras se acercaba.

—Hola — saludó sin muchas ganas.

Normalmente se acercaba y me daba un par de besos, pero aquel día no hizo eso. Simplemente cogió una silla y se sentó donde siempre. No me molestaba para nada que no me saludase, pero eso hacía saltar las alarmas; algo no iba bien.

— ¿Qué te pasa? – pregunté.

— ¿A mí? Nada...

— ¿Segura?

— ¿Por qué lo preguntas?

— No sé, ni me has saludado...

— Ah, ahora eso te importa – dijo con desdén.

Como me había imaginado, el rato que me iba a hacer pasar Marta no iba a ser de mi agrado. No podía pasarme la vida cogiéndola y empotrándola cada vez que le diese la gana. En algún momento yo haría mi vida y ella la suya, tendía que aprender a dejar las cosas a un lado.

— ¿A qué has venido? – pregunté un poco enfadado.

— A verte, ¿no?

— ¿A verme, o a montarme otro espectáculo?

— ¿Esa es la imagen que tienes de mí?

Ahora jugaba a hacerle la víctima y yo no tenía paciencia para soportarla una vez más. Había sido capaz de ir a mi casa a chantajearme y bastante le había consentido. Era una niña mimada que estaba acostumbrada a conseguir lo que le daba la gana y no iba a permitírselo.

No iba a negar que en muchas ocasiones había envidiado la vida que llevaba, pero logré darme cuenta de que no le había servido para nada. No tenía sentido tener unos padres con mucho dinero si habían suplido las carencias con cosas materiales y la habían convertido en una chica capaz de

destruir cualquier cosa por lo que deseaba tener.

—Tu actitud no me deja otra cosa que pensar.

— ¿Qué actitud?

—No sé, simplemente con mirarte sé que no vienes de buenas.

—Pues... La verdad... Me siento engañada.

— ¿Engañada?

—La última vez que nos vimos me dijiste que Rose no era nada, que te aburría... Y te encuentro por la calle con ella.

Rose. Había tardado demasiado en nombrarla y en volver a hacerse la víctima. ¿Cómo se podía sentir engañada si no tenía absolutamente nada con ella? Me provocaba ponerme a reír como un loco y sacarla de allí sin explicaciones, pero no era esa clase de hombre.

Me quedé mirando la nada sin saber bien qué contestar. Me parecían mucho más interesantes aquellos estantes llenos de cajas abiertas y recambios sueltos que mirarla a ella. Siempre iba vestida de punto en blanco, pero en su interior parecían que las cosas no eran tan claras.

Volví a mirarla a los ojos, deseando que notara lo cansado que estaba de ella. Luchaba entre las ganas que tenía de mandarla a la mierda y la educación que me habían proporcionado mis padres, con la que era incapaz de tratar mal a nadie con quien había compartido tantas cosas.

— ¿Qué quieres que te diga? — pregunté.

— ¿Otra vez con esa pregunta?

—Sí, porque no sé qué quieres... Ya me chantajeaste y si eso te parece bonito y esto también... No sé qué clase de persona eres.

Se levantó de la silla y sentí cómo cogía fuerzas para enfrentarse a mí. Empezó a caminar de un lado a otro mientras pensaba cómo iba a decirme las

cosas. Me daba exactamente igual, solo quería que soltase todo el veneno que tenía dentro y se fuese.

— ¿Te pareció un chantaje? – preguntó casi ofendida.

—Si me dices que si me acuesto contigo me dejas en paz... no sé...
¿Cómo se llama eso en la alta sociedad?

—Lealtad – respondió tan tranquila...

— ¿Lealtad? Creía que eso era otra cosa, qué ignorante soy.

— ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Daniel? – preguntó.

— ¿Eso a qué viene ahora?

— ¡Responde! – alzó la voz.

—Si te pones a gritar, quizás es que no te he conocido el suficiente tiempo
– respondí.

La rabia subía por ella sin control y me desesperaba aún más. Escuchar el sonido de sus tacones en aquel local en silencio, caminando de arriba para abajo, me ponía nervioso y mi mal humor crecía sin control. Maldije por dentro el momento en el que empecé a acostarme con ella y le di control alguno sobre mi vida.

—He estado durante años... Soportando tu forma de ser... Y ahora viene una cualquiera... ¿Y te pones a prometerle el cielo?

—Rose no es una cualquiera.

— ¡Es una cualquiera! – dijo en voz alta de nuevo.

—Mira, Marta, te voy a decir una cosa muy clara – me puse serio –. Si he decidido conocer a Rose, no es tu problema, lo único que puedes hacer es joderte y beber agua.

— ¿Joderme y beber agua?

—Sí, joderte y beber agua – repetí.

— ¿Para eso he pasado años soportando que me usaras?

—Perdona, te recuerdo que me buscabas cuando te daba la gana al igual que yo y que jamás hemos tenido nada serio.

— ¡Porque no has querido! ¡Porque me has tenido esperando como una idiota a que te decidieras!

Estaba alucinando, ahora resultaba que Marta se había acostado conmigo esperando que le pidiese matrimonio o algo por el estilo. Ella tenía relaciones con quien le daba la gana y yo nunca le había pedido explicaciones, además, tampoco nos habíamos prometido nada ni tuvimos nunca una conversación seria.

Tenía demasiado claro que era un capricho y que le sentaba fatal que otra chica la desbancara. Si ella estuviese con otro chico, seguramente estaría pasando de mi relación con Rose, pero como se encontraba sola, se había empeñado en joderme la vida.

—No sé qué pajaritos te has montado en la cabeza, pero no me apetece seguir hablando.

— ¿Pajaritos? Estar enamorada de ti es tener pajaritos...

— ¿Enamorada? Vamos, Marta, no me jodas.

— ¿Crees que es mentira? ¿Entonces qué he hecho tanto tiempo contigo?

Que estuviera enamorada no le daba ningún poder para montarme aquellos espectáculos y mucho menos creerse dueña de mi vida. Por mi parte, no era correspondida y con aquellas actitudes jamás lo habría conseguido nunca.

—No voy a lidiar más con escenas de celos, Marta, no siento lo mismo por ti – cuanto más sincero fuera, mejor me iría.

—Porque esa zorra te tiene cegado y no puedes verlo.

Ahora la culpa de que no quisiera ser su novio la tenía Rose. Alucinaba

con las cosas que podía haberse metido en el cerebro ella sola. No tenía ganas de aguantar nada más y ya me daba miedo que entrase cualquier cliente y viese lo que estaba sucediendo.

—Te pediría, por favor, que te fueses de aquí, es mi lugar de trabajo.

— ¿Me estás echando?

—Te estoy pidiendo que te vayas por las buenas, en cualquier momento puede llegar un cliente – señalé la puerta –, ya hablaremos cuando estés mucho más tranquila.

Marta me maldijo una y otra vez gritando cosas mientras recogía su chaqueta y su bolso. No iba a seguir perturbándome y tampoco iba a contestarle, así que le di con lo que más le dolía, la ignorancia. Me quedé mirando a la nada mientras veía cómo se iba hecha una furia e insultaba a Rose como si tuviera el derecho para hacerlo.

Me había cansado de Marta y si volvía a molestarme, no tenía claro cómo reaccionar. No era un hombre violento, pero aquellos chantajes y escenas de celos podían provocar la peor de las reacciones en mi interior. Intenté en toda ocasión ser prudente y tranquilo con ella, pero era misión imposible. Marta no me lo iba a poner fácil y debía jugar mis cartas de la mejor manera posible.

Capítulo XI

Mi jornada de trabajo se acabó por fin y tenía claro que no iba a ir a casa directamente. Cogí mi chaqueta y me dirigí hacia el coche para ir a casa de Jorge. No sabía cómo podría él podía ayudarme a controlar a Marta, pero tenía que intentarlo. Sabía que antes de conocerlos estuvieron saliendo juntos y lo mismo seguía teniendo algún tipo de influencia sobre ella.

El camino se me hizo un poco largo, pero tuve tiempo para relajarme. Puse un disco de canciones remix que siempre me alegraba el día y bajé la ventanilla para que el viento soplara en mi cara. Sentirme así de tranquilo era todo lo que necesitaba. Me daba igual que los conductores que pasaran a mi lado me miraran con caras extrañas, estaba siendo demasiado feliz cantando a pleno pulmón.

Aparqué justo en frente del edificio de Jorge y me bajé inmediatamente. No le había llamado ni nada, pero esperaba encontrarlo en casa. Durante años me había aprendido de sobra las costumbres y rutinas de él, así que lo más probable era que no me equivocase.

El barrio donde vivía siempre me había gustado. Estaba lleno de pequeños locales y se convirtió en un sitio muy frecuentado. Podías conseguir absolutamente todo lo que necesitases y estaba bien comunicado con el transporte público. Se notaba que había vida en aquel lugar y siempre me gustaba ir.

Ver a las señoras regateando al pescadero y a sus maridos hablando en las puertas de las tiendas tenía bastante gracia. Se notaba que a los pobres los obligaban a ir a comprar y tenían que hacer el esfuerzo con ellas. Quizás el día de mañana sería yo quien le sujetaba las bolsas a Rose mientras ella se

dedicaba a vaciar la cuenta del banco.

Llamé al portero y me alivié bastante cuando escuché la voz de Jorge al otro lado. En cuanto le dije que era yo, se sorprendió bastante de la visita y se apresuró a abrirme la puerta. Vivía en uno de los pisos más altos, así que me tocó montarme en el ascensor con la señora mayor que estaba esperando. Odiaba esos momentos incómodos en los que no se sabía de qué hablar y me alegré de que aquel viaje no durase mucho tiempo.

No hizo falta que tocase la puerta de Jorge, ya la había dejado un poco abierta para que entrase. Saludé con alegría a Roco, su perro. Era de estos chuchos más bien feo y que no se sabía bien de qué raza era, pero lo cierto es que siempre estaba alegre y era cariñoso. Tuve relación con él desde que era un cachorro y me conocía desde lejos.

Jorge se encontraba en la cocina y me llamó en cuanto escuchó que había llegado. Al entrar y saludarlo, pude darme cuenta de que algo olía bastante mal. Siempre se dedicaba a intentar experimentar platos nuevos en su tiempo libre y lo cierto es que casi nunca le quedaban bien. Combinaba alimentos que no tenían nada que ver y le añadí sabores bastante raros. Era, lo que se dice, un intento de chef fracasado.

—Enseguida te doy a probar mi nuevo plato — dijo mientras seguía moviendo aquella masa rara en la sartén.

—Tranquilo, no tengo mucha hambre — intenté excusarme.

—Sabes que para mí no hay excusas que valgan — se giró sonriendo.

El estómago se me revolvió un poco, pero pronto me acostumbré a aquel olor. Según me contaba, era una mezcla de maíz triturado con especias y huevo. No tenía ninguna gana de probar aquella masa desagradable que olía fatal, pero venía a pedirle un favor y tenía que hacer de tripas corazón.

— ¡Voilà!— me sirvió un plato pequeño con algunas galletas saladas.

— ¡Debe estar delicioso! — dije fingiendo lo mejor posible.

Jorge se apresuró a servir un par de cervezas y nos sentamos en la mesa del salón a degustar aquel experimento. Al principio, de sabor no me pareció muy agradable, pero a medida que iba probándolo, dejó de disgustarme. No era lo que había contemplado como merienda, pero, al fin y al cabo, no podía despreciarle nada a mi mejor amigo.

Siempre me había sorprendido que un chico tan simple como Jorge tuviese tan buen gusto para la decoración. Invertía bastante dinero en comprar cosas en almacenes caros y conjuntaba los colores perfectamente. Era una lástima que su sueño, cocinar, no se le diese tan bien como eso.

— ¿Qué tal? — preguntó.

—Rico, está bien — respondí.

—El plato no, me refiero a tu vida.

—Ah... Bien...

—Ese bien no suena bien, aunque el otro día se te veía contento con Rose.

—Con ella va todo bien.

—Por cierto — dijo poniendo cara de interesante —, no sabía que estaba tan buena.

— ¡No sea baboso!

—Tranquilo... No te la voy a quitar — dijo bromeando.

Cogí la cerveza fría y di un gran sorbo para hablar con él de Marta. Se me empezaba a cortar el cuerpo cada vez que la nombraba, tenía que enfrentarme a ella, pero necesitaba un aliado para que me dejase tranquilo.

- En realidad vengo a hablarte de Marta.
- ¿De Marta? ¿Tienes algo con ella?
- Ese es precisamente el problema.
- No entiendo nada – dijo frunciendo el ceño.
- He estado pasando de ella porque quiero intentarlo con Rose, como te dije, y no me deja tranquilo, me ha chantajeado... va a mi trabajo a montarme espectáculos.
- ¿Hablas en serio?
- Completamente, ya es que tengo miedo de encontrármela.
- Qué raro, ya apenas habla de ti.

Me extrañaba que no le hubiese ido con el cuento a todo el mundo, pero eso no quitaba que se estuviese comportando como una loca. Sabía que Jorge estaba un poco sorprendido ante lo que le estaba contando, pero no estaba loco y las cosas estaban yendo cada vez a peor.

- Te juro que es así – dije seriamente.
- No digo que no te crea... No tendría sentido que te inventases algo así.
- Precisamente hoy estuvo en mi trabajo y se puso a gritar...la tuve que echar...
- Estoy alucinando... Ella no suele ser así.
- Dice que está enamorada y que no es justo que esté con Rose.
- Chaval – se puso serio –, una mujer celosa es difícil de parar.
- Precisamente para eso vengo, necesito que la hagas entrar en razón.
- ¿Yo?
- Sí, eres su amigo también y tiene que escuchar a alguien...
- No sé... – dudaba – Marta... Tampoco es que me eche mucha cuenta...

—Solo te pido que lo intentes.

Debí darle bastante lástima a Jorge porque enseguida asintió con la cabeza y me chocó la mano. No era hombre de meterse en los asuntos ajenos y le daba bastante pereza lidiar con las mujeres, pero éramos amigos y sabía que de alguna forma me podía ayudar.

—Hablaré con ella, ¿vale?

—Te lo agradecería bastante – dije aliviado.

—Pero ahora, cuéntame más de cómo ha sido todo para poder tener más información.

Abrimos otro par de cervezas y nos pasamos un par de horas hablando de lo que había sucedido. Le conté el par de espectáculos en el trabajo y el chantaje que me había hecho para que me acosase con ella. Cada palabra que iba diciendo dejaba más a cuadros a Jorge y se decidía más a ayudarme con el asunto.

Sabía que podía contar con él para todo y me hacía bastante feliz tener amigos así. Me había ausentado un tiempo porque necesitaba dedicarme más a asentar mi relación, pero tenía claro que, aun con sus defectos, Jorge era otra de las personas que siempre quise tener en mi vida.

Capítulo XII

Después de toda una tarde hablando con Jorge de miles de cosas, llegué a casa con ganas de meterme en la ducha un buen rato. El día había sido bastante tenso y tenía que olvidarme de todo lo que había vivido. La reunión en casa de Jorge fue muy amena, pero aun así me había quedado un poco nervioso por la visita de Marta.

No había hablado mucho con Rose aquel día, no sabía si íbamos a vernos, pero, en todo caso, necesitaba relajarme antes de todo. Me quité la ropa sin pensarlo y me metí bajo el chorro de agua fría. Con el temporal que hacía era de locos ducharse de aquella forma, pero necesitaba sentirme renovado y con ganas de luchar.

Pasé allí más de media hora y salí cuando el agua fría ya no me hacía sentir mucho más. Me dirigí a mi habitación y me puse ropa de deporte para estar más cómodo. Había decidido ir a visita un rato a Rose a su casa, pero no pensaba salir ni hacer nada más allá que compartir una cena con ella.

El trabajo me tenía bastante desmotivado en la vida y lo que menos necesitaba era gente como Marta. Me había empezado a plantear que quizás la actitud de ir de una chica a otra me llenaba por momentos y por eso había elegido aquel camino. Sin embargo, me alegré bastante al descubrir que Rose llenaba mi vida de todo lo que necesitaba sin tener que recurrir a nada más.

Me puse algo de perfume, terminé de peinarme y salí de casa para ver un rato a Rose. Hablar con ella y pasar el tiempo cenando o viendo alguna película era todo el relax que necesitaba. Tenía muchas ganas de proponerle algún fin de semana romántico en el campo, lejos de la ciudad, y pasar del resto del mundo por al menos un par de días.

Toqué el timbre y esperé que abriese. No me había asegurado de que estuviera en casa, pero rápidamente comprobé que sí. Sus pasos se oían hacia la puerta y no veía el momento de tirarme en el sofá con ella y olvidarme de todo.

— ¡Hola! Te estábamos esperando – dijo al abrir y verme.

— ¿Te estábamos esperando? Se dice te estaba esperando – intenté corregirla.

—No, quería decirlo en plural – se rio.

Me dejó pasar y yo seguía un poco desconcertado. No esperaba que Rose tuviese visita y la verdad me iba a sentir un poco incómodo. Cuando había venido alguna amiga de ella, la mayor parte del tiempo se la pasaban hablando en inglés y no entendía absolutamente nada.

—Si tienes visita... mejor me voy – le dije en voz bajita.

—La visita era realmente para ti, es tu prima.

Rose se dirigió hacia el salón y empecé a caminar detrás de ella sin entender nada. No tenía ninguna rima, de hecho, mis padres eran hijos únicos, así que era completamente posible. En ese momento no había caído en cuenta, pero cuando vi a Marta sentada en el sofá, sonriendo, comprendí todo.

Había olvidado por completo la mentira que le dije aquel día y por solo un segundo podía haberla cagado. Estuve a punto de decirle que se equivocaba, que no tenía ninguna prima, pero me alegré de haber tardado en contestar. Las cosas no podían ir a peor.

Miré el panorama del salón y supe en seguida que las cosas no iban a mejorar. Habían estado tomando té y algunos dulces, así que, por los restos, intuí que Marta llevaba allí más tiempo del necesario. Por más cabreado que

estuviese por dentro, tenía que poner mi mejor sonrisa y seguir jugando a aquel dichoso juego.

Por la actitud de Rose, me quedaba claro que Marta no había ido contando absolutamente nada y mucho menos al seguir diciendo que era mi prima. Sin embargo, sabía que el chantaje que me había hecho días atrás iba a ser poco para lo que me esperaba lidiar con ella.

— ¿Qué haces aquí? – dije sorprendido mientras la saludaba.

—Marta vino a verte y como no estabas, me la encontré en el pasillo y la invité a entrar – dijo Rose.

—Eres súper amable, un amor – dijo Marta mirándola.

—Ah... y ¿necesitas algo? – tomé asiento y dejé que Rose me sirviera un té.

—Primo... – se notaba su sarcasmo al llamarme así –, me han echado de casa y no tengo dónde ir.

— ¿Te han echado de casa? Qué raro, no me he enterado de nada...

—Acaba de ser esta tarde... y no sabía qué hacer – respondió.

Me fijé que a su lado había una maleta de viaje mediana y supe de inmediato que no venía a quedarse un día. Marta estaba jugando suciamente, dejándome en evidencia delante de Rose y no podía imaginarme cómo iban a acabar las cosas.

— ¿Y esa maleta? – pregunté.

—Tiene que tener algún sitio dónde quedarse, qué mejor que contigo – respondió Rose.

— ¿Conmigo? No sé si es buena idea...

— ¿Por qué, Darling?

—No sé no sé si le siente bien a mi familia que la tenga ahí— no sabía qué excusa poner.

—Si no puedes... Yo tengo sitio aquí en casa — propuso Rose.

Esa idea no iba a suceder de ninguna de las maneras. Era peligroso que me la llevara a casa y tenía que seguir el juego de que éramos familia hasta que consiguiera líbrame de ella, pero que conviviera con Rose era algo inconcebible para mí. Prefería una y mil veces meter a esa víbora en mi casa y controlarla que dejarla suelta para que se pudiera comer tranquilamente a su presa.

Veía cómo Marta se había convertido en una mera espectadora de nuestra conversación y que disfrutaba al vernos así. Sabía que le daba placer verme entre la espada y la pared y que la sensación de victoria le sentaba mucho mejor que un orgasmo.

—No, tranquila, será mejor que se venga a casa.

—Sí, será mejor primito — dijo sonriendo.

—Pronto las cosas se solucionarán y volverá a su casa — dije mirándola.

Rose sonreía a Marta sin saber bien que en el fondo aquella mujer que ocupaba su sofá la odiaba profundamente. Quería destruir nuestra relación y sin embargo Rose le había ofrecido té y dulces ignorando todo lo que estaba sucediendo.

— ¿Queréis cenar algo? — prepuso Rose.

—No — me apresuré a decir —, será mejor que vuelva a casa con mi prima para que se instale.

—Sí... Estoy bastante cansada.... Ha ido una tarde muy difícil para mí....

— respondió Marta.

—Está bien, id a descansar.

Me levanté y besé a Rose antes de salir por la puerta. Necesitaba sentir que ella seguía ahí y tomar fuerzas para lo que me esperaba. Marta había sido capaz de venir con una malea fingiendo mil mentiras y tenía claro que no estaba dispuesta a darse por vencida a la primera de cambio. Tenía que ser más listo que ella y pensar de qué manera podía salir victorioso.

Marta se despidió de Rose como si fuesen las mejores amigas. Odiaba ver cómo la trataba con aquella ironía cuando sabía que por dentro la hubiese destruido si le hubieran dado la oportunidad. Intenté salir lo más rápido posible con ella de la casa de Rose y entrar en la mía.

Necesitaba quedarme a solas para plantarle cara de una vez y saber qué intenciones tenía conmigo. La pesadilla que había comenzado estaba siendo demasiado aterradora para mí y tenía que terminar tarde o temprano. Conseguir que Marta saliese de mi vida se había convertido en mi objetivo principal y no estaba dispuesto a perder la partida.

Capítulo XIII

Salimos de casa de Rose y entramos de una vez en mi casa. En mi cabeza tenía mil cosas que decirle y podía haber explotado de muchas maneras, pero decidí que lo más sensato era no hacerle ver que podía manejarme. Lo más fácil era enfrentarme a ella y decirle cuatro cosas, sus acciones tenían efectos en mí y no iba a tener más poder del que ya se pensaba.

Aquella era mi filosofía de vida, mis padres siempre habían estado en desacuerdo. Siempre intentaban ser prudentes con las cosas y evitar conflictos y yo nunca había entendido el motivo. Para mí lo mejor era enfrentar las cosas de una vez y poder quitárnoslas de encima, pero aquel día entendí que ser como ellos me iba a poner las cosas mucho más fáciles y que a veces no tenía más remedio que ser así. Como en ese momento...

—Puedes quedarte en la habitación del fondo a la derecha – le señalé a Marta dónde se quedaba.

— ¿No piensas decir nada? – preguntó mientras dejaba la maleta en el salón.

—No tengo nada que decirte – parecía despreocupado.

—He estado tomando té con tu amada y ¿no piensas preguntar de qué hemos hablado?

—Sois mayorcitas para tener la conversación que os dé la gana, no me interesa.

En el fondo me moría por saber si Marta había sido la niñata imprudente que era o no, pero prefería que pensara que me daba igual. SI le hubiese contado algo más allá a Rose, ella no actuaría con normalidad conmigo, así

que por ese lado me había quedado un poco tranquilo.

Marta dejó de contestar durante un buen rato mientras yo me acomodaba en el sofá y encendía la tele para ver algún programa. Actuaba como si nada de aquello tuviese la mayor importancia para mí y sabía que estaba funcionando. Marta parecía estar desorientada y no saber cómo provocarme.

—Sabes de sobra que es mentira... Mis padres no me echarían de casa jamás.

—Todo es mentira, Marta, ¿qué más me da una más?

En ese momento se me quitaron las ganas de seguir ahí con ella y decidí irme a mi habitación. Claro que era mentira que la habían echado de casa, a las niñas mimadas como Marta, sus padres irán incapaces de decirles que no y mucho menos que se fueran del hogar. Ese cuento se lo podía tragar gente inocente como Rose, pero solo había que fijarse en su ropa de marca y su físico para saber que no era ninguna pobrecita de la vida.

Me puse el pijama, apagué todas las luces y me limité a intentar descansar. El día había sido muy largo entre su visita por la mañana a mi trabajo y lo que me había encontrado por la tarde en el apartamento de Rose. No sabía bien cuál iba a ser el límite de Marta y mucho menos el mío.

Pensaba seguir con la misma estrategia que siempre había criticado de mis padres, con la esperanza de que se diera cuenta que no me podía manejar y se aburriese. Era simplemente una niña mal criada que seguramente se aburriría de tener el mismo juguete siempre y pronto se acabaría yendo a buscar una nueva presa, o al menos, eso pensaba yo.

— ¿Puedo pasar? — preguntó Marta abriendo la puerta.

— ¿Para qué preguntas si ya estás dentro? — respondí enfadado.

Uno de los fallos de aquel piso es que no le había puesto pestillo a ninguna puerta. Siempre había vivido solo y no necesitaba buscar mi propia intimidad encerrándome en las habitaciones, pero no era mala idea tenerlo en situaciones de emergencia como esa.

— ¿Qué quieres, Marta?

—Solo pasar un rato contigo.... – se sentó en la cama.

—No tengo ganas de pasar el rato con nadie, porque si fuese así, me hubiera quedado con Rose en su casa.

—Vamos... No seas antipático – intentó meterse debajo de la manta.

No entendía cuál era su grado de cinismo, pero podía comprobar que no tenía límite. Había venido a mi habitación a hablarme y a intentar acostarse conmigo como si no hubiese pasado nada. Era incapaz de comprender que hacía daño y que la gente se cansaba de ella.

— ¿Me vas a obligar a contarle a Rose lo que pasó la otra noche? – empezó a amenazarme.

— ¿Y qué pasó? – pregunté.

—Bebimos... Nos acostamos.... ¿O es que el alcohol también te ha borrado la memoria? – era insoportable.

— ¿Y quién te dice a ti que eso pasó? ¿Acaso te acuerdas?

—Perfectamente.

Empecé a reírme sin poder evitarlo. Ahora resultaba que recordaba cosas que no habían pasado, porque aquella noche ni la había tocado. Le hice creer que pasó algo para que me dejase en paz, pero empezaba a ser su palabra contra la mía. Me había encargado de ser el mejor hombre del mundo con Rose y seguramente no se iría creyendo a cualquiera antes que a mí.

Me levanté de la cama y la cogí por el brazo. Me había hecho el día imposible y no estaba para soportar otro chantaje. Se resistió un poco y me lo puso difícil, así que tuve que cogerla casi en brazos para que saliese de mi habitación.

—Vete de aquí – dije mientras la llevaba a la puerta.

— ¡No quiero!

—Pareces una niña de cinco años, ¿te parece que esto es normal?

— ¡Quiero estar contigo!

La puse en el suelo e intenté echarla de la habitación. Marta hacía fuerzas para entrar de nuevo y parecíamos dos niños pequeños. No quería estar aguantándola toda la noche y me dolía bastante la cabeza para seguir soportando sus tonterías.

Una furia incontrolable se apoderó de mí y la empujé contra la pared. Enseguida me arrepentí de eso porque yo no era esa clase de persona y la cara de Marta fue todo un poema. Se quedó con la boca abierta, mirándome y tenía toda la razón para gritarme y maldecirme.

No debí haberla empujado y mucho menos haberle hecho daño, pero estaba completamente desesperado. Jamás había actuado así con nadie, ni siquiera con mis hermanos, pero Marta había sacado los peores demonios de mi interior.

—No... No quise hacer eso...

— ¡Eres un hijo de puta! – gritó.

—Marta... No he querido hacerte daño... ¿Estás bien?

Me dedicó una mirada de odio y se encerró en su habitación. Me quedé un par de minutos allí, de pie, pensando en lo que había pasado y tenía claro que había que buscar una solución.

Si Marta seguía provocándome y yo perdiendo los nervios, finalmente acabaríamos haciéndonos mucho daño y no era lo que quería. A pesar de cómo se estaba comportando, la conocía desde hacía muchos años y lo que menos tenía en mente era acabar así con ella. Sabía que sentía cosas por mí y que lo estaba pasando mal, pero tenía que hacerle ver de alguna manera que no estábamos siguiendo el mejor camino.

Capítulo XIV

Al día siguiente me levanté y decidí olvidar lo que había pasado la noche anterior. No era la clase de hombre que iba maltratando a las mujeres ni mucho menos, así que tenía claro que por más que Marta me provocara, eso no iba a pasar más. Tenía que seguir intentando tratarla de la mejor manera posible para que ella misma se diera cuenta del daño que estaba haciendo.

Nunca había tenido una pareja seria y tampoco me lo había planteado, así que jamás me hubiese imaginado que la reacción de Marta pudiera ser de ese calibre. Ella, sin embargo, sí había tenido algún que otro novio que había traído al grupo y me había alegrado por ella como el que más.

Pasé la mayor parte del día en el trabajo, pensando cuáles eran mis salidas con la situación que estaba viviendo. Marta no iba a parar de intentarlo y el tener paciencia e ignorancia hacia ella requería mucho trabajo interior, necesitaba ser constante para ver la luz al final del túnel.

Había pedido unas semanas de vacaciones ante tanto estrés y sorprendentemente mi jefe me las había dado. Necesitaba algunos días para poner mi vida en regla y, además, llevaba meses sin disfrutar de días libres. Con la poca venta que teníamos en tienda tampoco iba a suponerle una gran pérdida que me ausentara.

Cuando terminé de gestionar los pedidos que teníamos por internet, decidí llamar a Jorge para ver si había hablado con ella. En caso de que no, necesitaba meterle un poco de presión y contarle lo sucedido para que intentara ayudarme cuanto antes.

—Hola, Daniel – respondió Jorge al otro lado del teléfono.

—Hola, ¿qué tal estás? ¿Qué andas haciendo?

—Dame un segundo, ahora te llamo.

Jorge me colgó sin más explicaciones y decidí esperar que me devolviese la llamada. Aquello no tardó en suceder y me apresuré a responderle, necesitaba tener esa conversación con él.

— ¿Ya estás libre? – respondí.

—Estoy en el balcón de tu casa, no creo que te parezca bien que hable delante de Marta.

— ¿Estás con ella? – me sorprendí.

—Sí, hemos quedado hace un rato a tomar café.

—Y.... ¿Qué tal? Justamente de eso te iba a hablar...

—Tranquilo, creo que ella ya me lo ha contado todo.

—Su versión... Imagino...

—Bueno, ya sabes que de las cosas que me cuenta, me tengo que creer la mitad, no soy tonto.

Al menos podía confiar en él y sabía que por más que le contara Marta, no me juzgaría a la primera de cambio. Me sentía fatal por haberla empujado y que se sintiera maltratada por mi parte, pero no supe cómo reaccionar ante tanta presión.

—La empujé... Es cierto... Pero todo lo que está pasando me está superando.

—Lo sé, tranquilo... Estoy intentando que entre en razón.

—Me persigue... Ayer se metió en casa de Rose... Ahora vive en mi casa...

Me parecía un poco surrealista la situación cuando se la estaba contando a

Jorge por teléfono, pero tristemente era la realidad. A Marta se le había ido la cabeza y yo estaba pagando todas sus locuras.

— ¿Se metió en casa de Rose? – preguntó sorprendido.

—Sí, y vino con una maleta diciendo que la habían echado de casa y ahora está “viviendo” conmigo.

—Esa parte no me la ha contado...

—Me lo imagino, ella solo cuenta lo que le interesa.

—Te voy a dejar... Porque puede sospechar... Pero tranquilo, estoy intentando hacerlo lo mejor que puedo.

—Vale, entonces hablamos luego. Gracias y suerte.

—Está bien, Daniel. ¡Adiós!

No me imaginaba las barbaridades que Marta podía estar soltando por la boca, pero me podía hacer una mínima idea. No sé cómo le había explicado a Jorge que estaba en mi casa, pero prefería no preguntar. Yo sabía quién era y como en cada historia, cada uno tenía su versión de las cosas. La gente podía creerla a ella o creerme a mí, pero lo cierto era que estaba bastante tranquilo y no iba a mentir por nadie.

Justo cuando dejé el móvil encima de la mesa, no tardó en sonar de nuevo. Me apresuré a mirar quién era y pude comprobar que la que llamaba era Rose. Escuchar su voz y saber que todo estaba bien, era un alivio para todo lo que estaba viviendo. Me parecía hasta un poco irónico que ella viviera ignorante de todo, pero prefería que las cosas se mantuviesen así hasta que les pudiera dar una solución.

— ¡Hola! – saludé.

— ¡Hola, Darling!

— ¡Qué alegría me da oírte!

—No me digas esas cosas, que me pongo colorado.

Me eché a reír sin poder evitarlo y me di cuenta de que hacía días que no lo hacía. Era bastante gracioso escuchar a Rose intentar aprender el idioma y que cambiara de género las palabras cada dos por tres. Muchas veces la corregía, pero, otras tantas, me gustaba disfrutar de esas situaciones tan chistosas.

— ¿Qué necesitas de mí? – pregunté sonriendo.

—Necesito... Que te pongas muy guapo esta noche... – dijo con misterio.

— ¡Yo ya soy guapo! – dije bromeando – ¿Para qué necesitas que me ponga más?

— ¡Tenemos algo que celebrar!

— ¿Qué ha pasado?

— ¡Tengo trabajo! ¡Y el trabajo que quería!

— ¿En serio? ¿De verdad? – estaba muy emocionado.

— ¡Me acaban de llamar del hotel, voy a ser encargada!

— ¿Estás de broma? ¡Felicidades!

— ¡Sí! ¡Necesitamos salir a celebrarlo por todo lo alto! ¡Quiero invitarte a cenar!

—No, quien te invita a cenar por ser la mejor mujer de este mundo, soy yo, en cuanto llegué a casa me ducho y salimos.

Me sentía supero orgulloso de ella y de su forma de ser. No había parado de buscar trabajo y sabía que la vida la iba a recompensar de la mejor de las maneras. Era una luchadora y una mujer muy fuerte, se merecía que todo en la vida le fuese bien.

—Gracias por estar siempre ahí – dijo con una voz dulce.

- Por ti sabes que haré lo que sea.
- Eres un love, darling.
- Tú sí que eres un amor – respondí.
- Entonces, ¿te espero?
- Allí estaré, Rose, sin falta.

Nos despedimos con un par de besos a través del teléfono y pude conseguir olvidarme de mi situación el resto del día. Que Rose hubiese conseguido su objetivo y que con la primera persona que quisiese compartir sus victorias fuese conmigo, me hacía bastante feliz.

Me hacía entender que no lo estaba haciendo del todo mal y que poco a poco la estaba enamorando, quizás la visión de un futuro con ella cada vez se estaba haciendo más realidad y podía sentar la cabeza de la mejor manera posible. Rose llegó a mi vida en el momento indicado y no iba a desaprovechar esa oportunidad, aunque tuviese que luchar contra todos.

Capítulo XV

Empezaban mis días libres, así que llegué a casa muy feliz, pero me di cuenta de que la conversación que Jorge había tenido con Marta no había surtido efecto. Abrí la puerta y cuando entré en el salón, vi que estaba tirada en el sofá con un conjunto de lencería bastante transparente. Quería seguir provocándome y ya no sabía bien cómo hacerlo.

Dejé las llaves encima de la mesa, miré las cartas que me habían dejado en el buzón y me dirigí hacia la ducha. Solo me digné a saludarla e intenté quitar mi vista de ella el mayor tiempo posible. Si pensaba que mi reacción iba a ser bajarme los pantalones y tirarme encima de ella nada más verla, estaba muy equivocada.

No podía negar que la imagen era bastante atrayente y que cualquier hombre le hubiera dado todo lo que necesitase. El conjunto de encaje negro transparente dejaba poco a la imaginación y aquellos pechos gigantes que tenía invitaban a cualquier cosa menos a desaparecer del panorama. Sin embargo, no podía dejarme llevar por los instintos y tenía que ser fiel a lo que había elegido.

Entré en mi habitación y preparé una camisa nueva para estrenarla en mi cena con Rose. Intenté centrarme en la cita que habíamos acordado y olvidarme de Marta por unos momentos. No sabía si era por los días que hacía en los que Rose y yo no habíamos hecho nada, pero aquella mujer que intentaba joderme la vida me había puesto a mil por hora.

Me metí en la ducha y decidí relajarme durante un buen rato. Cada gota de agua que caía en mi cara me sentaba bien y no quería salir por un buen rato de allí. Necesitaba desaparecer del mundo y olvidarme de todo lo

que me rodeaba por unos momentos.

De repente, la puerta de la ducha se abrió y Marta se metió dentro en solo unos segundos. No me había dado tiempo a reaccionar cuando la tenía abrazada a mi espalda y con sus manos bajando por mi cintura. No se molestó ni en quitarse el conjunto de encaje para meterse allí dentro conmigo.

—Marta... No quiero volver a ser brusco contigo... Vete...

No respondía nada y sus manos llegaron hasta mi pene. Mientras me empezaba a tocar y acariciar, yo no podía evitar que aquello se pusiese duro. Sentía cómo sus pechos se restregaban con mi espalda y respiraba en mi oído como si gimiera.

—Marta... Sal de la ducha...

—No estás muy convencido, ¿no? — dijo mientras me la apretaba.

—Soy un hombre y respondo a los estímulos, pero no quiero hacer esto.

— ¿Por qué no te dejas llevar?

Marta se agachó y metió mi pene en su boca en un par de segundos. Me quedé apoyado contra la pared sin saber bien qué hacer y sin estar muy seguro de si quería que parase. Ver cómo se la comía con gusto mientras me miraba, me hipnotizaba bastante y me hacía sentir completamente débil.

Aquella chica siempre había sido demasiado sensual y conocía lo que más me gustaba. No supe en qué momento me había dejado ganar dentro de aquella ducha, pero no podía detenerla. Mi pene estaba demasiado duro y su boca se sentía tan rica que me sentía derrotado.

—Marta... Déjalo... No vas a conseguir nada... — dije sin poder dejar de morderme el labio.

—Déjate llevar...

—Marta...

— ¿A que ella no te hace esto igual?

Empecé a pensar en Rose y un sentimiento de culpabilidad me inundó. Estaba a pocos metros de ella y había otra chica conmigo en la ducha y chupándomela sin que hubiese un mañana. Me había dejado llevar por la tentación de aquel conjunto negro con encaje y la insistencia de Marta, pero tenía que ser más fuerte que todo eso.

Cogí la cabeza de Marta y la alejé de mí. Mentiría al decir que en otra ocasión jamás la hubiese parado hasta eyacular en su cara, pero no era el momento. Tenía que dejar todo eso atrás y centrarme en lo que me interesaba. Rose era capaz de darme todo eso y mucho más, así que no necesitaba tener a esa mujer de rodillas frente a mí.

Sin decir nada más, salí de la ducha y comencé a vestirme. Me costó un poco meter el pene dentro del pantalón porque aún seguía erecto y duro, pero sabía que en cualquier momento iba a bajar. Era culpable por haber dejado que aquello sucediera, pero no podía estar martirizándome por eso; tenía que olvidar lo que pasó.

Marta no se dio por vencida y apareció en la habitación completamente desnuda y con su pelo largo y mojado cubriéndole medio rostro. Se veía completamente sexy y yo no estaba en posición de soportar más tentaciones. Quizás si la cogía y la empotraba llenándola de placer me dejaba en paz, pero me esperaba una cita y una mujer que valía la pena más que ella.

—Marta, vístete...

— ¿No te gusta lo que ves?

Se tiró encima de la cama, se abrió de piernas sin ningún pudor y empezó

a acariciarse delante de mí. Aquella escena, que podía sacarse perfectamente de cualquier película porno, me dejaba peor aún. Tenía a una de las chicas más sexys de aquella ciudad encima de mi cama, masturbándose.

Verla completamente mojada y con aquel descaro hubiera provocado a mil hombres y al Daniel que llevaba en mi interior. Durante muchos años había sido un mujeriego, pero siempre me había seguido acostando con Marta porque era una auténtica fiera en la cama. No podía evitar que viniesen recuerdos de todos los polvos que habíamos echado, tentándome cada minuto que pasaba a bajarme los pantalones y hacerle saber lo que era bueno.

—Sé que te gusta lo que ves...

Respiré profundamente y me armé de valor y fuerzas para contestarle como creía correcto.

—Marta, el problema no es que me guste o me deje de gustar, el problema es que no debo hacerlo – no podía evitar mirarla.

—Pero quieres...

— ¿Quién no quisiera tirarse encima de ti y darte placer? ¡Todo el mundo!

—Hazlo, estoy dispuesta a que me uses – se puso a cuatro patas, mirándome.

—Marta, ahora no es momento para eso y seguro que hay más hombres por ahí fuera que te harían gritar como una loca – ver cómo se meneaba era demasiado tentador.

—Pero... Yo quiero que me hagas gritar tú....

—No creo que pueda.

Cogí mi chaqueta, mis zapatos y salí de allí a toda prisa porque si seguí allí, no iba a poder resistirme más. Cada minuto que pasaba, la tentación de

cogerla y meterle todo hasta el fondo se hacía mayor, por lo que tenía que escapar. Aquel culo gigante que invitaba a hacer de todo me llamaba y mi pene no podía dejar de ponerse duro y responder.

Fue demasiado difícil hablarle tranquilamente e ignorar que me estaba poniendo demasiado cachondo. Marta podía conseguir lo que quisiese y no tenía duda de eso, pero yo no podía ser la presa del momento. Rose estaba esperándome y yo pensaba ser fiel a todo lo que me había planteado con ella.

Capítulo XVI

— ¿Cómo está mi trabajadora favorita? — dije cuando Rose abrió la puerta.

— ¡AQUÍ! — gritó emocionada.

Se tiró a mis brazos y la levanté mientras nos abrazábamos. Se notaba que su felicidad era plena y, aunque la compartía con ella, me sentía un poco culpable. Me dejé llevar por la tentación y había sido un poco débil, pero no era momento para lamentarse. Tenía que hacer que aquella noche fuese inolvidable para ella y lo mío tenía que quedar en segundo plano.

Entramos en su casa después de un largo abrazo y un beso. Me senté en el salón mientras ella servía un té. No había sido nunca de mi agrado, pero entendía que eran costumbres y que no les importaba la hora que fuese para tomar alguno. Decidí que tenía que ser un poco flexible y pensé que quizá con el tiempo me gustaría.

Rose estaba completamente hermosa. A pesar de que era delgada, no se le veía demasiado esquelética y cualquier cosa le sentaba bien. Lucía un vestido amarillo de flores que combinaba perfectamente con su pelo y el color de sus ojos. A diferencia de Marta, apenas tenía pecho, pero para mí no era algo muy importante. El conjunto en sí, tanto por dentro como por fuera, era la combinación que siempre había buscado.

—Entonces, cuéntame. ¿Cómo ha sido todo? — pregunté.

—Pues maravilloso... Estaba aquí en casa intentando hacer algunas gestiones por internet y mi phone empezó a sonar.

—Ajá — dije con cara de interesado.

—Y nada, cuando contesté empezaron a hablarme en inglés y pensé que podía ser algún amigo o algún familiar, pero...

—Era la empresa turística.

— Yes! La verdad es que no sé mucho sobre las condiciones o el sueldo, pero siempre escuché que trabajar para ellos es el sueño de muchas personas.

—Esa empresa es bastante famosa por aquí, así que podemos celebrar que te va a ir genial.

Levanté el té en señal de brindis y Rose chocó su taza con la mía. Acercamos nuestras cabezas y nos dimos un gran beso. Formar parte de sus metas en la vida y ver cómo se cumplían, me llenaba mucho más que si fueran mías propias. Debía ser lo que todo el mundo llamaba amor y que siempre había escuchado por ahí.

— ¿Vamos saliendo? — pregunté — Reservé en el restaurante de una amiga.

—Sí, déjame coger algo por si hace mucho frío y ya.

Se levantó y se dirigió a la habitación para terminar de arreglarse. Me quedé mirando a la nada en aquel salón en el que solo había una mesa, un mueble y un sofá y empecé a respirar profundamente. A pesar de la felicidad que compartía con Rose, mi mente no podía evitar traerme recuerdos de lo que había pasado con Marta.

Las cosas con ella no iban por mal camino, pero si no me quitaba a la otra de encima, quizás no teníamos mucho futuro. De algún modo tenía que hacerle entender a Marta que existiese Rose o no, no imaginaba una vida con ella. Me había demostrado de lo que era capaz de hacer y no deseaba personas así para el resto de mis días.

Rose no tardó en salir y me apresuré a levantarme para salir de aquella casa. Saber que tenía a Mara en la casa de enfrente ya no me tenía para nada tranquilo y prefería mil veces hacer las cosas fuera. El restaurante de mi amiga nos daría la intimidad y soledad que nos merecíamos; no veía la hora de llegar.

Justo cuando abrimos la puerta para salir, Marta estaba haciendo lo mismo desde la mía. No sabía ya si era coincidencia o no, pero nuestras miradas no pudieron evitar cruzarse. Rose, ignorando todo lo que había pasado, se adelantó a saludarla.

— ¡Marta! Hi! – dijo emocionada – ¿Cómo estás?

—Hola, Rose... Bueno... Tirando – estaba apagada o al menos eso fingía.

— ¿Adónde vas? ¿Ya has hecho las paces con tus padres?

—No... Y no sé dónde, pensaba salir a pasear sola, la verdad.

Rose me miró y aunque no nos conocíamos profundamente, sabía qué me quería decir con eso. Ni de broma había contemplado invitar a Marta a pasar la noche con nosotros. Negué un poco con la cabeza para que supiera que no estaba de acuerdo, pero le dio exactamente igual.

—Nosotros vamos a celebrar mi nuevo trabajo... ¿por qué no vienes? – propuso Rose.

— ¿Estás segura?

— ¿Qué opinas, Daniel? – Rose me miró.

—La verdad es que no sé si está bien que venga... Ya sabes... Era una cena de dos...

—No seas antiguo, podemos compartir la cena con ella.

—Quizás no le apetece mucho venir – miré a Marta.

—La verdad es que me encantaría– sonrió.

Ya había poco que yo pudiese hacer. Me tocaba cenar con la mujer con la que quería estar y con la que me acosaba constantemente y se paseaba desnuda por mi casa. Me parecía demasiado hipócrita por mi parte, pero era Rose quien la había invitado a pasar la noche con nosotros.

Sin embargo, una idea vino a mi cabeza. El hecho de cenar y enfrentarme a que las dos empezaran a decir cosas contra mí no me apetecía, así que pensé que invitar a Jorge podía funcionar. Si éramos cuatro y Jorge paraba un poco a Marta y ejercía como su acompañante, quizás todo saldría mucho mejor.

—Se me acaba de ocurrir una cosa — dije al momento.

—Dime, darling.

—Mi amigo Jorge me llamó hace unos momentos y también conoce a Marta, podríamos salir los 4, ¿qué te parece?

—Sería genial, así podría conocerlo mejor.

— ¿Estás seguro? — preguntó Marta mirándome extrañada.

—Más que nunca.

Dejé que se adelantaran para montarse en mi coche y me dediqué a hacer la llamada a Jorge. Le expliqué todo lo que había pasado y el papel que debía tener en la cena. Estuvo de acuerdo en todo momento e incluso le pareció un plan divertido, por lo que contaba con él pasase lo que pasase.

Rose no sabía el error que había cometido al invitarla, pero yo no era tonto y supe cubrirme las espaldas. No pensaba que la cena fuese un desastre si Marta empezaba a comportarse como una niña pequeña y mucho menos iba a dejar que fastidiase todo lo que tenía con Rose. Estaba listo para que todo aquello fuese adelante y sentía que tenía las espaldas más que cubiertas.

Capítulo XVII

Después de buscar a Jorge, nos dirigimos todos juntos al restaurante. Agradecí bastante que durante el trayecto en el coche él fuese quien sacara los temas de conversación y no Marta. Los temas favoritos de Jorge eran el fútbol y el tenis, así que los demás tampoco teníamos mucho que opinar. Se parecía mucho más a un monólogo que a una conversación, pero mientras Marta estuviese calladita, me daba igual.

Llegamos al restaurante y pregunté por mi amiga para que nos atendiese. De una vez me comunicaron que había tenido que salir, pero había dejado dada la orden de que me llevaran a una mesa cuando llegara. La camarera que nos atendió se quedó un poco a cuadros al comprobar que éramos cuatro, pero con todo el encanto del mundo nos reacomodó en otra mesa.

Me daba bastante vergüenza llevar más gente y abusar de la confianza que tenía en aquel lugar, pero aquel día no tuve más remedio. Rose estaba encantada con la decoración minimalista, la música y el ambiente, así que no importaba nada más. Llevar a Jorge y a Marta había sido un añadido, pero lo importante fue que estábamos juntos.

Comenzaron a atendernos inmediatamente con unas copas de champán y empezamos a brindar por Rose. Le brillaban los ojos como nunca había visto antes, se notaba que era feliz del todo. No había podido dejar de sonreír desde aquella tarde y eso me daba la vida.

— ¿Qué estamos celebrando? — preguntó Jorge.

—Cierto, no os he comentado que Rose por fin consiguió trabajo — la miré orgulloso.

—Ha costado mucho, pero lo he logrado.

—Eso es maravilloso, te felicito – dijo Jorge.

Levantamos nuestras copas y las chocamos unas contra otras. Marta tenía una cara de aburrimiento impresionante y apenas levantó su copa. Si iba a estar en esa actitud, lo mejor era que no hubiese venido y que no aceptase la invitación de Rose; estaba perdiendo el tiempo.

— ¿Te pasa algo, Marta? – preguntó Rose – Te veo... Apagada.... ¿Es por tus padres?

—No... Me pasan más cosas en mi vida – me miró directamente.

—Como a todos, no seas exagerada – Jorge intervino.

Se acercó a ella y le dio un pequeño abrazo. Tal y como habíamos hablado por teléfono, estaba dispuesto a controlarla, pero empezó a darme la impresión de que no era su única intención. Jorge empezaba a tontear un poco con ella y Marta no le ponía barreras, siendo lo mejor que me podía pasar aquella noche

Apenas le había dedicado un par de miradas y un par de abrazos, pero conocía a ese hombre como si fuera mi hermano gemelo. Sabía cuáles eran sus intenciones con solo mirarlo a los ojos y me parecía que lo estaba haciendo genial. Ojalá Marta se obsesionara con él como había hecho conmigo y así podía dejarme respirar de una vez por todas.

Las conversaciones que manteníamos siempre iban de lo mismo cuando Rose estaba presente. La gente se interesaba mucho por aprender cosas de su cultura y dónde vivía. Jorge no paraba de preguntarle acerca de Dunster, el pueblo de Rose, y sobre cómo eran las chicas y las costumbres de allí.

Yo me sabía todas las cosas de memoria porque había mantenido un millón de conversaciones sobre aquellos temas con Rose, pero no me importaba. La que sí parecía bastante aburrida era Marta, que no dejaba de

poner los ojos en blanco cada dos por tres y beber una copa tras otra.

—Es todo muy interesante, Rose – dijo Jorge.

—Si quieres saber algo más, solo tienes que preguntar – respondió.

— ¡Claro!, pero mientras viene la cena, voy a salir fumar un cigarro, necesito mi droga– dijo Jorge –. ¿Vienes a acompañarme, Marta?

—Hace frío... ¿Para qué fumas? Eres el único aquí – no le había gustado la propuesta.

—Anda, acompáñame... – insistió tocándole el hombro.

—Está bien, si aceptas dejarme en paz un rato cuando regresemos – lo miró mal.

—Tranquila, leona – la cogió de la mano y la levantó de la mesa.

Fue el único momento en aquella cena que nos quedamos a solas Rose y yo. Me apetecía bastante ese momento y no lo desperdicié. Me arrimé a ella y empecé a darle un par de besos en la boca. Había deseado hacerlo durante toda la noche, pero me parecía de mala educación delante de mis amigos.

—Estoy orgulloso de ti – la miré a los ojos.

— Thanks! El trabajo, tú... toda la experiencia que estoy viviendo aquí es maravillosa....

—Me alegra que te sientas así y espero que bueno, te esté gustando la cena.

—Pues... Marta está un poco rara... Y no sé si se siente bien aquí.

—Ella es así de repelente, no le hagas caso, es tu noche, disfrútala.

— ¿Seguro que está bien?

- Deja de preocuparte por Marta, es egoísta... la conozco desde siempre
- dije despreocupado —, prométeme que vas a disfrutar.
- Te lo prometo — me miró y me devolvió el beso.

Jorge y Marta regresaron justo cuando la camarera comenzó a traer los platos. Aquel restaurante se hizo muy famoso por cómo preparaban el pescado y pudimos comprobar que así era. La forma en que presentaban la cena en los platos y el sabor eran completamente perfectos.

A lo largo de la cena, en los que nos limitamos a hablar de temas banales, el ambiente mejoró bastante. Empecé a ver un poco más de conexión entre Jorge y Marta. Ella se había animado bastante, seguramente por la cantidad de alcohol que había tomado y la cena fue mejor de lo que me esperaba. Me imaginé que se dedicaría a decir lo primero que se le pasase por la mente sin importarle que Rose estuviese delante, pero se comportó de una manera completamente diferente.

Al finalizar la cena, salimos del restaurante agradeciéndole a las camareras su atención y Rose y yo nos adelantamos a montarnos en el coche. Nos sorprendimos al comprobar que Marta y Jorge se habían quedado atrás y que no nos seguían. Le hice una señal con la mano, pero no se habían percatado.

- Quizás quieren quedarse a solas... — dijo Rose.
- No creo, debe estar pasando algo — respondí —, quédate aquí, ya vengo.

Me acerqué a ellos para preguntarles qué pasaba, pero me di cuenta de que quizás Rose tenía razón. Jamás había imaginado que la cena terminase de aquella manera, pero pude verlos bastante cariñosos.

- ¿Qué pasa? — pregunté.
- Nada, vete con Rose, yo me quedo un rato más con Marta por aquí —

dijo Jorge.

— ¿Estáis seguros? — respondí mirándola.

—Tranquilo, está todo controlado — dijo Marta.

Me dirigí de nuevo al coche con una sonrisa inimaginable en mi rostro. Invité a Jorge para que controlase a Marta, pero si podía quitármela de encima, el plan había salido mucho mejor de lo que me esperaba. Podía volver a casa sin tener que cargar con ella y así pasar, por fin, una noche tranquilo con Rose.

Capítulo XVIII

Rose me había propuesto que nos tomáramos la última en su casa y había aceptado sin pensar. No sabía cuántos días habían pasado desde que tuvimos sexo y se me había hecho eterno. Marta había desaparecido del mapa y por fin podía tener la tranquilidad que necesitaba con ella.

Entramos en su casa y me senté en aquel sofá viejo y usado. La casa de Rose no es que estuviera bien decorada y llena de cosas nuevas, pero al fin y al cabo no era su casa. Podía alentarla a conseguir algo mejor, pero no iba a ser tan tonto de permitir que se fuera para dejar de tenerla cerca.

Rose sirvió otro par de copas. Nosotros dos no habíamos bebido nada comparado con Jorge y con Marta, así que teníamos bastantes pilas para seguir toda la noche. Por mí podíamos saltarnos todo tipo de formalismos y pasar directamente a la cama, pero tenía que ir poco a poco, tal y como le gustaba a Rose.

— ¿Te lo has pasado bien hoy? — preguntó mientras se sentaba en el sofá conmigo.

—Sí, la verdad es que esperaba que la cena fuese... Más... — no encontraba la palabra.

— ¿Pesada?

—Sí, algo así. Yo he estado bien, pero no me gustó nada la actitud de tu prima.

—A nadie le gusta la actitud de Marta, por eso está tan sola.

— ¿Siempre ha sido así? ¿Desde pequeña?

No me apetecía nada ponerme a inventar una infancia ficticia con Marta,

pero habíamos dicho que éramos primeros y Rose tenía todo el derecho a preguntar. Si le contaba un par de anécdotas, quizás me dejaba en paz y pasábamos a lo importante.

—Siempre fue caprichosa y no es la primera vez que la echan, una vez llegó a levantarle la mano a su madre... y a decir en el colegio que su padre le pegaba... Siendo mentira...

— ¿En serio? – estaba sorprendida.

—Marta ha sido un caso aparte en esta familia.

—Ya veo.

—Así que es mejor que no te intereses mucho por ella.

—Pero a veces me da lástima.

—Ella es experta en eso, no te dejes engañar.

Por la cara que puso Rose, parecía que le había dado motivos para que se alejase un poco de Marta. Las cosas no podían salir mejor aquella noche e iba a culminar teniéndola en mis brazos. Cada vez que pensaba en lo que venía a continuación, me llenaba de impaciencia.

— ¿Por qué no mejor nos centramos en nosotros dos? – la abracé y me tumbé un poco encima de ella.

— ¿A qué te refieres? – dijo sonriendo.

—No sé... A lo bien que podemos pasarlo – la besé.

— ¿Tú crees que puedo pasármelo bien contigo?

—Si quieres, te lo hago saber.

—No sé... No sé....

—Te puedes arrepentir si no lo compruebas.

— ¿Eso piensas?

—No, de eso estoy seguro.

La besé de nuevo y creía que iba a perder el control. Estaba impaciente por tenerla entre mis brazos, por tocar esa piel suya que tanto me gustaba. La besaba con dulzura, aunque mis besos daban a entender lo que quería de ella. La quería para mí. La quería ver disfrutar y ser yo quien lo hiciera.

Me entretuve besando sus labios todo lo que pude, hasta que empecé a impacientarme porque necesitaba más. Mi boca bajó por su cuello y le di varios mordiscos para que supiera cómo de excitado estaba. Me costó todo mi auto control separarme un poco de ella para quitarle la ropa y yo poder hacer lo mismo. Quería sentirla desnuda, pegada a mí.

—No, Darling, no hagas eso... - había cogido mi pene entre sus manos cuando me tumbé encima, ya los dos con toda la ropa fuera.

—Yes...

—Darling... Si sigues haciendo eso, esto se va a acabar antes de lo que quiero – intentaba hablar bien, pero terminé diciéndolo con voz ronca, como si me faltara el aire. Estaba demasiado duro y no iba a aguantar muchos movimientos más.

—Me gusta tocarte...

—Vale, pero toca en otro lado – hice que me soltara ella llevó sus manos hasta mi espalda.

—Pero yo quiero tocar...

—Toca, pero eso no.

—Lo haré después.

Después podía hacer lo que ella quisiera, pero primero iba a sentirla. Tenía su cuerpo bajo el mío, suave y sus manos curiosas tocándome por donde querían. Hacer el amor con Rose era muy diferente a como lo había hecho con todas las demás antes. En esas ocasiones solo era sexo, coger lo que yo necesitaba y, aunque las hacía disfrutar porque ese era siempre mi

objetivo principal y no era egoísta en la cama, lo que buscaba era mi momento final. Pero con Rose no me importaba demasiado nada ni necesitaba mucho para que me excitara. Tenerla debajo de mí, con su cara roja por la excitación y el placer, escucharla gemir y decir palabras en inglés que a veces ni entendía... Eso era más excitante que cualquiera de las mujeres exuberantes con las que había compartido la cama antes.

Sentía que todo iba a acabar muy pronto, rozar mi pene con su piel me estaba volviendo loco. Me puse de rodillas en el suelo y la hice abrir sus piernas aún más. Se puso cómoda y dejó el pudor a un lado, eso era bueno, conmigo nunca lo había tenido. Comencé a besar sus piernas, las rodillas, la parte interna de los muslos. Me acercaba al lugar donde quería meterme por completo, pero lo retardé un poco, sonriendo cuando escuchaba sus protestas. Sabía que quería mi boca ahí, pero iba a atormentarla un poco. Estaba muy excitado, tenía muchas ganas de ella, pero no quería precipitarme y que fuera algo rápido.

Le di un pequeño beso en el pubis y su cuerpo tembló un poco.

—Más...

— ¿Más? – le di otro beso.

—Yes... Más...

Me hacía gracia cómo lo pedía y yo también quería más de ella, así que lo cogí. Era un buen amante y con ella, poco a poco iba aprendiendo las cosas que le gustaban, y eso ya sabía cómo quería que se lo hiciese. Abrí sus labios inferiores con los dedos y lamí de abajo arriba, saboreando su esencia. Escuchar sus gemidos me guiaban a cómo hacerlo y a saber lo que necesitaba exactamente. Sabía dulce y para mí era adictiva. Mi lengua jugó con ella lo que quiso, como si no me saciara de tener su sabor en mi boca. Lamí y chupé

todo lo que quise, no me cansaba de eso. Sentía sus temblores y sabía que iba a terminar. Yo también lo quería, que lo hiciera en mi boca. La estimulé un poco con los dedos y lo conseguí, no dejé de lamerla hasta que sentí que había dejado de temblar. Me levanté del suelo y me tumbé sobre ella como pude, el sofá no daba para mucho y era incómodo.

— ¿Cómo estás? – pregunté mirando su cara de alivio.

—Ok... Ok...

—Ya se ve – reí.

Con su mano agarró mi cabeza y me agaché para besarla. Sabía que le gustaba probar su sabor, pero esperaba a que fuera ella quien lo cogiera.

—Quiero más... -dijo mirándome.

— ¿Más?

—Más de ti...

Ese era mi momento, le di un beso más en los labios, rebusqué en mi pantalón y cogí un preservativo que me puse rápido y me acomodé encima de su cuerpo. Otra vez esa sensación de sentirla debajo que me ponía más duro todavía. Abrió las piernas un poco más y puse mi pene en la entrada de su vagina. Estaba muy mojada y entré sin esforzarme. De verdad que iba a acabar pronto. Aunque limitado por el plástico que cubría mi pene, yo pude sentirla apretándome. Esa era mi postura favorita porque podía ver cada uno de los gestos que hacía con la cara. Y verla disfrutar a ella, me hacía disfrutar a mí.

Sus manos agarraron sus pechos y los apretó con fuerza. Que una mujer se los tocara así siempre me había resultado muy erótico. Con sus dedos pellizcó sus pezones a la vez que yo la penetraba una y otra vez. Levantó las piernas y apoyó sus talones en mi culo y apretó más sus pechos con sus

manos. Sabía que iba a tener otro orgasmo y yo iba a conseguir el primero.

Quitó las manos de sus pechos y puse mi boca. Lamí sus pezones y los mordí un poco, los puse más duros de lo que ya estaban y no necesité más para conseguirlo de nuevo. Con un gritito clavó sus talones en mi trasero y su vagina se contrajo. Me faltaba ya el aire porque también iba a eyacular pronto. Salí y entré una vez, dos veces, tres veces... Y por fin...

Me dejé caer sobre sus pechos y ella abrazó mi cabeza y empezó a jugar con mi pelo. Al mirarla me sonrió, saciada, y me sentí feliz por tenerla conmigo.

Capítulo XIX

Desperté con una gran sonrisa en la boca, al lado de Rose. Necesitaba un anoche como la que habíamos pasado para recuperar fuerzas y seguir adelante. La miré mientras dormía y todo aquello me parecía increíble. Hacía unos meses no existía la mujer perfecta y ese día había pasado la noche con ella.

Mi madre siempre me andaba diciendo que, si seguía andando con tantas mujeres, al final acabaría soltero y solo. De tanto oírlo me había hecho a la idea y quizás me había cerrado al amor en más de una ocasión, pero con ella no pude evitarlo. Tenía que esperar que se decidiese a venir desde tan lejos para poder conocerla y hacerme entender que el amor verdadero no es tan horrible como yo pensaba.

Nos habíamos acostado tarde, sin embargo, yo no era persona de dormir mucho. Cuando tenía tiempo libre me gustaba levantarme a tiempo para poder ir a hacer ejercicio al aire libre. Me había descuidado un poco con tanto ajetreo y últimamente no encontré tiempo para mí, así que me decidí hacerlo.

Le di un beso suave en la frente para que no se despertara, me vestí y me fui a mi casa. No podía explicar la felicidad que sentía al entrar y saber que no había nadie, que seguía siendo mi espacio y que nadie estaba incomodándome. Marta no estaba allí y rezaba con todas mis fuerzas para que no volviese.

En ese momento decidí llamar a Jorge para preguntarle qué había pasado al final. Estaba ansioso por que me dijera que acabaron pasando la noche juntos y que se habían prometido amor eterno. Sabía que le estaba

pidiendo mucho a la vida, pero tenía claro que nada era imposible

Hice varias llamadas, pero no me contestó. Me imaginaba que estaba durmiendo aún, pues después de todo lo que bebieron, tendrían una resaca enorme, pero me daba exactamente igual. Después de tantos días amargados necesitaba una buena noticia.

— ¿Sí? – respondió con voz ronca.

— ¡Despierta! – dije animado.

—Eres un cabrón, ¿qué haces llamando a estas horas?

—Necesito que me cuentes qué pasó.

— ¿En serio? ¡Déjame dormir!

— Jorge, sí, en serio, necesito saber que está contigo y que no va a volver.

Se hizo un silencio y Jorge volvió a responder. Seguramente necesitaba un tiempo para darse cuenta de que aún seguía en el mundo y que se había pasado bebiendo.

—Me va a explotar la cabeza...

—Lo sé, casi os bebéis todas las botellas del restaurante – respondí.

—Una noche... Es una noche... –justició a duras penas.

—Entonces... ¿Qué paso?

— ¿Quieres que te lo resuma o te cuento con detalle?

—Con que me digas lo que quiero oír, me basta.

—Marta está en mi cama, desnuda y no te nombró en toda la noche.

— ¡Sí! – dije victorioso.

— ¿Contento? – preguntó.

—Bastante, ya puedes volver a la cama con tu amada.

—Vete a la mierda, no vuelvas a llamar tan temprano.

Me colgó de una vez y me harté de reír como un loco, solo en casa. Estaba muy feliz así que puse música y me dediqué a bailar mientras me iba preparando para salir a correr un rato. Hacía muchísimos meses que no hacía eso y había olvidado por completo lo importante que era en mi vida.

Me dediqué a ponerme la ropa de deporte, los zapatos y cogí mi móvil para escuchar música por la calle. La ida me empezaba a gustar de nuevo y sentía que por fin había salido el sol. Seguramente Marta venía esa misma tarde a recoger sus cosas y no la volvería a ver en mucho tiempo.

Justo cuando abrí la puerta para salir, encontré que Rose salía de su casa. Esperaba que durmiera hasta tarde, pero me di cuenta de que no iba a ningún sitio. Seguía en pijama y la cara que tenía puesta era más bien de preocupación.

— ¿Rose? – dije al verla.

—Justamente... Iba a buscarte...

— ¿Qué te pasa? Tienes mala cara – nunca la había visto así.

—Acompáñame a casa, necesito hablar y es algo largo de contar.

Fui detrás de ella, pero me sentía completamente desconcertado. Sabía que yo no tenía nada que ver en lo que le pasaba, pero aun así no podía dejar de preocuparme. Rose siempre se había caracterizado por su simpatía y positividad y no esperaba verla así en ningún momento.

— ¿Qué pasa? – pregunté preocupado una vez llegamos al salón.

—Es mi padre...

— ¿Se ha...? – no fui capaz de terminar la pregunta.

- No... Pero está muy enfermo...
- Lo siento mucho, Rose – me acerqué a abrazarla.
- Yo no sé lo que siento – dijo firmemente.

Lo normal es que se sintiera bastante preocupada y dolida, pero no me dio esa impresión. Intuí que había una historia mucho más profunda que Rose necesitaba contarme. Sirvió un par de té, se sentó y cogió fuerzas para hablar.

- Sé que es mi padre... Pero él nunca se preocupó por mí.
- No sabía nada.
- Nos abandonó cuando yo era pequeña y jamás se preocupó por nosotras. Hace unos años volvió arrepentido y decidí perdonarlo, pero ya era tarde para quererlo.
- Entiendo...
- Y ahora está muy enfermo... Parece cáncer... Y no me parece justo tener que irme, renunciar al trabajo... Por un hombre que nunca estuvo.

No tenía ni idea de esa parte de la vida de Rose, pero me alegraba que confiase en mí y me la contara. Cuánto más supiese de ella, mejor la podría ayudar a resolver sus problemas.

- ¿Y tus hermanos? ¿Qué opinan?
- Ellos no quieren saber nada de él, soy lo único que le queda.
- Ahora que por fin te salió trabajo, que estás estable aquí... No quiero que te vayas – fui sincero.
- ¿Y si me arrepiento de no ir? ¿De no despedirme? ¿De no cuidarlo?
- Él no se preocupó de vosotros, debe entenderlo.
- El problema es que yo no soy como él.

Rose era muy buena persona y sabía que era incapaz de hacerle daño a

nadie. Me aterraba la idea de que se fuese, pero no podía evitar que tomara sus propias decisiones. Tenía que apoyarla y estar siempre para ella.

—Creo que mi deber es ir — dijo después de tomar un buen sorbo de té.

— ¿Qué vas a hacer con el trabajo? ¿Con la casa?

—Ya saldrán cosas mejores... No quiero arrepentirme de nada — se le salió una lágrima.

Me levanté y la abracé con todas mis fuerzas. El trabajo daba igual si finalmente iba a arrepentirse durante toda la vida de no haber ido a ayudar a su padre. Por más cosas que pasaran, en el fondo debía quererlo.

— ¿Cuánto tiempo te irás? — pregunté.

—No lo sé con exactitud, está en la recta final...

—Lo siento — la abracé de nuevo.

— ¿Vas a olvidarme? — preguntó.

La cogí de la cara y la miré directamente a los ojos. Le había demostrado con el paso de los días que estaba ahí para ella y dispuesto a luchar por lo nuestro.

—Jamás, estaré aquí esperándote o, si no, iré a buscarte — dije sonriendo.

— ¿Seguro?

—Seguro... Además... No puedo esperar más para pedirte esto...

Supe que era el momento para hacerle la proposición que llevaba tiempo pensando. Hasta ese día no habíamos formalizado lo nuestro y en ese momento, más que nunca, ambos necesitábamos saber que estábamos unidos.

— ¿Quieres ser mi pareja, mi novia, mi mujer, o como quieras llamarlo? —

dije nervioso.

— ¿Me estás pidiendo que estemos en serio, con vistas a un futuro?

— Te estoy pidiendo eso y más.

— ¡Claro que sí! — respondió sin dudar.

Sonreí ante su respuesta y volvimos a fundirnos en un beso. No había sido el momento ideal de proponérselo, pues ella estaba en pijama con un drama familiar y yo vestido de deporte, pero los mejores momentos de la vida no se eligen, simplemente suceden.

Capítulo XX

La dejé en casa preparando algunas maletas para pasar unos días con su padre. Me daba bastante lástima que se fuese, pero sabía que no iba a afectar para nada a nuestra relación. Habíamos establecido algo serio entre los dos y eso significaba compromiso y lealtad.

Fui a casa para prepararme y llevarla más tarde al aeropuerto. Había insistido una y mil veces en que cogería un taxi, pero no iba a permitirselo. No podía quedarme en casa tan tranquilamente mientras se iba sin saber cuándo volvería. Quería, al menos, aprovechar esos últimos momentos con ella hasta que nos juntásemos de nuevo.

Llamaron a la puerta y me apresuré a abrir. Se me hizo un poco raro que Rose terminara tan rápido y pronto descubrí que no era ella. Al otro lado de la mirilla estaba Marta, esperando a que le abriera. Me había olvidado por completo de ella, pero estaba seguro de que vendría a buscar sus cosas.

—Hi, pasa – saludé y la invité a pasar.

Marta apenas me dedicó media sonrisa y entró en casa. Se dirigió directamente al salón y se tiró de lleno en el sofá. Se notaba que la resaca que tenía era bastante grande y que todavía le estaba pasando factura.

—Veo que la noche fue movidita.

—No me la recuerdes...

— ¿Aún te duele la cabeza?

—Creo que me duele todo.

—Entonces la fiesta con Jorge duró bastante – dije bromeando.

Me miró malamente, como siempre hacía con todos y cerró los ojos. Su

aspecto no era muy agradable y tenía bastante mala cara, así que supuse que habían tenido una buena fiesta. Mis amigos no tenían control a la hora de beber y siempre acababan igual.

—Si te sientes cansada, puedo recoger todas tus cosas en un momento — propuse.

— ¿Recoger? ¿Para qué?

—Pues ahora que estás con Jorge, no tiene sentido que sigas aquí — quería ser directo.

—Yo no estoy con nadie, no te equivoques.

Me daba igual lo que dijera en ese momento, se había acostado con Jorge y tenía a qué agarrarme.

—No soy yo quien estaba en la cama de Jorge esta mañana.

Marta se levantó sin contestarme y se dirigió a la cocina. La perseguí porque necesitaba que esa conversación no terminara, teníamos que aclarar las cosas de una vez.

—Te estoy hablando — dije malamente.

— ¿Crees que porque ayer conseguiste tirarme a los brazos de Jorge te voy a dejar en paz?

— ¿Yo te tiré? ¿Estás segura?

—Vamos... Daniel... No me cuentes historias — se sirvió un vaso de leche.

— ¿No te das cuenta de que ya es ridículo que sigas aquí?

—Te he dicho que te quiero y que voy a conseguir que veas que soy la mejor opción, no creas que todo acaba aquí.

— ¿Estás hablando en serio?

No podía dar crédito a lo que oía. Era capaz de ir a acostarse con otros y volver a mi casa profesando amor eterno. No se podía ser peor persona que Marta y me arrepentía profundamente de haberla conocido. Ni siquiera se paraba a pensar que era ridículo que siguiera invadiendo mi espacio y que no iba a conseguir más que la odiara si seguía así.

— ¿Tú crees que obligarme a vivir contigo va a hacer que te desee o algo por el estilo?

—No, pero quiero que me tengas bien presente.

— ¡No quiero que vivas aquí! ¡Quiero que te vayas! — empecé a desesperarme.

— ¿Vas a pegarme otra vez para eso? — preguntó mirándome desafiante.

—No te pegué, te empujé porque estaba nervioso, no te confundas.

— ¿Sabes qué? No tengo ganas de aguantarte.

Pasó por mi lado, desafiante y oí cómo se encerraba en el cuarto que ocupaba en mi casa. Eso me puso muy nervioso y fui detrás de ella. ¿Qué se pensaba? ¿Que podía hacer lo que quisiera en mi casa? Ese era mi espacio, mi casa, mi vida.

—Te doy un par de días para que salgas de esta casa.

—No tengo dónde ir, primito.

Se notaba que Marta quería llevarme al extremo y no podía dejar que me siguiera manejando.

—Pues duermes en la calle — respondí.

—Lo mismo... Le digo a Rose que me acoja durante un tiempo.

- ¿Tú crees que eso va a pasar?
- ¿Consideras que no soy capaz?

El timbre de la casa sonó y le dediqué una última mirada. Se creía demasiado lista, pero no sabía las cosas que habían pasado. Por más que fuese a ir corriendo a Rose, ella estaría bien lejos y el juego se le acababa de la manera menos inesperada.

- ¿Sabes quién es? – le pregunté antes de irme de la habitación.
- Tu amada, ¿no?
- Sí, y ¿sabes para qué?

Se quedó mirando sin saber qué responder. No tenía ni idea hacia dónde quería llegar, pero no me iba a marchas sin tirar mi última carta.

- Viene para que la lleve al aeropuerto porque vuelve a su país, así que... ¿Ahora adónde vas a correr? ¿A quién vas a ir a contarle nada?

Me di la vuelta, cerré la puerta fuertemente y salí de casa a llevar a Rose al aeropuerto. Sabía que la había dejado fuera de juego y que ahora no tenía cómo mover la siguiente pieza. Marta había perdido porque ya no tenía cómo chantajearme y yo tenía la oportunidad de echarla de casa sin enfrentarme a que Rose se diese cuenta.

No me gustaba que esa fuese finalmente la única solución que quizás hiciera que Marta me dejase en paz, pero las cosas habían sucedido así por algo. Ya no podía meterse en mi relación con Rose porque iba a estar lejos y yo tenía todo el poder sobre la situación.

Capítulo XXI

Hacía días que había vuelto al trabajo y un par de semanas que no veía a Rose. No podía dejar de pensar en la despedida que tuvimos en el aeropuerto y sobre todo cuándo iba a volverla a ver. Aquellas imágenes se reproducían en mi cabeza todo el tiempo y, aunque intentaba ponerle buena cara a todo, el mundo ya me sabía a mierda.

Su vuelo salía muy rápido y apenas teníamos tiempo para tomar un café y poco más antes de que se marchase. Sabía que en cuanto pisáramos el aeropuerto, apenas tendríamos unos minutos para despedirnos antes de que se fuera. No nos limitamos a hablar mucho porque sabíamos que eso nos dolía y no dejamos de estar abrazados el poco tiempo que nos quedaba.

Me hubiera gustado tener más tiempo para asimilar la noticia acerca de su familia y mostrarle más apoyo, pero todo ocurrió demasiado deprisa. Parecía un huracán que llegaba y arrastraba todo a su paso, sin dejar tiempo a pestañear. Su lugar era en otro lado y tenía que arreglar sus cosas, no podía impedirselo, pero en el fondo me seguía pareciendo algo injusto.

Me limité a aceptar mi situación y a volver a hacer mi vida hasta que ella me la cambiase de nuevo. Marta no había dejado de vivir en mi casa y yo me había limitado a pasar el día fuera de ella. Me parecía súper injusto llegar solamente a dormir y a cambiarme de ropa, pero imaginaba que tarde o temprano se aburriría de aquello. Jorge me había medio adoptado en su casa y cuando terminaba el trabajo, me iba directamente allí.

Marta no se había atrevido más a meterse en la ducha conmigo o a acecharme por la noche, así que mi estrategia estaba surtiendo efecto de alguna manera. Rose había desaparecido del mapa y no tenía cómo

chantajearme; la diversión de joderme la vida se le había acabado por completo.

Mi móvil comenzó a sonar sacándome de mis pensamientos y, sobre todo, de mi aburrimiento. Rose siempre me llamaba a la misma hora y me pasaba el día pendiente a eso. Desde luego que quien me conociese en el pasado, no daría crédito a cómo me había vuelto. Parecía una niña de 15 años enamorada y, aunque me daba vergüenza admitirlo públicamente, había cambiado bastante.

— ¡Hola! – saludé a Rose.

— Darling! ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú? ¿Tu padre?

—Bien, todo está evolucionando perfectamente.

—Menos mal que se pudo detectar a tiempo – me alegré –, así la recuperación será más fácil.

—Sí, y... Estaba pensando en ir un par de días...

— ¿Aquí? – dije sorprendido.

—Sí, él está mucho mejor y esta mañana mi hermana mayor vino a verle... Creo que va a ayudarme con esto.

— ¿Estás hablando en serio? ¿Ha ido?

—Sí, yo no me lo podía creer, pero parece que va a quedarse.

—Me hace feliz saberlo y sobre todo que estés pensando en venir... ¿Para cuándo lo has pensado?

—Eso es lo que no te voy a decir.

— ¡Rose! – dije reclamándole – ¿Cómo que no me lo vas a decir?

—Jajaja – rio fuertemente –, va a ser una sorpresa.

—Pero si ya me has dicho que vas a venir, no es sorpresa – intenté convencerla.

—No, sigue siendo sorpresa porque no sabrás cuándo.

—Eres odiosa – bromeé.

— ¡Sí! Pero te gusta – respondió – Oye, tengo que dejarte, se acaba el dinero de la llamada.

—Está bien, te mando un beso, odiosa.

—Bye, darling.

La llamada de Rose me gustó muchísimo más de lo que pensaba. Sabía que no iba a tardar en volver porque cogieron a tiempo la enfermedad y su padre estaba respondiendo positivamente a los tratamientos, pero pensé que iba a tardar más. La sorpresa de que una de sus hermanas fuese a ayudarla a aliviar la carga, le daba la oportunidad de venir a verme y eso me hacía feliz.

El único obstáculo que seguía habiendo en mi vida era Marta. Rose había dejado el piso de en frente y los dueños no habían tardado en alquilarlo, por lo que, si venía, se tendría que quedar en mi casa. No podía hacer eso sabiendo que Marta seguía allí metida y que todo podría irse a la mierda. Tenía que sacarla cuanto antes de mi casa y de mi vida.

Inmediatamente llamé por teléfono a Jorge. Necesitaba contarle lo que había hablado con Rose y saber que contaba con él para solucionar lo de Marta. No sabía qué hacer para sacarla, pero si ella ponía resistencia era capaz de tirarle la ropa por la ventana y obligarla a salir de allí por la fuerza. Odiaba ser ese tipo de hombre, pero había llegado al último nivel de mi paciencia.

Intentaba ignorarla hasta el punto de pasar todo el día fuera de mi casa, pero ya no podía seguir haciéndolo. Si Rose volvía, aunque fuese solo por un par de días, tenía que tener su espacio y yo podía ofrecérselo. Íbamos a necesitar bastante intimidad y tranquilidad, cosa que Marta no garantizaba.

- ¿Sí? – respondió Jorge.
- Hola, amigo, ¿estás ocupado?
- No, tranquilo, solo estaba viendo la tele.
- Me acaba de llamar Rose, va a venir un par de días.
- ¿Sí? ¿Cuándo?
- No quiere decírmelo, prefiere que sea sorpresa, pero... Ya sabes el problema que tengo en casa.
- ¿Cómo va a venir si Marta aún está metida allí? – preguntó.
- Marta no puede seguir ahí... Tengo que hacer algo, tienes que ayudarme.
- Yo no ayudo a nadie a matar – dijo entre risas.
- No seas fantasioso.
- Ahora, en serio, ¿qué piensas hacer?
- No lo sé... Necesito consejos...
- Daniel, me acosté con ella y todo... Intenté alejarla de ti... No se me ocurre qué más hacer.
- ¿Qué tal si nos tomamos unas cervezas más tarde y lo hablamos?
- Si me invitas, allí estaré.
- Eso está hecho, entonces. ¿Nos vemos donde siempre? ¿A las 5?
- Allí estaré.
- Entonces, nos vemos.

Me despedí de Jorge y empecé a darle vueltas a la cabeza. Seguramente entre los dos encontrábamos alguna manera de hacer que mi pesadilla acabase de una vez y no se me ocurría mejor apoyo que él. No tenía claro si lo mejor era hablar con ella o actuar, lo que no dudaba era que Marta tenía el tiempo contado en mi casa.

Capítulo XXII

Estaba a punto de cerrar el local para ir a mi cita con Jorge cuando apareció mi jefe por la puerta. Hacía meses que no lo veía porque nuestra relación era básicamente por teléfono y me sorprendió un poco. Había adelgazado bastante y no tenía buena cara. Nunca se destacó por su simpatía ni mucho menos, pero se notaba que no iba a darme buenas noticias.

Siempre iba vestido de traje de chaqueta, como un importante hombre de negocios. La vida le había sonreído siempre y se había dedicado a los negocios desde que era bastante joven, pero aquella empresa siempre le daba dolores de cabeza. Normalmente me llamaba preocupado con las pocas ganancias que obteníamos y me dejaba caer que algún día tendría que echar el cierre.

Me apresuré a saludarlo y me estrechó la mano sin muchas ganas. Raúl, que así era como se llamaba, cogió una de las sillas que había por allí y me invitó a sentarme a hablar con él. Jamás había hecho eso y me empezaba a oler mal el asunto. Por unos segundos me imaginé mi destino, pero tenía que oírlo de su propia boca.

— ¿Qué tal? – pregunté.

— Tirando, ahí vamos.

— ¿Te pasa algo? Tienes mala cara – dije.

— Tenemos que hablar, Daniel.

No era tonto y sabía por qué había venido. No recuerdo haberlo visto por allí en meses y mucho menos a aquellas horas. Si Raúl se había dignado a aparecer y me hablaba de aquella manera, era porque mi tiempo en la empresa se había acabado. No hacía falta ser adivino, ni mucho menos, para

darse cuenta.

Agradecía su forma de ser directa y que no empezase a dar rodeos sobre mi bienestar y mi vida. Eso me ponía aún mucho más nervioso y prefería que las cosas se dijese claramente.

—Imagino, casi nunca vienes y menos con ese ánimo.

—Sabes que las cosas aquí, en este local, no van bien y con tu ausencia semanas atrás me he dado cuenta de que no tiene sentido.

— ¿Qué no tiene sentido?

—Que estés aquí.

— ¿Por qué?

—Que estés aquí o no, apenas influye en las ganancias, y mantener este local es demasiado caro.

Encendió un puro y comenzó a fumar, aunque lo tuviese completamente prohibido en el local, era el dueño y podía hacer lo que le diese la gana. Se quedó mirándome a los ojos, esperando que le dijese algo.

—Quieres decir que me quedo sin trabajo, ¿no? – fui directo.

—Sí, para qué vamos a darle más vueltas al tema.

Me lo había imaginado nada más verlo entrar por la puerta. Jamás hubiese pensado que esa misma mañana cuando me levanté para ir al trabajo, que iba a ser mi último día, pero tampoco me dolía mucho. Pasaba horas y horas muertas en aquel lugar abandonado, sin tener mucho que hacer y estaba perdiendo oportunidades de encontrar un trabajo mejor.

—He hablado con algunos amigos antes de venir a hablar contigo y hay uno dispuesto a darte un trabajo en su empresa.

— ¿Qué tipo de empresa?

—Hace lo mismo que yo y estarías más o menos en un puesto similar.

Me quedé pensando, tenía que asimilar todo lo que estaba pasando. No me molestaba del todo quedarme sin ese trabajo, pero tampoco me hacía ilusión pasar a otro igual. Debía tomar aquello como una oportunidad para salir hacia adelante y tomar la misma actitud de Rose, insistir hasta encontrar el trabajo que me merecía.

— ¿Algo que decir? — preguntó tras quedarnos un rato en silencio.

—La verdad, no creo que quiera aceptar... Solo quiero saber todo el tema de la liquidación, del pago que me falta.

—Sabes que no tengo problemas en pagarte, en pocos días ingresaré todo en tu cuenta.

—Entonces... No tenemos mucho más que hablar...

—No, puedes recoger tus cosas e irte.

—Está bien.

Ni él estaba triste por cerrar aquello ni yo porque me echara. Aquel trabajo me había llevado a la indiferencia total y no tenía por qué pelear. Estaba seguro de que Raúl me pagaría correctamente, porque era la única virtud que tenía y eso era todo lo que me preocupaba.

Me quité el uniforme y lo dejé encima de la mesa mientras recogía mis cosas. Raúl se acercó para agradecerme el trabajo que había hecho y yo hice lo mismo con él. A pesar de que me había echado de un momento a otro por las buenas, no se había comportado mal conmigo y no quería quedar mal. Sabía de sobra que no vendíamos nada y que aquello, tarde o temprano iba a explotar, así que era de idiotas ponerse a pelear.

—Bueno, pues nos estamos viendo por ahí – dije antes de salir.

—Si algún día necesito ayuda, no dudaré en llamarte.

—Eso espero. ¡Adiós!

Salí de allí con una sensación de felicidad más que de pena. Tristemente llevaba mucho tiempo trabajando en lo que se había convertido en una cárcel y no lo hubiera dejado por mí mismo. Me daba miedo verme sin nada, pero seguramente la vida tenía que darme ese empujón para que reaccionara y supiera que me merecía algo más.

No imaginaba que el simple hecho de pedirle unos días libres desatara mi despido, pero era cuestión de tiempo. Era empresario y tenía que mirar por los beneficios de su empresa. Entendía que, si mi sueldo suponía un gasto injustificado, no iba a tenerme ahí como un adorno si eso le hacía perder dinero.

Sabía que había sido un buen trabajador y que mi tiempo allí había acabado. En los últimos meses mi vida había dado un gran vuelco haciéndome cambiar de muchas maneras. Tenía que centrarme en seguir mi relación con Rose y buscar una mejor vida de la que siempre había pensado que tenía.

Capítulo XXIII

No tardé mucho en llegar al lugar donde había quedado con Jorge. Otras veces me habría preocupado por no liarme mucho para poder madrugar, sin embargo, ya me daba exactamente igual. No tenía trabajo y Rose estaba lejos, no tenía nada mejor que hacer.

Pedí un par de cervezas y me dediqué a esperar a que llegase Jorge. Solía ser más puntual que yo, pero en esos momentos me daba igual, estaba tranquilo tomando un trago y no me importaba esperar. También necesitaba encontrar paz en la soledad que me rodeaba en esos momentos

Cuando empecé a sentirme más cómodo, apareció Jorge de la nada. No perdía la oportunidad de ligar y venía tan arreglado como siempre. Era difícil encontrarlo en ropa de deporte o algo desarreglado, él siempre iba de punta en blanco. Muchas veces me paraba a pensar que ese tipo de ropa le hacía mucho más mayor, pero si conseguía lo que quería, era su decisión.

Me saludó con una palmada en la espalda y se sentó en la mesa a acompañarme. Su modo de proceder siempre era el mismo: cuando llegaba a algún sitio se ponía a mirar en todas direcciones, intentando localizar su presa. Si había alguna chica guapa que le diera algún tipo de señal, no dudaba en lanzarse, dándole igual con quién estuviese sentada.

A pesar de que siempre fui un mujeriego, actuaba de forma muy diferente a él. Normalmente miraba si había alguna chica, pero siempre eran ellas quienes empezaban a tirarme indirectas. Jorge, sin embargo, guiñaba tantos ojos a destajo que resultaba un poco baboso. Muchas de las chicas le dedicaban caras de asco, pero a él le daba igual, no entendía que quizás eso no era lo que gustaba.

- ¿Nada que te convenza? – pregunté.
- Ya veremos – dijo despreocupado.
- Ya veremos... – repetí con resignación.

Lo mismo a Jorge le tenía que llegar su Rose para que se plantease cambiar como había hecho yo. Habíamos hablado poco sobre el amor porque lo considerábamos una mariconada y pérdida de tiempo, pero seguramente estaba abierto a ella en el fondo. Nadie quiere imaginarse solo en un futuro, por mucho que dijera a gritos que lo acepta, al fin y al cabo, somos humanos y sentimos cosas.

- ¿Qué tal va todo? – preguntó.
- Bien, me acaban de echar del trabajo – dije con una sonrisa.
- Es broma, ¿no? – levantó la ceja.
- No, ¿por qué iba a serlo?
- ¿Te han echado y estás sonriendo?
- Parece algo imposible de concebir, pero sí, me alegro de haberme quedado sin trabajo.

Jorge me miró extrañado, como si estuviera borracho y no supiera lo que decía. Entendía que socialmente el acabar un trabajo se veía como algo negativo, pero no era el caso.

- No hace falta que te explique que mi trabajo es una mierda.
- Ya sé que no es el mejor, pero te da de comer, ¿qué vas a hacer ahora?
- Tengo ahorros y bueno, seguramente encuentro algo mejor.
- Las cosas no están bien en ese tema, lo sabes – dijo serio.
- No me preocupa, creo que me tiene más desesperado lo de Marta – dije cambiando de tema.

Le tenía que contar lo que había pasado en el trabajo, pero su opinión me importaba un pimiento. Quería que me ayudase a quitar aquel veneno de mi casa y necesitaba hacerlo cuanto antes. Estaba contra reloj porque sabía que Rose podía llegar en cualquier momento e iba a disfrutar de ella sin problemas de por medio.

— ¿Qué piensas hacer? – preguntó mientras pedía otra cerveza.

—No lo sé... Necesito tu ayuda.

—Es que no sé qué recomendarte, te lo digo en serio.

—Cualquier idea que se te venga a la cabeza, es que yo ya estoy desesperado.

—No sé... Llama a sus padres...

— ¿Llamar a sus padres?

Se notaba que Jorge no estaba por la labor de ayudarme. No había escuchado semejante estupidez en mucho tiempo.

—Si tuviéramos 3 años y me hubiese robado la pelota, quizás haría eso – dije irónicamente.

—Daniel, tienes que ser firme y echarla por las malas, no entiendo qué estrategias quieres usar, ya has visto que nada funciona con ella.

—Lo sé, no funciona nada... lo he intentado todo...

—No es muy normal que evites ir a tu casa y que ella se haya adueñado de todo.

—Dímelo a mí – dije resignado.

—Coge su ropa, se la pones en la puerta y la sacas a las malas.

—No quiero hacerle daño, una vez los nervios me jugaron una mala pasada y la empujé fuertemente contra la pared.

—No se trata de hacerle daño, evidentemente eres más fuerte que ella, si

no de recuperar tu territorio.

¿Recuperar mi territorio? Ya no sentía que eso fuese ni siquiera mío. Se había convertido en un lugar al que evitaba a toda costa ir y cada día que pasaba le tenía menos apego.

— ¿Qué harías tú? — pregunté con la esperanza de tener una solución.

—Yo ya hubiese llamado a la policía — dijo sinceramente —, pero conociéndote, intenta hablar una última vez con ella.

— ¿Qué más puedo decirle?

—No sé, ha sido capaz de meterse en tu casa descaradamente y quedarse allí, no va a ser fácil... Mi opción es usar la fuerza.

—No quiero llegar a esos extremos.

—Te aseguro que no vas a tener más remedio — dijo convencido —. Rose va a llegar a tu casa, tú verás lo que haces.

Ese tema era el que más me preocupada. Estaba muy contento de que Rose decidiese venir a darme una sorpresa y un respiro en mi vida, pero también me hacía sentir angustiado. Fui un cobarde que dejó pasar el tiempo y prefirió desaparecer de su casa para no encontrarse con el problema en vez de ponerle fin. Dejé que Marta hiciese todo lo que quería sin dejarle claro que quien tenía el poder, indiscutiblemente, era yo.

Decidí que lo mejor era cambiar de tema y disfrutar del resto de la noche. No apoyaba la idea de sacarla a la fuerza, pero no encontraba otra solución. En ningún momento baraje la idea de ser agresivo, pero sí de echarla con lo que tuviera puesto y cerrar la puerta con llave.

No podía seguir llegando a casa y encontrármela allí como si fuese la dueña de todo. Pagaba aquel piso con mucho esfuerzo para vivir tranquilo y

sentirme incómodo en mi propio hogar nunca estuvo dentro de mis planes. Iba a darle la oportunidad de arreglar todo por las buenas, pero aquella situación llegaría a su fin fuese como fuese.

Capítulo XXIV

Pasaron un par de días desde aquella conversación con Jorge y seguí haciendo lo de siempre, ignorando a Marta. ¿Cómo podíamos convivir así? Me lo preguntaba una y mil veces durante todo el día. Nos habíamos convertido en compañeros de piso invisibles, como si estuviéramos obligados a aguantarnos.

No sabía bien en qué momento dejé que todo eso pasara, pero era la realidad. Podía llevar muchísimos días sin hablar con ella y tratándola como si no existiera. En su lugar, yo ya me hubiese cansado hacía tiempo y hubiese desaparecido, pero podía comprobar que a ella no le molestaba de igual forma. Sentir cosas por mí no justificaba sus acciones y mucho menos el obligarme a tenerla en casa.

Antes me pasaba el día en el trabajo y en casa de Jorge, pero ya no tenía cómo entretenerme y le daba más vueltas a la cabeza. No tenía más remedio que pasar tiempo en casa y eso me iba a volver loco. Necesitaba armarme de valor y ponerle fin a la situación.

Me puse algo más cómodo y salí de mi habitación con la intención de hablar con Marta. Toqué varias veces a la puerta de su habitación para llamar su atención. No la había escuchado salir, así que estaba seguro de que se encontraba allí dentro.

— ¿Marta? — pregunté.

Pasaron un par de minutos y no respondía, así que volví a golpear la puerta. Asustado porque no encontraba respuesta, abrí la puerta sin permiso. Estaba tirada encima de la cama escuchando música a todo volumen. Parecía

la típica adolescente que se pasa todo el día en la habitación huyendo del mundo porque le parece un asco.

Le hice señales para que se quitara aquellos cascos y me escuchara. Al principio se hizo la tonta, pero finalmente accedió a hacerlo. Sabía que no iba a tener muy buena actitud para abrirse y aceptar que las cosas no estaban bien, pero tenía que intentarlo.

— ¿Podemos hablar? – pregunté.

— ¿De qué?

— ¿Podemos o no? – tenía que ser firme.

Marta no respondió y se me quedó mirando de forma desafiante.

— Te espero en el salón – dije cerrando la puerta.

Me senté en el sofá y esperé a que apareciese. Dudé durante algunos minutos de que aquella puerta se abriera, pero finalmente la escuché. Marta salía de la habitación y se dirigía hacia donde yo estaba. No había planeado bien qué le iba a decir, solo quería hacerle ver cómo me sentía.

— Siéntate – le dije al verla.

— Está bien...

Marta sabía que tarde o temprano tendríamos que mantener una conversación y parecía que se había resignado. En solo un par de minutos había pasado de hablarme borde cuando fui a su habitación a parecer bastante manejable. Me aterraban los cambios tan bruscos que tenía, pero había que enfrentarlos.

— Esto ya no tiene sentido, sé que lo sabes en el fondo, Marta.

La miré esperando algún tipo de respuesta, pero no fue así. No me miraba a la cara, se dedicaba a agachar la cabeza, como si me diese la razón.

—Sé que ha sido una rabieta, que pensabas que entre nosotros podía haber algo, pero te he demostrado que no... No tiene sentido que sigas en mi casa...

—Todo ha sido por culpa de ella.

—Rose no está, lleva muchos días fuera y no ha pasado nada entre nosotros, ¿no te puedes parar a pensar que quizás es que no quiero y punto?

— ¿Por qué lo haces todo tan difícil?

Alucinaba un poco con que fuese ella quien me formulase esa pregunta. Si alguien se había dedicado a hacer las cosas difíciles e insoportables, era ella, pero claramente no iba a reconocer que había hecho nada malo. Ignoré aquella pregunta y seguí con mi discurso.

— ¿Qué piensas hacer? ¿Vivir aquí para siempre hasta que algún día, que probablemente nunca llegue, pase algo? — conseguí que me mirase.

—Sé que puede pasar algo, sé que lo puedo conseguir.

—Marta, te aseguro que no, no te quiero y ya... Con todo lo que has hecho, te aseguro que ni me gustas.

—En el fondo hay algo, lo sé — insistía.

—No hay nada, no sé en qué idioma decírtelo, no te quiero — repetí — y en el caso de que hubiese algo, te lo has cargado con esta actitud.

—No he hecho nada.

Seguía insistiendo. Ella no había hecho nada malo y todas sus acciones estaban justificadas bajo la palabra amor.

—Te has metido en mi casa, a acosarme, a quitarme mi espacio. ¿Crees que puedo quererte así?

—No he tenido más remedio... Pero te he demostrado que quiero estar contigo.

— ¿Esa es manera de demostrar algo? Hacer todo esto ha conseguido que me aleje de ti totalmente.

Se quedó sentada y no volvió a decir nada más en un buen rato. Había tenido una conversación igual que si me hubiese puesto a hablar con la pared. Tenía la esperanza de conseguir algo, pero no parecía que fuese a suceder.

— ¿No piensas decir nada? – pregunté.

—No entiendes nada de lo que digo, ¿para qué voy a hablar más?

—Marta... Quiero que te vayas de mi casa y no te lo voy a pedir más.

— ¿Me estás echando? – preguntó ofendida.

—Sí – afirmé tajantemente.

— ¿Y si no quiero?

—Vas a obligarme a echarte de aquí, así que tú eliges la manera, o te vas sola o te echo yo a la fuerza.

— ¿Vas a pegarme o algo por el estilo?

—No, pero te aseguro que con lo poco que comes y lo fuerte que soy, te puedo levantar con un solo dedo – respondí sonriendo desafiante.

Marta se levantó y se fue a la habitación, cerrando la puerta fuertemente. Todo eso me alteró aún más y no pude detenerme. Me levanté y fui tras ella, decidido a echarla de mi casa. Se me había acabado la paciencia y no iba a pasar un día más obligado a estar con ella en el mismo lugar.

Abrí la puerta, cogí la ropa que tenía por allí encima y se la tiré por la ventana. La cara de Marta era todo un poema, jamás se hubiese esperado que yo actuara así y me gustaba que supiera que el control lo tenía yo.

— ¿Qué haces? ¿Estás loco? – me gritó.

—Te he dicho que te largues de mi casa, Marta, es la última vez que te lo digo.

— ¡Estás enfermo! ¡Has tirado mi ropa!

—Voy a contar

hasta 3 para que recojas lo demás y salgas de aquí.

Marta se puso desafiante y comenzó a mirarme con odio. Podía acabar contando hasta 20 que iba a seguir allí sin moverse. Era demasiado orgullosa para hacer lo que le pedía y no tenía más remedio que actuar.

Cogí el resto de sus cosas y las metí en una maleta que tenía por allí. La cerré mientras pude, a la vez que Marta seguía insultándome de las peores maneras posibles. Sin pensarlo, la cogí por el brazo a la vez que cargaba la maleta en la otra mano y la llevé hasta la puerta de casa.

— ¡Me estás haciendo daño, suéltame! – gritaba Marta.

—Te he pedido mil veces que te vayas – dije tranquilamente.

— ¡Suéltame!

—Te suelto si te vas y dejas de gritar como una loca.

— ¡Suéltame! – repetía.

—No me dejas remedio, no quiero ser así, Marta – mantenía la paciencia y no alzaba la voz.

—Está bien – se soltó –, ya me voy yo sola, no me toques.

La solté del brazo y dejé la maleta en el suelo. Habíamos llegado a un extremo en el que nos habíamos faltado demasiado el respeto y no tenía sentido que siguiéramos así. Marta había cruzado la línea demasiadas veces y me vi obligado a actuar de esa manera, aunque estaba en contra de mis principios.

—No quiero acabar así... – dijo a la vez que le abría la puerta.

Se le veía derrotada, como si por fin hubiese entendido que se había acabado todo.

- Yo tampoco, Marta, y puede ser que con el tiempo olvidemos todo esto
- me daba lástima a lo que habíamos llegado.

Mata cogió la maleta y salió de casa sin decir nada más.

- Espero que te vaya bien — era sincero.
- ¿Puedo darte un abrazo, aunque sea?
- Sí... Claro que sí — nunca quise hacerle daño.

Me acerqué a ella y la abracé. Habíamos podido seguir siendo los mejores amigos del mundo, pero todo eso se había deteriorado bastante. Si un solo abrazo podía arreglar algo, no me importaba dárselo.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero decidí que ya había sido suficiente. Marta se separó un poco de mí y me dio un beso en los labios. No esperaba para nada que hiciese eso después de lo que había pasado, así que me retiré.

- No es buen momento, Marta.
- Solo uno, por favor — me pidió.
- No... Marta... no está bien.
- Solo uno, te lo prometo.

Se volvió a acercar y no entendí por qué dejé que volviese a hacerlo. Marta se acercó lentamente a mi boca y yo me quedé ahí parado, sin hacer nada. No sentía ni lo más mínimo al tenerla tan cerca y allí, pegada a mí, simplemente me daba igual.

Me separé lentamente de ella y escuché un ruido al final del pasillo. Giré la cabeza rápidamente y mi corazón dio un vuelco. Podía haber imaginado que allí se encontraba cualquier persona menos Rose. Me quedé

completamente petrificado mientras me miraba a los ojos con rabia.

Se había quedado allí de pie sujetando una pancarta que ponía: “Sorpresa, he vuelto”. Pensaba que aquellas cosas solo pasaban en las películas y que era imposible que ese tipo de coincidencias se dieran, tocándome a mí en el peor de los momentos. Intenté decirle algo, pero no alcancé a reaccionar y ella se dio la vuelta rápidamente.

Cuando logré que mi cuerpo respondiese ante lo que acababa de pasar, salí corriendo a buscarla, pero Rose ya se había marchado. Pude ver que un taxi se alejaba por la calle e intuí que iría ahí montada. Me quedé completamente devastado en mitad de la calle, mi vida se había arruinado por completo.

Capítulo XXV

Pasé toda la tarde tumbado en el sofá de casa sin saber bien qué hacer. No me había enfrentado nunca a este tipo de situaciones y tampoco supe cómo actuar. La llamé como unas 50 veces tanto al número que usaba cuando estaba aquí como al que usaba en su país, pero no obtuve ningún tipo de respuesta. ¿Qué más podía hacer?

Me la imaginaba maldiciéndome sin parar y arrepentida de haber hecho el esfuerzo de venir. Me había advertido que aparecería en cualquier momento y no hubo peor que ese. Marta no tuvo que hacer mucho esfuerzo en joderme la vida, las cosas finalmente pasaron solas.

Al menos estaba contento de que Marta se hubiese ido de mi vida. La última vez que la vi, me dedicó una sonrisa extraña, como si estuviera orgullosa de lo que había pasado. Pudo ver cómo Rose nos miraba y se iba, así que estaba seguro de que, de alguna u otra manera, sentía que había conseguido lo que quería, pero eso ya me daba igual. Tuve que actuar mucho antes y dejarle las cosas claras, no haber sido un cobarde y aceptar todo lo que Marta quería hacer.

El timbre sonó y me levanté corriendo a abrir la puerta. De algún modo albergaba algo de esperanza en mi interior. Quizás si Rose me daba la oportunidad, podría defenderme y al menos explicarle mi versión de los hechos. Pero la cara que había al otro lado de la puerta no era de quien quería, sino la de Jorge.

—Ah... Eres tú – dije con mala gana.

—No te alegres tanto...

Dejé la puerta abierta y me tiré de nuevo en el sofá. Explicarle a Jorge todo lo que pasó, me daba una pereza increíble y prefería no hablar con nadie.

—Entonces... ¿Qué tal? – dijo sentándose a mi lado.

—Pues....

—Sé todo – dijo directamente –, Marta me llamó.

—Le ha faltado el tiempo para ir a contar su victoria.

—No te voy a mentir, se le notaba contenta, pero sé que tú no estarías tanto, por eso he venido.

De algún modo agradecía la visita, aunque quisiese estar solo. Jorge había demostrado ser un buen amigo y al menos tenía que cambiar la actitud tan antipática que tenía. No es que fuese a ser el hombre más feliz del mundo, porque no podía, pero al menos tener la decencia de contestarle bien.

—Te lo agradezco – respondí.

Jorge se quedó mirándome un buen rato, sintiendo pena por mí. Siempre fui un hombre fuerte que se reía de la ida y hacía lo que le daba la gana, en realidad, daba lástima verme así de derrotado. Nunca imaginé que las cosas se dieran tanto la vuelta y que ahora fuese la vida quien se reía de mí.

—Vístete – propuso.

—Estoy vestido... – respondí.

—Ya sabes a lo que me refiero... ponte guapo, vamos a salir.

Levanté la cabeza para poder mirarlo a los ojos y mi mirada lo decía todo. ¿Quién tendría ganas de salir después de todo lo que había pasado?

— ¿En serio?

—Vamos, Daniel, ¿qué vas a conseguir aquí? ¡Vamos! – insistía.

—No pienso salir, Jorge — volví a tumbar mi cabeza en el sofá.

Se levantó y pensé que iba a irse de casa, pero no fue así. Oí como iba hacia mi habitación. No tenía ni idea de qué pensaba hacer allí, aunque lo pude comprobar pronto. Apareció con varias camisas y pantalones de los que solía usar para salir de fiesta.

— ¿Cuál te vas a poner?

—Te he dicho que no voy a salir.

—Y yo no me voy a mover de aquí hasta que lo consiga, así que tú verás.

—Haz lo que quieras.

Le di la espalda para que me dejase tranquilo. Jorge empezó a cantar, a hablar solo y a hacer toda clase de cosas para conseguir desesperarme. La primera media hora en la que no había dejado de hacer ruido insoportable, me aguanté, no quería que ganase, pero me fui desesperando. Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para tener toda la paciencia del mundo y aguantar a Jorge.

— ¡Vete! — dije de mala manera.

—Te he dicho que no, que vamos a salir.

—Te he dicho que no quiero.

—Pues me quedará aquí, no tengo problema.

Empezó de nuevo a cantar canciones en inglés inventadas. Exageraba los tonos altos para sacarme de quicio y lo conseguía perfectamente. Escucharlo cantar una canción tras otra me ponía muy nervioso, era como una auténtica tortura.

—Mmmm, ¿qué canción quieres que cante ahora? — preguntó descaradamente.

— ¡Ninguna!

—Ah, ya sé – me ignoró –, voy a cantar... ¡Canciones infantiles!

Comenzó subiendo cada vez más el tono de voz y riéndose a la vez. Sabía que estaba intentando animarme, pero es que no podía evitar sentirse ridículo, tal y como lo veía yo. Sin querer lo miré y no pude evitar reírme. Era realmente patético verlo allí de pie, cantando tan mal e intentando hacer pasos de baile.

— ¡Te has reído! ¡He ganado!

Cogí uno de los cojines del sofá y se lo tiré. Le di de nuevo la espalda, pero seguía riéndome por aquella escena. Jorge no se merecía que le hablase mal y estaba ahí para apoyarme a pesar de todo. Fui ablandándome y valorando la idea de que, quizás, tomar el aire me vendría bien.

— ¡Vamos! ¡Reconócelo! – dijo mientras seguía cantando – He ganado.

Me resigné un poco y me senté. Lo miré durante unos minutos mientras seguía con su espectáculo y sin decirle nada, comencé a vestirme. Prefería salir que seguir soportando aquella tortura y me daba bastante lástima verlo hacer el ridículo de aquella forma por mí.

—Te advierto – dije mientras terminaba de ponerme la camisa – que voy a tomar algo y vuelvo a casa.

—Tranquilo, solo es dar una vuelta.

—Te conozco... – lo miré desafiante.

—No te digo que, si conozco a alguna, no vaya a quedarme más tiempo – era sincero –, pero tú puedes irte cuando quieras.

—Más te vale no liarme mucho.

Cogí las llaves del coche, la cartera y salimos de casa. No sabía qué

rumbo íbamos a coger o si aquella salida iba a animarme, pero ya me había decidido. Tomar algo pro ahí y hablar con más gente seguramente me distraería bastante y podría pensar mejor las cosas.

La situación con Rose sucedió aquel mismo día y estaba en caliente. Me estaba dejando llevar por la negatividad y necesitaba airear mi cabeza para ver las cosas desde otra perspectiva. De alguna manera aquello no podía ser mi final con Rose, las cosas no podían terminar tan fácilmente.

Capítulo XXVI

Jorge me llevó a uno de los bares nuevos que se encontraba en el centro. Hacía tiempo que no salía por ahí y me había perdido un poco las novedades. El local no era muy diferente a los de siempre: muchas bebidas alcohólicas, grifos de cerveza que no paran de funcionar, decoración más o menos simple y muchas mesas llenas de gente contenta.

Daba igual el día de la semana que fuese o si la gente tenía que trabajar, aquellos sitios siempre estaban hasta arriba. El ambiente en conjunto con la música de fondo era bastante agradable y me alegré de estar allí. Todo aquello me podía distraer bastante de lo que había vivido y podía pasar un buen rato bien acompañado.

Jorge y yo nos sentamos en la barra y le pedimos un par de bebidas alcohólicas a la camarera. No me extrañaba nada que Jorge le sonriera intentando atraer su atención, lo cierto es que era una mujer demasiado guapa. No solo por tener un cuerpo de infarto bien proporcionado, también porque aquellos ojos azules, en contraste con su pelo negro largo y aquella nariz pequeña le quedaban bastante bien.

No tardó casi nada en traernos las copas y ponernos una linda sonrisa. En otro momento son hubiera dudado ni lo más mínimo en pensar alguna estrategia para conseguir su número de teléfono, pero yo había quedado fuera de juego hacía mucho tiempo.

—Odio venir contigo a los sitios — dijo Jorge medio en broma.

—No entiendo... ¿Qué quieres decir?

—No ha parado de mirarte — me señaló con la mirada a la camarera.

— ¿Ella? Para nada... No veas pajaritos donde no los hay...

—Conozco a Laura desde hace algún tiempo, sé cómo actúa y le van los hombres como tú.

— ¿Laura? Puedes quedártela – respondí indiferente.

—Eres tú quien tiene que pasárselo bien y a ella le gusta cazar a su presa.

Intenté evitar el tema, pero lo cierto era que me había dado cuenta. Yo también conocía bastante a las mujeres y sabía diferenciar perfectamente cuándo me sonreían por cortesía y cuándo no. Laura me había dejado bastante claro el coqueteo, pero no podía seguirle la corriente. Tenía que ser fuerte y no dejarme llevar por la derrota con Rose.

— ¡Laura! – Jorge comenzó a llamar a aquella chica.

— ¿Qué haces? ¿Para qué llamas?

—Necesitas una buena dosis de energía, déjate llevar.

No me dio tiempo a responder cuando la chica ya se había acercado a nosotros dos. Traía la sonrisa que me había gustado tanto y me pareció bastante interesante. A pesar de tener bastante trabajo que hacer, se apoyó en la barra dispuesta a mantener una conversación con nosotros.

—Te presento a mi amigo Daniel – dijo Jorge rápidamente.

— ¿El famoso Daniel? Encantada – se acercó y me dio un par de besos.

—Igualmente – respondí enseguida.

Me chocó un poco que dijera que era famoso, pero no me extrañaba para nada. Jorge siempre iba contándole todo a la gente y sobre todo si eran historias como las que yo estaba viviendo. Laura me conocía por todo lo que había hablado él y tenía más información de mí de la que yo pensaba.

Jorge se levantó sin dar tiempo a nada, cogió su copa y se fue a saludar a

unas conocidas que estaban sentadas por allí, dejándome solo. Me sentía un poco incómodo delante de Laura, pero no quería ser antipático con ella.

— ¿Mucho trabajo? — pregunté.

—Sí, pero con hombres como tú se me hace mucho mejor — respondió sonriendo.

—Seguro que eso se lo dices a todos.

—Puede ser... Pero solo a los que me interesan a primera vista, como tú.

No se iba a andar con rodeos y conocía bastante a ese tipo de mujer. Me recordaba a mí, directa y clara. Tenía claro que, si me daba la gana, podía tenerla en mi cama aquella misma noche y que se iría de mi casa sin más explicaciones. Esas eran las mujeres que me gustaban antes, las que iban al grano, dejando claro que lo único que buscaban era diversión.

—Seguramente andas ocupada quitándotelos de encima — respondí.

—Solo a los que me molestan y ese no es tu caso — se acercó más.

Me sentía un poco incómodo, pero sabía manejar bien aquellas situaciones. Me sentía derrotado por lo que había pasado con Rose y como sentía que la había perdido, algo dentro de mí me decía que no era mala idea disfrutar un rato. Quizás Laura podía quitarme las penas y hacerme olvidar lo que había pasado rápidamente.

Siempre había sido un mujeriego y era complicado deshacerse de esa parte cuando te ponían la bandeja por delante. Con su forma de hablar y de mover el cuerpo, Laura me estaba dejando claro que estaba dispuesta a pasar un rato conmigo y no dudaba en decirlo directamente.

—Ya casi termino mi turno... ¿Qué tal si me esperas? — propuso de

buenas a primeras.

— ¿Estás segura? Apenas me conoces...

— Jorge me ha hablado mucho de ti, pero nunca me dijo que eras tan guapo.

— Gracias... No sé qué decir...

— ¿Qué tal si solo aceptas y nos tomamos algo?

— Estoy con Jorge... No quiero irme y dejarlo aquí...

— Tranquilo, te acompaño aquí mismo, no hace falta que salgamos.

— ¿Segura? Es tu lugar de trabajo.

— Una vez que termino, soy un cliente más – respondió –, además, me sale gratis.

— Está bien... Como prefieras.

— Ya después vemos dónde podemos ir y... Pasarle mejor – me guiñó un ojo.

Laura me dedicó una última sonrisa y no tardó mucho tiempo en quitarse el delantal y sentarse allí conmigo. Ella misma traía una copa que se acababa de servir y venía sonriendo. Tenía un rostro bastante angelical e inocente, pero me había demostrado que no era para así. No había dudado ni un momento en proponerme pasar el rato y las sonrisas que me dedicaba pedían a gritos más cosas que una simple conversación.

Al tenerla tan cerca de mí y sabiendo que lo que nos quedaba era terminar en la cama aquella misma noche, algo en mí empezó a decirme que me equivocaba. Me había enfrentado a ese tipo de mujer durante muchos años y no hacía falta que le diese mucha conversación para acabar entre sus piernas.

La cara de Rose empezó a venir a mi mente una y otra vez sin parar,

como una señal. Esa misma noche había salido con mi amigo Jorge y estaba sentado al lado de una mujer explosiva. Se suponía que me había puesto otras cosas en mi vida y tenía que luchar por ello.

- Perdona, me tengo que ir – me puse de pie.
- ¿Adónde vas? – preguntó extrañada.
- Lo siento, tengo cosas que hacer.
- Quédate – me cogió por el brazo e insistió.
- Ya te he dicho que no – respondí bruscamente.

Salí rápidamente del local dispuesto a volver a casa. Pensaba buscar el vuelo y hotel más cercano y barato que hubiese para ir a buscar a Rose. No tenía trabajo y mi dinero escaseaba, pero me daba exactamente igual, no pensaba quedarme allí cruzado de brazos.

Cogería algo de ropa y me iría sin pensarlo mucho más tiempo al aeropuerto. Rose podía gritarme y decirme que no quería estar más conmigo, pero no me podía quedar sin luchar por ello. La vida de mujeriego que había llevado siempre estaba ahí, pero la verdadera felicidad podía tenerla si le echaba un poco de carácter a la vida.

Capítulo XXVII

Después de pasarme la noche en casa buscando vuelos que pudiese comprar y algún que otro hotel donde alojarme, hice una pequeña maleta. Me rondaba la idea de que quizás Rose siguiera en el país, pero había venido a verme y tenía a su padre enfermo, seguramente volvió el mismo día.

Apenas sabía nada del pueblo donde vivía, pero me daba igual. No tenía ni idea de cuál era su dirección o dónde podía estar hospitalizado su padre, pero tenía todo el tiempo del mundo. Me gasté todos mis ahorros en aquel viaje y no pensaba volver hasta que no la recuperase o, al menos, lo intentase.

Gracias a mi interés por el inglés y el tiempo que había pasado con Rose me sentía con fuerzas para defenderme. No iba a mantener una conversación fluida con la gente, pero con que me diera pistas de dónde encontrar a Rose me bastaba. Según me había contado, su pueblo no era excesivamente grande, así que seguramente daba con alguien que la conociese.

No tenía mucha información, pero me parecía recordar que el padre había tenido durante muchos años una farmacia. Imaginaba que no existían miles de farmacias en aquel lugar y que, si estuvo trabajando allí toda la vida, sería muy posible que casi todo el mundo conociese a su familia.

Salí de casa y cuando estaba echando la llave, Jorge apareció. Llevaba la misma ropa que la noche anterior, dejándome entender que no había dormido. Venía con una sonrisa de oreja a oreja, seguramente la noche le fue bien.

—He estado buscándote toda la noche — parecía que había bebido

bastante.

—Jorge, me fui temprano, no has buscado muy bien.

— ¡Te he buscado toda la noche! — no soportaba cuando se ponía así.

—Vale — le di la razón.

— ¿Adónde vas? — señaló mi maleta mientras se acercaba.

—Voy a buscar a Rose.

— ¿Quién demonios es Rose? — no sabía ni en qué mundo vivía. —Rose, la chica inglesa, la conoces.

— ¡Estás loco! — alzó la voz.

—Jorge... Estás borracho... ¿A qué has venido?

—Estoy buscándote, Daniel, estoy buscándote —apestaba a alcohol.

No disponía de tiempo para hablar con borrachos. Mi vuelo salía pronto y al llegar tenía que coger un autobús que me llevase a donde vivía Rose. No podía perder ni el billete de avión ni el del bus, así que decidí convencerlo de que se quedara en mi casa y descansase.

— ¿Por qué no te quedas a dormir? — abrí la puerta de nuevo.

—Estoy buscándote... Volvamos a la fiesta — repetía.

—Que sí, Jorge, que sí....

¿Por qué me tenía que tocar aquel espectáculo? Lo cogí por el brazo y lo obligué a entrar en casa mientras seguía diciendo lo mismo una y otra vez. Le seguí la corriente diciéndole que volvería pronto y nos iríamos de fiesta y rápidamente lo dejé tirado en el sofá. No servía de nada que le contase mis planes y me pusiese a discutir con él, no entraba en razones cuando estaba ebrio. Aquel hombre ya no podía levantar la cabeza, estaba hecho un completo desastre.

— ¡Vuelve aquí! – gritaba.

— Jorge, ya voy a volver, voy por unas cervezas y seguimos con la fiesta.

— ¡Mentira! Vas por esa inglesa que no sirve para nada.

— Voy a ir por unas cervezas – insistí –, ¿me esperas aquí?

Salí a toda prisa hacia el aeropuerto. El taxista se comportó bastante bien conmigo y apenas tardamos media hora en estar allí. Me dirigí rápidamente hacia los controles de seguridad y comencé a esperar la cola. Cada minuto que pasaba me desesperaba aún más, sentía que no me iba a dar tiempo a montarme en aquel avión.

Me acerqué a uno de los chicos de seguridad que ayudaba al resto a colocar las cosas en sus bandejas. Necesitaba conseguir darle pena para que me dejara pasar rápido y poder conseguir montarme en aquel vuelo.

— ¿Perdona?

— A la cola – dijo sin levantar la mirada.

— Ya, pero es que...

— A la cola – no me dejó terminar la frase.

— ¿Puedo hacerle una pregunta?

— Cuando sea su turno – me miró y volvió a lo suyo.

Respiré profundamente y me resigné a volver a la cola. Aquel hombre no tenía un buen día o simplemente era así de antipático. Cuando estaba dispuesto a darme la vuelta, una señora mayor que estaba la primera en la cola llamó mi atención. Pensé que no se refería a mí, pero comenzó a llamarme una y otra vez hasta que la miré.

— ¿Me llamas a mí? – pregunté.

— Sí, ¿tienes algún problema? – se había interesado por mí.

—No, solo que mi vuelo es pronto y... No quieren darme prioridad.

—Pasa, yo te dejo – dijo firmemente.

— ¿Estás segura?

—Venga, rápido, antes de que me arrepienta.

Sin dudarle un momento, me puse delante de ella. Oí cómo los de atrás empezaban a protestar, pero ella pasaba de los comentarios y yo actué igual. Le agradecí enormemente que me hubiese dejado pasar y le di un abrazo, aunque no la conociese de nada. Aquella señora me había hecho un gran favor y no tenía cómo pagarle.

Pase todo muy rápido y, sin darme apenas cuenta, estaba sentado dentro del avión. Todo había sucedido rapidísimo, pero la sensación de alivio era muy gratificante. No tenía apenas nada de dinero y perder el vuelo podía haber sido lo peor. Me habría quedado sin la oportunidad de buscar a Rose y de intentar que sucediese un milagro.

Aquel avión comenzó a despegar e intenté acomodarme y descansar todo el trayecto. Lo que me esperaba de ahí en adelante requería mucha fuerza y concentración mental. Hacer cambiar de opinión a una mujer, que además había visto todo con sus propios ojos, era misión imposible.

Capítulo XXVIII

Después de aquel vuelo, que estuvo bastante movido, busqué el bus que me llevaba al pueblo de Rose. No fue nada fácil hacerme entender y conseguir llegar a mi destino, pero pude lograrlo. Gracias a toda la tecnología de la que disponemos hoy y a los mapas virtuales, pude llegar a mi destino final.

No me imaginaba que aquel lugar fuese así, pero desde que me bajé de aquel bus quedé impresionado. El verde predominaba por todos lados y se podía respirar paz y tranquilidad. Empecé a caminar buscando la dirección del hotel y no podía dejar de mirar a todos sitios.

Las casitas eran casi todas del mismo estilo, creando una armonía increíble. Se notaba que aquel lugar no era excesivamente grande y que la gente vivía bastante tranquila. Podía observar cómo se reunían las personas mayores en los parques y los niños jugaban tranquilamente en la calle. Era una imagen totalmente alejada de la ciudad donde siempre había vivido.

Allí todo el mundo hacía su vida y apenas conocíamos a la persona que teníamos al lado. Las grandes ciudades desconectaban a la gente y ver aquella paz y unidad me pareció muy bonito. No entendía cómo Rose quería escapar de todo aquello, me era imposible de concebir.

Apenas tuve que andar unos metros y llegué al hotel donde iba a quedarme los próximos días. Dudé un poco antes de entrar porque la estética de fuera no tenía la pinta de hotel que solemos tener en la cabeza, pero el cartel lo decía bien claro. Más que hotel me parecía un hostel, pero ya estaba allí y no podía ponerme quisquilloso.

Me acerqué a la recepción y me saludó un hombre mayor. Tenía todo el pelo canoso, incluida la barba larga que llevaba y era un poco regordete, por no decir bastante. Pensaba encontrarme con la típica chica joven sonriente, pero no fue así. Aquel señor estaba uniformado y parecía que era el que atendía a los clientes. Sonreí de una vez e intenté hablar buscando las palabras correctas en inglés.

—No preocuparte, hablo español – dijo de una vez.

— ¿Cómo has sabido mi idioma? – pregunté.

—El acento que ponéis, inconfundible – sonrió

Me sentí bastante aliviado. No hablaba con mucha soltura y apenas podía conectar unas palabras, pero era suficiente para entendernos. Tenía muchas cosas que enfrentar y todas las facilidades que se pusieran a mi alcance, me hacían sentir mejor. Le di inmediatamente todos los datos de mi reserva y me atendió de la mejor manera posible.

—Acompañarme hasta arriba, Mr. Daniel.

Me hacía bastante gracia que hablara a veces como el típico indio que veíamos en las películas. Sin dudarlo, lo seguí por las escaleras hasta la puerta de mi habitación. Aquel sitio parecía bastante pequeño y seguramente no se alojaban muchos turistas durante el año. Apenas pude observar unas 5 o 6 habitaciones sin contar la mía.

Cuando abrió la habitación, me quedé completamente encantado. Tenía una cama bastante grande en la mitad, encima de una alfombra gigante y toda clase de comodidades. Las vistas hacia el exterior no podían ser mejores y el baño parecía de mucha más calidad que el de mi propia casa. Había tenido miedo de pagar porque no aparecían fotos en internet, pero no tuve dudas de que había acertado de pleno.

—Cualquier cosa necesites, llámame – dijo antes de salir de allí –. Por cierto, soy Charles.

Me despedí cordialmente, me senté en la cama y me dediqué a descansar un rato mientras pensaba qué iba a hacer. El paso más importante ya lo había hecho, estaba allí. Parecía un lugar pequeño, así que tenía claro que, si me dedicaba a preguntar, la encontraría fácilmente. Se podía dar la situación de hasta encontrármela casualmente por la calle, no iba a irme de allí sin verla.

Observé que empezaba a anochecer pronto y empecé a barajar la posibilidad de quedarme en el hotel por aquella noche. Seguramente aquel lugar no tenía mucha vida de noche y todo era bastante desconocido para andar por ahí. Quizás de día podía guiarme bien o encontrarme a gente a quien preguntar, pero de noche podía encontrarme solo y que me fuese difícil regresar al hotel.

Me dediqué a preparar un baño relajante cuando mi móvil comenzó a sonar. Era Jorge, seguramente ya se había despertado de su borrachera y quería pedirme explicaciones. Preferí no cogérselo, pues no sabía si las llamadas internacionales me iban a salir demasiado caras, pero insistió tanto que no tuve más remedio.

—Jorge, no puedo hablar – respondí sin saludar.

— ¿Dónde estás? – preguntó.

—Lejos – me limité a responder.

—Has ido por Rose, me lo dijiste esta mañana.

—Sí, pero estabas tan borracho que era mejor no contarte a fondo.

—Y... ¿Cómo ha ido todo?

—Acabo de llegar al hotel, no me ha dado tiempo a nada.

Aunque hubiese pasado algo, tampoco tenía muchas ganas de contárselo. Estaba en plena resaca y me parecía que iba a tener el mismo entendimiento que estando borracho. Jorge era un muy buen amigo, pero en esas circunstancias era mejor no contar con él.

— ¿Cuánto tiempo vas a estar? — preguntó.

—No lo sé... Hasta que la encuentre...

—Me parece que no lo has hecho bien... Irte así, a lo loco... A buscar una chica que no conoces de mucho...

—No estoy aquí para que me juzgues, Jorge.

—Pero es que tengo que ser sincero, si no, no sería tu amigo.

—Pues ahora no me sirve para nada tu sinceridad, necesito pensar en positivo.

—No sé, Daniel, de todos modos, cuando veas que has ido a hacer el tonto, aquí hay muchas que te esperan para quitarte las penas.

—Si me vas a llamar para estas cosas, mejor no lo hagas — dije tajantemente.

—Haz lo que quieras, de todos modos, tengo que estar aquí, aguantando tus tonterías.

Pasaba por completo de escuchar una sola palabra más de Jorge. Desde que descolgué el móvil supe que no me iba a gustar la conversación, tenía que haber dejado aquel aparato sonando y sonando hasta que se cansase.

— ¿Algo más, Jorge? — había tomado una actitud borde.

—Eh... Sí... ¿Qué demonios hago en tu casa?

—En fin, hablamos en otro momento.

Colgué inmediatamente y regresé al baño a tiempo de que el agua no se

desbordarse. Sin pensármelo dos veces, me desnudé y me metí en aquella bañera caliente llena de espuma y me dediqué a relajarme. No iba a ponerme a pensar lo que tenía que decirle a Rose porque no sabía cuál iba a ser su reacción, pero sí podía poner en orden mis ideas.

Que le ocultara lo de Marta y se encontrase aquello no tenía justificación, pero necesitaba defenderme. Hice todo aquello para evitar conflictos y que desconfiase de mí, pero tenía que quitarme de una vez la careta de inocente y mostrarle mi verdadero yo.

Por más que ya no quisiese ser el mismo hombre de antes tenía que desvelarle mi pasado y esperar que me aceptase con mis nuevas metas. Podía decidir si quería confiar en mí o no, pero no me podía quedar con las ganas de intentarlo.

Capítulo XXIX

Mi plan no estaba surtiendo efecto. Llevaba un par de días paseando por aquel lugar con la esperanza de encontrar a Rose por casualidad. Salía bien temprano y me dedicaba a conocer aquel sitio que cada día me parecía más bonito. Las calles estaban completamente limpias y las casas parecían de película.

Al fondo del pueblo se podía observar una especie de castillo que le terminaba de dar un toque especial a todo aquel ambiente. La gente solía mirarme bastante porque imaginaba que no estaban acostumbrados a ver gente como yo y me daban a entender que se habían percatado de mi presencia. Casi todos eran bastantes blancos y rubios, al contrario que yo.

Decidí entrar en una cafetería a tomar algo y para descansar un rato. Su aspecto exterior era bastante parecido a la estética que se manejaba en aquel lugar, pero por dentro era completamente diferente. Se notaba que a los dueños les gustaba mucho el rock and roll. Parecía que estabas en una típica cafetería de Estados Unidos y no combinaba nada con el exterior.

Observé que había bastante gente de mi edad tomando una especie de merienda. Por supuesto el té no faltaba en ninguna de las mesas, era parte de su cultura e imposible de arrancar. No podía dejar de mirar a la gente esperando ver la única cara conocida que me interesaba, pero no tuve suerte.

Rose no se encontraba por aquel lugar. No me hubiese sorprendido encontrármela porque uno de sus hobbies favoritos, cuando vivía en mi ciudad al menos, era ir a la cafetería inglesa para estar con sus amigos. Imaginaba que aquella costumbre no la había adoptado junto con el cambio, seguramente la traería desde casa.

Decidí sentarme en una de las mesas del fondo para no parecer un marginado social. Era la primera vez que iba a algún sitio a tomarme algo solo y de alguna manera no terminaba de sentirme bien. No quería que la gente me mirase y pensase que era algún psicópata o algo así.

El camarero llegó y le pedí un té acompañado de un cupcake de zanahoria. Aquellas mini magdalenas de colores estaban muy de moda en el mundo y sobre todo allí. La vitrina estaba llena de aquellas cosas de todos los sabores y era imposible no antojarse de ninguno. Llevaba tiempo sin ir a hacer ejercicio y comiendo lo que me daba la gana, pero al fin y al cabo era un hombre y un par de kilos de más tampoco me iban a dejar fuera de juego.

Me dediqué un buen rato a disfrutar de aquella merienda y a observar al resto de la gente. El ambiente que se respiraba ya lo había vivido cuando acompañaba a Rose a tomar té y me gustaba bastante. Era muy diferente al ambiente al que estaba habituado con mis amigos y empezaba a acostumbrarme a eso.

Se notaba que la amistad que los unía era limpia y no tan sucia como la que siempre llevábamos a cabo Jorge, mis amigos y yo. Siempre estaba el típico chico malote que se cree que se va a comer el mundo, pero, por lo general, a la hora de ligar con las chicas, eran mucho más delicados que nosotros y se notaba.

— ¿Más? — el camarero apareció sin darme cuenta y me preguntó.

— ¿Perdona? — no entendía a qué se refería.

— ¿Más? ¿Té? ¿Cupcake?

—Ah, no... Así está bien.

Recogió los restos de mi merienda haciéndome sentir más incómodo. Ya de por sí estaba sentado solo mientras los demás compartían con sus amigos y

me había dejado con la mesa completamente limpia, haciéndome parecer un completo loco. Quizás en su cultura era normal ir a tomarse algo solo y nadie me miraba, pero yo me sentía mal.

Cogí mi chaqueta y me levanté para marcharme. Por suerte, antes de moverme del sitio, alcé la vista y pude ver cómo Rose entraba en aquel lugar acompañada de un par de amigos. El miedo se apoderó de mí y volví a sentarme para que no me viese.

Sabía que había ido a enfrentar a Rose y a darle explicaciones, pero no fui capaz en ese momento. Me quedé observando cómo se sentaba en una mesa cerca de la puerta y ordenaban al camarero. En cualquier momento podía darse la vuelta y ver que yo estaba ahí; necesitaba tiempo para pensar qué iba a hacer.

Llamé con la mano de nuevo al camarero y ordené otro té para poder pensar. Había hecho aquel viaje para hablar y tenía que hacerlo, solo que encontrarme a la mujer que quería me imponía un poco. No iba a reaccionar abrazándome como en las películas ni mucho menos, pero quería que supiese que estaba ahí por ella.

Me armé de valor, respiré fuerte, terminé de tomarme el té de un trago y me dirigí hacia la mesa donde se encontraba Rose. Estaba de espaldas hablando con sus amigos y no me vio llegar, aunque uno de ellos le hizo señas con los ojos para que se diese la vuelta.

Rose terminó de girar la cabeza y cuando sus ojos se cruzaron con los míos, no pudo evitar dar un pequeño grito. Siempre lo hacía cuando algo la cogía de sorpresa o no se lo esperaba, y estaba seguro de que a la última persona que esperaba ver allí, era a mí.

— ¿Daniel? — dijo sorprendida.

—Hola, Rose – respondí.

Se levantó de su asiento con los ojos completamente abiertos y me cogió de la mano para sacarme de la cafetería. Se notaba que estaba muy nerviosa y que no esperaba verme por nada del mundo. Sin decir mucho más, dejé que me guiara, prefería muchísimo más poder estar a solas con ella que hablar delante de todo el mundo.

— ¿Qué haces aquí? – dijo casi histérica.

—He venido a buscarte.

— ¿Estás loco? – no daba crédito.

—Sí, y es por eso por lo que estoy aquí... Necesito que hablemos.

—No tengo nada que hablar contigo, Daniel, lo que vi fue suficiente – estaba muy indignada.

—Sé lo que viste y las cosas no son como parecen, necesito hablar.

— ¿En tu país es normal ir besando a tus primas en la boca?

— ¡Marta no es mi prima! – me liberé un poco al decir eso – Me chantajeaba y no quise que estorbara entre nosotros.

Rose se quedó mirándome y parecía que estaba más decepcionada aún. Por su rostro tenía claro que nada de lo que le estaba diciendo arreglaría el problema.

—Ahora resulta que eso también es mentira...

—Rose, hablemos más calmados...

— ¡Déjame! ¡Vete! ¡No vuelvas a buscarme!

Me dedicó una mirada de rabia y volvió dentro del local. Estuve tentado de ir detrás de ella, pero entendí que no iba a conseguir nada, además, estaba con amigos y seguramente me buscaría un gran problema. No había elegido

las mejores palabras para explicarle el tema y aparecer de sopetón seguramente la había alterado más de lo normal.

Me fui caminando tranquilamente al hotel para relajarme un poco. Yo también estaba bastante alterado, sobre todo por la impotencia de no poder explicarle bien a Rose las cosas. Sabía que no era plato de buen gusto todo lo que tenía que oír, pero no me había hecho ese viaje por capricho.

Podía tener a la mujer que me diese la gana, pero la única que me importaba era Rose. Consiguió que mirara la vida desde otra perspectiva y que mis metas fuesen algo más que acostarme con una diferente cada día. Ella había venido a cambiar las cosas y no quería irme de allí con las manos vacías.

Capítulo XXX

El encuentro que tuve con Rose en la cafetería apenas me dejó pegar ojo. Se notaba que estaba sorprendida de verme, pero a la vez enfadada, por lo que no me iba a ser muy fácil. No había nada más difícil que enfrentarse a una mujer que se sentía traicionada y dolida por culpa de un hombre.

Siempre había evitado ese tipo de conflictos y prefería que después de estar en mi cama se marchasen. Odiaba los celos y todo tipo de problemas que daban las mujeres, pero en ese caso me tocaba enfrentarme a ellos. Rose había sido muy comprensiva conmigo, pero lo cierto era que le había mentido y jugué a ser quien no era.

Nuestra relación no hubiese dado ningún tipo de paso hacia adelante si me hubiese mostrado como era, Rose no era ese tipo de mujer. Sabía de sobra cuando me enfrentaba a una que era fácil de llevar a la cama y cuando me enfrentaba a alguien que merecía la pena. Ella desde el primer momento se mostró leal y fiel a sus valores, dejando ver qué clase de persona era.

Seguramente se sentía demasiado engañada por mí y bastante estúpida por haber viajado para encontrarse semejante escena. Marta había conseguido todo lo que quería sin planearlo y era de esperar, algún día que otro tenía que explotar la situación. Siempre me había culpado por no actuar antes, pero ya no podía hacer más que intentar arreglar la situación.

Me había planteado volver a aquella cafetería con la esperanza de volver a ver a Rose pronto, pero descarté la idea. No podía perder el tiempo tomando té y esperando que a ella le diese la gana de aparecer por allí. La había encontrado casualmente y estaba seguro de que se lo iba a empezar a pensar dos veces antes de ir y verme de nuevo.

Bajé a la recepción y encontré al viejo Charles sentado mirando un periódico. En otras circunstancias le hubiera sacado conversación preguntándole acerca de las noticias, pero no iba a enterarme de mucho. Necesitaba que pensase que era simpático y que me diese pistas sobre dónde vivía Rose sin parecer un acosador.

—Hace buen tiempo, ¿no?

—Sí, señor — respondió sin más.

Sabía que hablar del tiempo no daba para tener una conversación profunda, pero no se me ocurrió nada más. Me quedé allí con cara de tonto sin saber cómo seguir. Charles no había levantado ni la mirada del periódico para contestarme.

— ¿Qué tal, noticias nuevas? — acabé preguntando.

—Lo mismo de siempre, no nuevo.

—Mmmm, ya... Y ¿qué tal el día? ¿Muchos clientes? — quería seguir hablando.

—La verdad es que no...— me miró — ¿Va a salir a pasear, señor?

—Pues tengo pensado ir a casa de una amiga, pero no sé muy bien dónde vive, no quiero perderme.

No sé cómo se me ocurrió aquello, pero fue la mejor respuesta a aquella pregunta. Sentía que le estaba molestando mientras leía su periódico y que quizás me preguntó si iba a salir para librarse mí, pero me vino como anillo al dedo.

— ¿Quién es su amiga? — preguntó.

—Se llama Rose, es hija de un farmacéutico... Rose... Brown — respondí.

—Ah, la pequeña Rose — dijo inmediatamente — Vive a dos calles de

aquí, sería difícil perderse.

— ¿Solo a dos calles? ¡Qué tonto soy! Me perdería hasta en mi propia casa – respondí poniendo los ojos en blanco.

—Salga y suba dos calles, la primera casa a la izquierda, decorada con enanitos de porcelana en la entrada, no tiene pérdida.

—Gracias, Charles, muchas gracias – dije animado.

No tardé ni 10 minutos en llegar a aquel lugar. Justamente había pasado por esa calle buscando el hotel y me había fijado en la casa que quedaba justo al lado de la de Rose. Era bastante llamativa porque su color era un poco rojo oscuro, destacando bastante de las demás. No tenía ni idea que había estado tan cerca su casa y mucho menos que estuviera a tan poca distancia del hotel.

Me atreví a tocar la puerta de una sola vez y esperé que alguien abriese., pero eso no sucedió. En la casa no había nadie e intuí que pasaba toda la mañana atendiendo a su padre enfermo. No me importaba para nada esperar todo el tiempo que hiciese falta y eso hice.

Me quedé allí, sentado en las escaleras de la entrada, sin pensar en nada más. Rose tendría que llegar en algún momento porque su hermana había accedido a ayudarla y yo estaría ahí para cuando eso pasase. Quería demostrarle que no me iba a rendir y que lucharía por ella hasta donde me dejase.

Las horas pasaron y aunque mi estómago empezaba a rugir de hambre, decidí permanecer allí. Podía haber ido perfectamente al hotel y regresar sabiendo qué casa era, pero el tiempo allí se me acabaría pronto y tenía que aprovecharlo lo mejor que pudiese. Intenté distraerme pensando en canciones y en cómo Rose y yo nos acabaríamos reconciliando.

Cuando menos me di cuenta, una sombra apareció delante de mí. Levanté la mirada y me encontré con los ojos que llevaba buscando todo el día. Rose estaba mirándome, nada contenta y negando con la cabeza como si supiera que no tenía remedio.

—Hola, Rose – saludé.

— ¿Qué haces en la puerta de mi casa?

—Llevo todo el día esperándote... Quiero hablar contigo.

Rose respiró profundamente y volvió a mirarme de nuevo. Sabía que no era nada fácil ni llevadero tener que encontrarme en la puerta de su casa como si fuese un acosador, pero no encontré otra manera.

—Levántate, no quiero que os vecinos piensen mal de ti – dijo rápidamente, mirando en todas direcciones.

—Pero necesito hablar.

Rose pasó por delante de mí, sacó las llaves y abrió la puerta de la entrada sin decirme nada más. Volví a hablarle para que me escuchase, aunque solamente fuesen dos minutos y me invitó a entrar en la casa con resignación, señalándome con la cabeza y sí hablar. Había conseguido mi objetivo, estaba a punto de poder explicarle a Rose con tranquilidad todo lo que había pasado y tenía que aprovechar esa oportunidad al máximo.

Capítulo XXXI

Seguí a Rose por la casa hasta llegar a una cocina bastante amplia. Las casas por fuera eran estrechas y daba la sensación de que las estancias eran pequeñas, pero me quedé bastante sorprendido. Apenas me pude fijar en el pasillo que habíamos recorrido y las habitaciones por las que habíamos pasado, me había dedicado a seguirla y nada más.

Solamente me fijé en una foto gigante que había en mitad del pasillo. En ella posaban sus padres y sus hermanos en la típica foto familiar que todos nos habíamos hecho alguna vez. No alcancé a distinguir cuál de ellas era Rose, se veía que todas se parecían muchísimo entre ellas.

Aquella cocina era igual de blanca que el exterior de las casas. Contaba con dos ventanas grandes que dejaban pasar maravillosamente la luz y los muebles eran de madre. Justo en la mitad había una especie de mesa de madera y un par de sillas en las que invitó a que me sentara.

Rose comenzó a preparar algo caliente sin decir apenas nada. En la pared colgaban algunas estanterías con especias y legumbres, además de un reloj que suponía que había dejado de funcionar hacía mucho tiempo. Al fondo, pude ver una pizarra en la que Rose había dividido las tareas y horarios de cuidado de su padre.

Todo aquel ambiente parecía muy acogedor, pero la actitud de Rose no era la misma. Me había dejado entrar por vergüenza a que los vecinos vieran algún tipo de espectáculo entre ella y yo, así que debía aprovechar bien la oportunidad. No podía actuar como la víctima de la situación porque la haría enfada aún más, tenía que andarme con cuidado

Esperé, de todos modos, allí sentado a que ella terminara de preparar el té. Me fascinaba eso de ella, era incapaz de mantener una conversación o estar con alguien sin mantener aquella costumbre tan arraigada. Nunca me había hecho especial emoción tomar aquello, pero si era con ella no me importaba repetir hasta que me pareciera algo delicioso.

Rose se sentó frente a mí y me sirvió. Seguía callada y apenas me miraba a la cara. Se vio obligada a invitarme a entrar en su casa y tenía que soportar mi presencia, aunque no quisiese. Sabía que en el fondo seguía sintiendo cosas por mí y que, si le demostraba lo necesario, estaríamos juntos.

— ¿A qué has venido, Daniel? — preguntó.

—Solo quiero hablar, quiero que me dejes explicarme.

—Sé todo lo que debo saber, no soy ciega.

—Viste cosas erróneas y es por eso por lo que he hecho este viaje.

—No sé si quiero saber todo... — me miró.

—Al menos, dame la oportunidad de defenderme.

No le quité la mirada y vi cómo asentía con la cabeza, resignada. Me tenía en la cocina de su casa tomando té y no iba a perder nada por oírme hablar un rato.

—Marta siempre fue una amiga, cuando supo de lo nuestro no pudo soportarlo y me chantajeó, así que por eso te dije que era mi prima, no quería que pensases mal.

—Si tan solo ser tu amiga, ¿por qué el chantaje?

— ¿Qué por qué me chantajeó? — no entendí muy bien a pregunta.

—Sí, por qué ganar ella si te hacía chantaje — respondió.

Aquella parte era la más difícil de contestar. Tenía que explicarle por qué Marta pensaba que podía hacer conmigo lo que le diera la gana y por qué tenía miedo de que fuese contándole quien era.

—Rose, yo no soy quien piensas, bueno, mejor dicho, no era...

—Me ha quedado claro – respondió borde.

—Me refiero a mi pasado, al hombre que era antes de conocerte.

—Pues explica – exigió.

—He sido el típico hombre que se acuesta con quien quiere sin dar explicaciones, el típico chico malote que te dio la impresión cuando me conociste.

—Me hiciste creer que me había equivocado.

—Sí, acertaste con la primera impresión y lo cierto es que nunca he tenido novia... Mi vida era esa.

— ¿Y quieres que crea que ya no?

—No quería que tuvieras una mala imagen de mí, por eso lo oculté, pero estoy dispuesto a darlo todo, porque contigo es todo diferente.

— ¿Conmigo es todo diferente? ¿Cuántas veces tú decir eso a todas? – preguntó enfadada.

—Es la primera vez que lo hago, si no, ¿por qué habría hecho este viaje?

—No lo sé... – tomaba su té tratando de asimilar mis palabras.

—Mira, Rose, aquel día echaba a Marta de mi casa porque no quería aceptar lo nuestro y me empezó a acosar... Para evitar conflictos la dejé, pero no soporté más y fue ella quien a última hora se me tiró al cuello, es la única verdad.

— ¿Esperas que crea?

—Es lo que pasó, no quería que te contase cosas malas y acepté que

viniera a casa esperando que se aburriese, pero las cosas fueron más allá de lo que pensaba.

— ¿Cuántas veces te acostaste con ella estando conmigo?

—Ninguna, no pasó nada entre nosotros, no pasó nada.

Rose se quedó en silencio, valorando si de verdad era sincero o no. Podía intuir cómo su mente daba mil vueltas a mis palabras y las meditaba en su interior. No sabía si mis explicaciones habían ido por buen camino, pero ya lo había hecho así.

—Rose... — acabé con aquel silencio — Espero que valores todo lo que estoy haciendo... Si fuese mentira, no estaría aquí, he acabado con todos mis ahorros, no tengo dinero, no tengo trabajo y, sin embargo, estoy aquí...

Levantó la cabeza y se me quedó mirando directamente a los ojos. Por más que intentaba adivinar qué me quería decir con la mirada, no lograba descifrarlo, no sabía si aún seguía enfadada o quizás algo más tranquila después de nuestra conversación.

—Creo... Que voy a necesitar tiempo, Daniel.

—Entiendo — respondí —, sé que no es fácil de digerir y mucho menos que esté aquí y ahora.

—Te pediría que te marchases, por favor.

— ¿Estás segura? Puedo quedarme...

—Sí, estoy segura, necesito pensar y necesito meditar las cosas.

Asentí con la cabeza y me levanté de la silla. Me hubiese gustado tener una conversación más profunda, pero al menos pude aprovechar el tiempo que me concedió para defenderme de la mejor manera posible.

Me acerqué a ella y le di un beso en la frente. Rose no se inmutó, pero

tampoco puso resistencia, así que pude sentirme un poco más cerca de ella. Cogí mi chaqueta, volví a decirle adiós sin obtener mayor respuesta y salí de aquella casa. Me había tocado mover ficha en el juego y lo hice dentro de las posibilidades que tenía.

Me dediqué a caminar hacia el hotel mientras meditaba todo lo que había pasado. Era la primera vez en mi vida que dejaba de lado toda mi vida para ir corriendo detrás de una mujer y le pedía al cielo que no me saliese mal. Sabía que no era lo mejor para Rose, pero tenía claro que ella sí era lo mejor para mi vida.

Capítulo XXXII

Terminé pasando el resto de la tarde tirado en la cama viendo la televisión. No sé en qué momento me pude haber quedado dormido, pero ni cené. Me levanté al día siguiente bastante enérgico y esperanzado. A pesar de que Rose no me había dado una respuesta definitiva, sentía que me había quitado un peso de encima. Le pude decir la verdad sobre lo que había pasado y ya solo me quedaba esperar.

Me puse ropa deportiva y bajé a desayunar al pequeño salón del hotel. Me daba la impresión de que solamente yo me alojaba allí. No me había cruzado con nadie en aquellos días y tampoco había escuchado mucho ruido. Charles se encontraba sirviendo un par de huevos y el olor a zumo de naranja recién exprimido inundaba toda la habitación.

Aquello era bastante sencillo y la decoración no era excesiva. Tenía un par de mesas de madera con cubiertos y vasos, una mesa grande en la que ponía Charles la comida para ser servida y la pared estaba decorada por un par de cuadros del castillo del lugar. El desayuno tampoco era gran cosa y no muy abundante, pero yo necesitaba poco para ir a correr.

—Buenos días – saludé a Charles.

—Good morning, Señor – respondió.

—¿Qué tenemos para hoy? – miré el menú.

—Puede pedir algo que no esté aquí, pero espero que sea suficiente.

—Tranquilo, no puedo llenarme mucho, pienso ir a hacer deporte – dije tocándome la barriga.

—Yo también me cuido bastante – Charles sonrió y tocó su estómago,

bastante voluminoso.

No pude evitar sonreír. Me dispuse a tomar mi desayuno para salir cuanto antes de allí. Necesitaba respirar aire fresco y sentirme diferente. El ejercicio me ayudaba a verlo todo de manera diferente y enfrentarme a la ida con mucha más energía.

Apenas tardé unos 20 minutos en salir de aquel hotel que se había convertido en mi hogar. Comencé a caminar rápido y pronto cogí el ritmo para empezar a correr activamente. El suelo de aquel lugar estaba bien asfaltado y el sol que acompañaba a aquel día hacía todo mucho más agradable. Mirara hacia donde mirara, el verde era el color que predominaba y transmitía una paz insuperable.

No recuerdo bien cuánto tiempo me lleve recorriendo aquellas calles, pero podía haber seguido durante horas. Empezaba a sentirme diferente, vivo, energético. Todo lo que miraba a mí alrededor me gustaba, me transmitía paz, me transmitía alegría.

Decidí volver por la calle donde vivía Rose, solo por mirar su casa. No esperaba para nada encontrármela por allí, pero tuve la suerte de verla al final de la calle con unas bolsas de la compra y hablando con algunos vecinos. Me daba un poco de vergüenza aparecer empapado en sudor, pero no iba a perder la oportunidad de saludarla y sentir que el día había sido de provecho.

Sé que me vio llegar de lejos porque nuestras miradas se cruzaron, pero siguió manteniendo su conversación como si no pasase nada. Bajé el ritmo para recuperar poco a poco la respiración a la vez que me acercaba a ella. No importaba cuántas veces la viese, cada vez que me encontraba con ella, seguía pensando que era la opción correcta

—Hi – saludé al acercarme.

Rose se giró y me dedicó media sonrisa a la vez que sus vecinos, unos señores ya entrados en años, ignoraron mi presencia. Me quedé durante algunos minutos allí, de pie, como un tonto y me alivié bastante cuando oí cómo se despedían. No entendía normalmente lo que hablaban porque a veces adoptaban como un dialecto, así que no podía integrarme en la conversación.

— ¿Te ayudo con las bolsas? – pregunté.

—No, tranquilo, yo puedo.

—Anda, déjame ayudarte.

Le cogí las bolsas, aunque se resistió un poco y le acompañé hasta la puerta de su casa. Quizás tenía suerte y me invitaba a tomar otro té.

—Se me hace raro verte por aquí...

—Pues no me importaría quedarme, me encanta el lugar.

—Te gusta hasta cierto punto, luego es una cárcel.

Rose seguramente tenía algo de razón. El lugar tenía un encanto considerable, pero era bastante pequeño y seguramente con el pasar de los años acababa aburriendo. Imaginaba que todo el mundo sabía de la vida de todo el mundo y que siempre se veían las mismas caras.

— ¿Quieres...? ¿Que tomemos algo? – le propuse.

—La verdad es que ahora tengo que ir a cuidar a mi padre, no puedo.

—Entiendo... Y... ¿Esta tarde?

—Quizás, no lo sé.

Abrió la puerta de casa y le dejé las bolsas dentro sin entrar mucho en la casa.

—El tiempo aquí se me acaba, tengo que salir por la noche... Si quieres pasar tiempo conmigo, estaré en el hotel de Charles.

— ¿El que está justo al final de la calle?

—Sí, ese – intenté señalar –, podemos salir a tomar algo, aunque sea en plan amigos.

—Está bien... Quizás vaya a buscarte, aún no lo sé y... Ahora tengo que irme – no me miraba mucho a la cara.

—No hay problema... Seguiré con mi paseo.

—Vale... Yo tengo qué hacer cosas – tenía la intención de cerrar la puerta.

Me volví a acercar y le di otro beso en la frente. Quería que sintiera que le transmitía cariño y protección y no buscaba llevármela a la cama. Le dediqué media sonrisa y me di la vuelta para salir con mi paseo hasta el hotel. Me hubiese gustado quedarme mucho más con ella, pero entendía que tenía que atender otros asuntos.

Llegué al hotel y me di un baño caliente largo. Había quedado la posibilidad de que por la tarde Rose viniera al hotel y saliésemos a tomar algo. Apenas me queda un día más allí y sería el plan ideal. Ya había recorrido sus calles en más de una ocasión y me había empapado del ambiente, así que la guinda del pastel sería salir con el premio mayor, es decir, Rose. No dudé en ningún instante en quedarme listo y preparado para cuando llegase el momento.

Me dediqué el resto del día a entretenerme con juegos en el móvil, viendo entusiasmado cómo pasaba el tiempo y empezaba a caer la noche. Sin embargo, las horas pasaban y pasaban y cada vez me desesperaba más. No tenía noticias de Rose y mis esperanzas se iban apagando.

Llamé en varias ocasiones a la recepción, pero Charles me dijo que nadie había aparecido por allí. Sentía que Rose había dado todo por perdido y que no supe aprovechar las oportunidades que había tenido. Quizás no había sido lo suficientemente convincente y nuestra historia se había acabado.

Desesperado, salí a toda prisa y subí las dos calles que nos separaban. Su casa era la única que se encontraba con todo apagado y aun así me dediqué a llamar a la puerta en varias ocasiones. Nadie me abrió la puerta y me respondió, Rose no estaba allí y no tenía manera de contactar con ella.

Me desesperé un poco y toqué a la puerta como unas mil veces Parecía un auténtico loco, pero el tiempo estaba en mi contra y se me acababa todo. Rose podría estar en mil sitios diferentes y yo estaba en desventaja porque no conocía su ambiente ni su rutina. El hospital donde cuidaba a su padre quedaba bastante lejos de allí y era difícil ir si no se disponía de coche.

En esos momentos empecé a recibir llamadas de Jorge. Lo que menos quería soportar ahora era sus conversaciones y me daba igual no haber dado señales de vida en varios días. No quería saber de nada ni de nadie.

Volví paseando al hotel completamente desanimado. Me había entusiasmado con la idea de pasar mi última noche allí con ella, pero no había aparecido y no tenía ni idea donde estaba. Decidí volver al hotel y asumir que la partida había acabado y que el perdedor final era yo.

Capítulo XXXIII

A pesar de lo mal que me había sentido la noche anterior, pude dormir más de lo que pensaba. Al despertarme, empecé a hacer la maleta para coger el vuelo que me esperaba aquella tarde noche. Podía haber aprovechado el día entero buscando a Rose, pero el viaje hacia el aeropuerto era más largo de lo que pensaba y tenía que estar varias horas con antelación para embarcar a tiempo.

Sabía que había hecho todo lo que estaba en mi mano y me había recorrido muchos kilómetros para verla. Iba a llegar a casa y me tocaba pedirles dinero a mis padres para poder sostenerme hasta que mi jefe me pagara lo que me debía, pero me daba exactamente igual. No tenía mucho más por lo que luchar, pero tenía que salir adelante.

Bajé a desayunar y así poder llenar el estómago antes del viaje. Charles se encontraba allí, como cada mañana, preparando algunos platos y sorprendentemente teníamos compañía. Había unos turistas alemanes con sus dos hijos desayunando y acabando con todo lo que había en la mesa.

Saludé a Charles, dejé mi maleta al lado de la mesa y me dirigí a servirme algo. Aquellos inquilinos habían acabado con prácticamente todo el menú, pero alcancé a rescatar un par de tostadas y un revuelto de huevo con salchichas. Me costaba la misma vida desayunar aquel tipo de cosas, pero seguramente me sentaban mejor que los típicos dulces a los que estaba acostumbrado.

Cogí mi plato y me senté en la mesa a desayunar tranquilamente. No es que tuviera muchísima hambre, más bien tenía el estómago cerrado, pero no podía dejarme llevar por los malos sentimientos. Rose había sido una parte

importante que me había cambiado para mejor e iba a quedarme con un buen recuerdo de ella, pasase lo que pasase.

—Entonces, ¿hoy te vas? – Charles se acercó a mí.

—Sí, mi aventura acaba aquí.

—Espero que lo hayas pasado bien, vuelve cuando quieras – me dio una palmada en la espalda.

—Ojalá – le estreché la mano en señal de agradecimiento.

Aquel hombre se había portado muy bien conmigo y se notaba que era un buen tipo. Era capaz de hacer de recepcionista y chef con tal de que su negocio funcionara, así que lo admiraba de alguna forma.

A pesar de que quería permanecer un rato más allí tomándome un café tranquilo, el ruido que hacían continuamente aquellos niños en la sala se volvió insoportable. Siempre me habían gustado los niños, pero no sabía si era porque estaba un poco desanimado, pero la situación me irritaba bastante. No habían parado todo el tiempo de gritar y correr por la sala, poniendo nervioso a cualquiera.

Dejé el café a la mitad prometiéndome a mí mismo que sacaría algo de tiempo para tomarme uno en el aeropuerto, cogí la maleta y salí de allí intentando poner buena cara. Me hubiese gustado decirle otro adiós a Charles, pero ya no se encontraba por allí, seguramente estaba dedicándose a otras tareas para el mantenimiento del hotel.

No quería salir de aquel vestíbulo, respiré fuertemente, puse la mejor de mis sonrisas y salí a comerme el mundo. El único que podía levantarme el ánimo era yo mismo y había superado diferentes situaciones en mi vida, saliendo siempre victorioso y feliz al final.

Comencé a caminar calle abajo y vi de lejos una silueta que me parecía

familiar. Hubiera reconocido a Rose, aunque me hubiese quedado ciego de repente. Estaba allí parada, mirando en mi dirección y cada vez que me acercaba más, podía ver que no tenía buena cara.

Su rostro y su expresión habían cambiado, jamás la había visto así. Descubrí que sus ojos estaban cansados y rojos así que aceleré la marcha hasta que estuve frente a ella. Sin decir ni una sola palabra, se abrazó a mí con fuerza y comenzó a llorar. No entendía nada de lo que pasaba y todo aquello me cogió por sorpresa, pero no dudé en apoyarla e intentar tranquilizarla.

— ¿Rose? ¿Qué pasa? — pregunté intentando entender algo.

—Mi padre... No ha soportado más el tratamiento, se fue ayer.

Mi corazón se heló por completo y no supe qué responder, me limité a abrazarla y a consolarla. Su padre había fallecido el día anterior y eso explicaba que no se encontrase por ningún lado. Sentía una pena horrible por ella y odiaba no haber estado con ella en el momento que pasó.

Puse mi mano por encima de su hombro y comencé a acompañarla a casa. Se sentía bastante afectada a pesar de que la relación con su padre no había sido especialmente buena. Me alegraba estar allí y ser su apoyo en aquellos momentos tan duros para ella.

Me dio sus llaves, abrí la puerta y me senté con ella en el sofá. No había dejado de abrazarme y estar agarrada a mi cuello durante todo el camino y no dejó de hacerlo todo el tiempo. Sentirla tan cerca me hacía feliz, pero me daba bastante rabia que fuera en esa situación. No sabía si Rose tenía la intención de visitarme la noche anterior si no hubiese sucedido nada peor no podía cambiar el pasado, tenía que centrarme en el presente.

Pasé un buen rato allí con ella sin decir nada. Me limité a disfrutar de su

presencia y de que se aferrase a mí. Podía pasarme toda la vida allí sentado con ella y sin pensar en nada más. Rose me llenaba en todos los aspectos de mi vida y me había animado a ser un hombre mejor.

Miré hacia un reloj de pared que había junto a la chimenea, justo en frente de nosotros. Tuve que forzar un poco la vista para conseguir ver la hora y me asusté un poco. El tiempo empezaba a ir en mi contra y si no cogía aquel avión de vuelta, iba a tener problemas. No tenía absolutamente nada de dinero para afrontar más gastos que mi viaje de vuelta.

— ¿Rose? — necesitaba decirle que me tenía que ir.

—Dime.... — dijo a media voz.

—Por nada del mundo te dejaría, pero tengo que volver al aeropuerto...

Mi vuelo sale esta tarde y no tengo dinero para nada más.

No dijo nada más. Se quedó en silencio. No sabía cómo actuar y no estaba dispuesto a pedirle o a aceptar dinero de su parte para volver. Pensaba que a unas malas mis padres podrían pagarme la vuelta, pero tendría que soportar sus regaños y el echarme en cara que había viajado sin habérselo dicho.

Me levanté con cuidado y la recosté encima del sofá. Pude sentarme a su lado y la observé durante un buen rato. No podía estar lejos de ella cuando estaba así de mal, pero mi situación me obligaba a tener que irme de allí en ese preciso momento. Me acerqué a ella, le di el beso en la frente que tanto me gustaba y me levanté.

—No te vayas... — me miró.

—Rose... Solo he vuelto por ti, no tengo cómo volver si pierdo ese vuelo.

—No tienes que volver...

Se incorporó y me quedé allí de pie sin entender bien aquellas palabras.

—Anoche iba a ir a visitarte, pensaba hablar contigo... Y no sabía qué iba a pasar, pero sucedió todo demasiado rápido.

— ¿Ibas a hablar conmigo para arreglarlo? — me empecé a emocionar.

—No lo sé... El hecho de que estés aquí, de que hayas venido a buscarme. Dice mucho de lo que sientes.

— ¿Estás segura? — me senté a su lado.

—Más segura que nunca — respondió —. No te separes de mí nunca más.

—Jamás lo haré, esto es solo el principio del camino.

Poco a poco su boca se fue acercando a la mía y no pudimos evitar besarnos apasionadamente. Sentir la respiración de Rose a la par que la mía hacía que me sintiese nervioso y entusiasmado por lo que estaba pasando. Aquella mañana nunca hubiese imaginado que acabaría en el sofá de aquella casa besando a la mujer por la que había luchado tanto.

Pensé que todo estaba perdido y que los finales felices o existían, pero estaba viviendo el mío propio. Jamás me planteé si al coger aquel vuelo las cosas iban a salir bien o mal, pero tenía claro que fue la mejor decisión que había tomado en mi vida.

Epílogo

Después de pasar unos días en Dunster y que Rose superara el duelo por la muerte de su padre, regresamos. Ella quería volver y conseguir un buen trabajo como el que había conseguido y a mí se me daba mejor buscarme la vida en mi país. A pesar de practicar inglés con ella, tenía claro que los idiomas no eran los míos y que podíamos tener un mejor futuro allí.

Hacía tiempo que me había librado de Marta y tenía toda la casa disponible para que pudiéramos vivir los dos. Más de una vez había soñado con eso y finalmente se había hecho realidad cuando menos lo esperaba. Despertarme diariamente a su lado y hasta el hecho de cocinar juntos me llenaba más que salir a buscar chicas cada noche.

–Darling? ¿Estás? – preguntó Rose al abrir la puerta.

– ¡Aquí, en la cocina! – grité.

Escuché cómo se acercaba a mí y me di la vuelta para darle un beso. Rose tenía una sonrisa de oreja a oreja y, aunque era su estado habitual, sentía que pasaba algo más. Tenía sus brazos escondidos detrás de la espalda y me miraba con los ojos brillantes.

– ¿Qué pasa? – pregunté mirándole los brazos.

– ¡Tengo una sorpresa!

– ¿Qué sorpresa?

–Tienes que adivinar – sonreía.

–Mmmmm... Pues no sé.

–Venga, solo intenta – se puso a saltar como una cría de 5 años.

–No... ¿en serio? – yo no sé si lo que se me había pasado por la mente era la sorpresa, pero me había quedado repentinamente en blanco.

– ¡Sí! – chilló, emocionada.

– ¿Embarazada? – pregunté cuando estaba a punto de darme un ataque al corazón.

–What? – ella dejó de saltar y me miró con los ojos muy abiertos- ¡No!

–Menos mal...

No me importaría ser padre con Rose, yo quería tener todo con ella, pero no era el momento. Nuestra vida juntos acababa de empezar y la vida teníamos que vivirla poco a poco.

– ¿Entonces qué es?

– Darling, ¡conseguí el trabajo! – gritó.

Y volvió a saltar y yo hice lo mismo, chillando con ella. Rose me había contagiado un poco de su locura. Me sentía muy feliz al escuchar que le habían dado el trabajo que quería. La veía radiante y yo me sentía muy orgulloso de ella.

Nos abrazamos y nos besamos. Estábamos juntos y las cosas nos iban bien, yo también conseguiría un buen trabajo y todo iría sobre ruedas. La vida nos sonreía y lo lograríamos. Y lo mejor era que lo haríamos juntos. Por siempre.

Nota del autor y agradecimientos.

Intentar escribir novela romántica con un nombre diferente y siendo un completo desconocido es algo que siempre quise hacer. No sé si os habrá gustado, espero que sí y poder seguir navegando en el mar de la escritura que tanto amo. Voy a dedicar esta novela a todos los que me conocen en otro género y me han apoyado a intentarlo. A mi mujer, familia y amigos, por confiar en mi capacidad. Y a cada lector que me dé una oportunidad sin conocer mi trayectoria.